



ANTE LA EVOCACION DE UN GRAN PUEBLO

En sus altos y sencillos Representantes, consagrados por la tradición democrática y por la solidaridad popular, saludamos hoy a la Comunidad de las Naciones Británicas, que celebra su gran día histórico en medio de sus nobles sacrificios por la Libertad del Mundo y el porvenir de la Humanidad.

UNA BUENA PRESENCIA

es indispensable para el triunfo
en la vida social y en los negocios



Nuestra casa es especialista en MEDIDAS para hombres: durante muchos años ha trabajado en este ramo estando siempre en contacto con Inglaterra donde se fabrican los mejores casimires y estilos y ha contribuido a transmitir El Bien Vestir Inglés al ambiente nacional. HEMOS RECIBIDO LAS ULTIMAS NOVEDADES EN CASIMIRES INGLESSES

SE HACEN TRAJES DE MEDIDA
DESDE \$ 90.⁰⁰

TIENDA INGLESA

Elizabeth Arden

SUGIERE
UNA
NUEVA
COQUETERIA...



... y dice así: "Mirarse a menudo en el espejo, "nada significa para la belleza; la mujer moderna "tiene una coquetería más práctica y emplea unos "minutos por la mañana y por la noche, para "no estar sujeta a la inútil tiranía del espejo".

"Poco tiempo hace falta para limpiar el cutis con "Cleansing Cream y Skin Tonic conjuntamente, y "refrescarlo con el mismo Skin Tonic, dejando la "tez libre y renovada. Y agregando a este cuidado "una crema compensadora de la sequedad, como "es la Orange Skin Cream o bien una especial "para cutis normales, como la Velve Cream, se "cumple la nueva forma de la coquetería de "manera tan inteligente como eficaz".

Los productos de ELIZABETH ARDEN
se venden exclusivamente en la
Sección Perfumería - Planta Baja.

TIENDA INGLESA

AGENTES EN EL INTERIOR:

PAYSANDÚ
Sr. Angel B. Siri

MERCEDES
Sr. Luis H. Poletti y Cía.
San José 706

TACUAREMBÓ
Israel Antunez

FRAY BENTOS
Sr. Luis Astarita
33 esq. 18 de Julio

RIVERA
Sr. José Siñeriz

CARMELO
Sres. E. Pegazzano y Cía.
Uruguay esq. 18 de Julio

MELO
Sres. Ferrari Hnos. y Madarrazo

DURAZNO
Sr. Gustavo Tomeo Ibarra
18 de Julio esq. 19 de Abril



SE ACERCAN LAS HORAS DECISIVAS DE EUROPA

Los signos previos a la invasión se multiplican. - La caída de Sebastopol constituye otro gran desastre para los nazis

Es probable que alguna hora, señalada por las predicciones oficiosas como "hora cero" de la invasión haya pasado sin la dramática efectividad esperada, pero no quedan dudas de que los signos previos a la formidable operación están dando, día tras día, la impresión de su inminencia. Hace cuatro semanas que la ofensiva aérea martillea, sin cesar y con poderío aplastante sobre Europa. Veintiocho días en que fábricas, vías de comunicación, aeródromos, depósitos militares, fuertes costeros y toda la organización interior de la fortaleza de Hitler sufren un casi fabuloso alud de hierro y fuego. El mundo se ha acostumbrado ya a la noticia "standard" que todavía se mantiene en los titulares mayores: "Tres mil, cuatro mil, cinco mil aviones sobre Berlín, sobre Brunswick, sobre los talleres militares de Francia, sobre los aeródromos de Bélgica...". Pero ésta de la ofensiva aérea es como la tarea fundamental, el signo probado de la invasión cercana. Otros índices, menos resonantes, no dejan de afirmar que estamos en vísperas del máximo acontecimiento. Por ejemplo, la revelación de los ejercicios nocturnos de planeadores y paracaidistas en Inglaterra han creado otra conmoción en los nervios, muy sacudidos ya, de los alemanes. La información reciente de que los fotógrafos de la RAF han terminado el relevamiento de 3000 millas de la costa europea en que más probablemente se producirán los desembarcos es otro detalle perentorio, que hay que agregar a los muchos de ese carácter ya destacados en estas páginas, en el número anterior. Pero corresponde a los nazis dar además, en sus aliebrados preparativos, otras señales corroborantes. La apresurada visita de Rommel a las fuerzas costeras del oeste, la reinstalación del Mariscal Petain en París para que colabore —triste desenlace de una carrera militar— en las represiones contra los franceses; la declaración de la provincia de Holanda del Sur como zona cerrada, la prohibición a los holandeses de navegar en bote por las zonas inundadas de su país, la construcción de nuevas defensas en la costa occidental de Jutlandia, que desde que las inspecciones Rommel han sido cuidadosa y formidablemente artilladas y minadas, el fantástico anuncio de absurda represión de que Londres sería cañoneado por piezas de calibre desconocido desde gran distancia, todo constituye revelación flagrante de la certidumbre alemana de que están abocados al ataque decisivo. La propaganda alemana en los países ocupados del oeste de que la invasión desatará la guerra civil comunista y que los habitantes tienen que defenderse de ella, el apuntalamiento ditirámico de la figura de Rommel, para inspirar confianza en los mismos alemanes, la declaración de "zonas prohibidas" de regiones de Croacia, Servia,

Hungría y Rumania —previsión del ataque por los Balcanes— hasta "fines de mayo", son otros síntomas de segunda importancia, pero igualmente afirmativos.

Los alemanes han anunciado que apenas se inicie la invasión a Europa, ellos lanzarán simultáneamente la misma operación contra Inglaterra. Vale la pena examinar rápidamente la posibilidad de ese contragolpe. De acuerdo con la estrategia tradicional alemana, el "centro principal de ataque" del enemigo debe ser paralizado antes de iniciar una contraofensiva. ¿Puede Alemania abocarse hoy a una operación de tal envergadura? Lanzarse a tal contraofensiva requeriría una clase de tropas especializada en divisiones blindadas y en actividad aérea, que el nazismo ha visto disminuir peligrosamente a lo largo de la guerra. Eran las tropas de los ataques fulminantes contra Polonia, Francia y Rusia, y que ahora están en inferioridad numérica absoluta con respecto a lo que puedan oponerles las naciones unidas. Además no hay que pensar en invasión a Gran Bretaña sin destruir antes a la aviación aliada, y esto es sencillamente absurdo con el poderío actual que ostenta. Si los nazis no lograron realizar la invasión cuando Inglaterra tenía nada más que "aqueellos

pocos a los que tantos debieron tanto", ¿cómo lo hará hoy en que la fuerza aérea de las naciones unidas es tan infinitamente superior? Sin descuidar para nada sus defensas, los británicos se han impresionado muy poco por el anuncio alemán, y ni siquiera por la amenaza de que se usarán gases, ya que en este terreno también están en condiciones de contragolpear mucho más enérgicamente que el nazismo. Y en cuanto a los ataques a los puertos y vías de comunicación del sur y el este, las defensas antiaéreas son profusas y los cazas aliados están en gran superioridad para dar cuenta de los bombarderos alemanes.

Otro detalle de interés es necesario agregar en este examen panorámico de la invasión: el de que Hitler ha cambiado la estrategia primitivamente dispuesta para oponerse a ella. Al anuncio de Goebbels de que "los aliados desembarcarían pero luego encontrarían sorpresas graves", se opone ahora la decisión de tratar de impedir el desembarco por todos los medios. Para ello se estarían transfiriendo —después de la inspección de Rommel en el oeste— a las tropas que estaban en el interior hacia la costa. ¿Cuál puede ser el motivo de este cambio? Seguramente el de la eficacia terrible de los bombardeos alia-

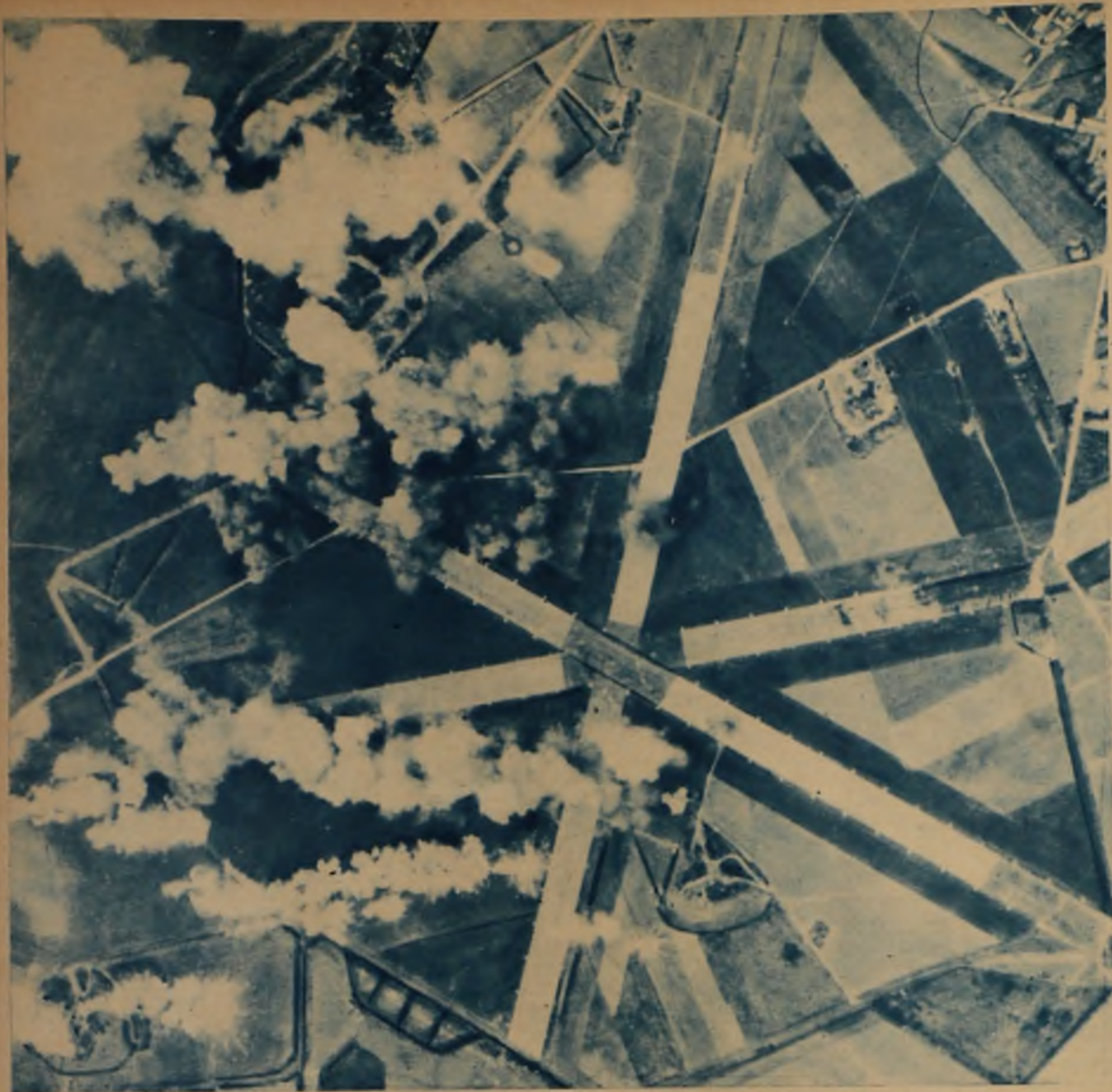
dos. Todos los "triumfos" nazis para el juego consistían en la gran movilidad de sus tropas gracias a la vasta red ferroviaria en el oeste. Pero esta red ha sido dañada profundamente y probablemente no alcanzaría para desviar aquel concepto estratégico. De allí esta variante, una más, y también seguramente inútil, en las neuróticas disposiciones germanas para detener el golpe final.

Sebastopol está de nuevo en manos rusas. La epopeya de la ciudad, que en menos de un siglo ha sufrido tres sitios memorables, culmina en la gloria de una libertad que ahora será definitiva. En ella quedó patente, en la derrota y en la victoria, la energía y el heroísmo rusos. Porque en el sitio germano de 1941-42, que duró 250 días, y en el ataque soviético de 1944, que fué fulminante y avasallador, las dos virtudes iluminaron el recorrido histórico de un ejército y de un pueblo.

Cuando, apagada simbólica y tristemente la luz del Faro Quersoneso, en julio de 1942, aquellos 130 hombres —cada vez menos, hasta la muerte— que ocupaban el último reducto, dijeron ceñudamente en sus últimas palabras: "¡Volveremos!" sabían que sus hermanos volverían y reconquistarían la ciudad en ruinas. Al valor moral de la reconquista se une un valor estratégico excepcional. Crimea liberada, el Mar Negro dominado por los rusos, y una total debilitación de las fuerzas del Reich en los Balcanes y en todo el sudeste de Europa, forman el saldo de la caída de Sebastopol en manos soviéticas. La ciudad mártir queda como un amargo exponente en la campaña de la wermatch, ya que la victoria de 1942 le fué costosísima, y la derrota de 1944 es un verdadero desastre para ella. En solo un mes, toda Crimea fué reconquistada. Y las pérdidas nazis en hombres y materiales han sido incalculables. La acostumbrada expresión final de las proclamas de Stalin: "Muerte al invasor!" han tenido en Sebastopol el sentido pre-



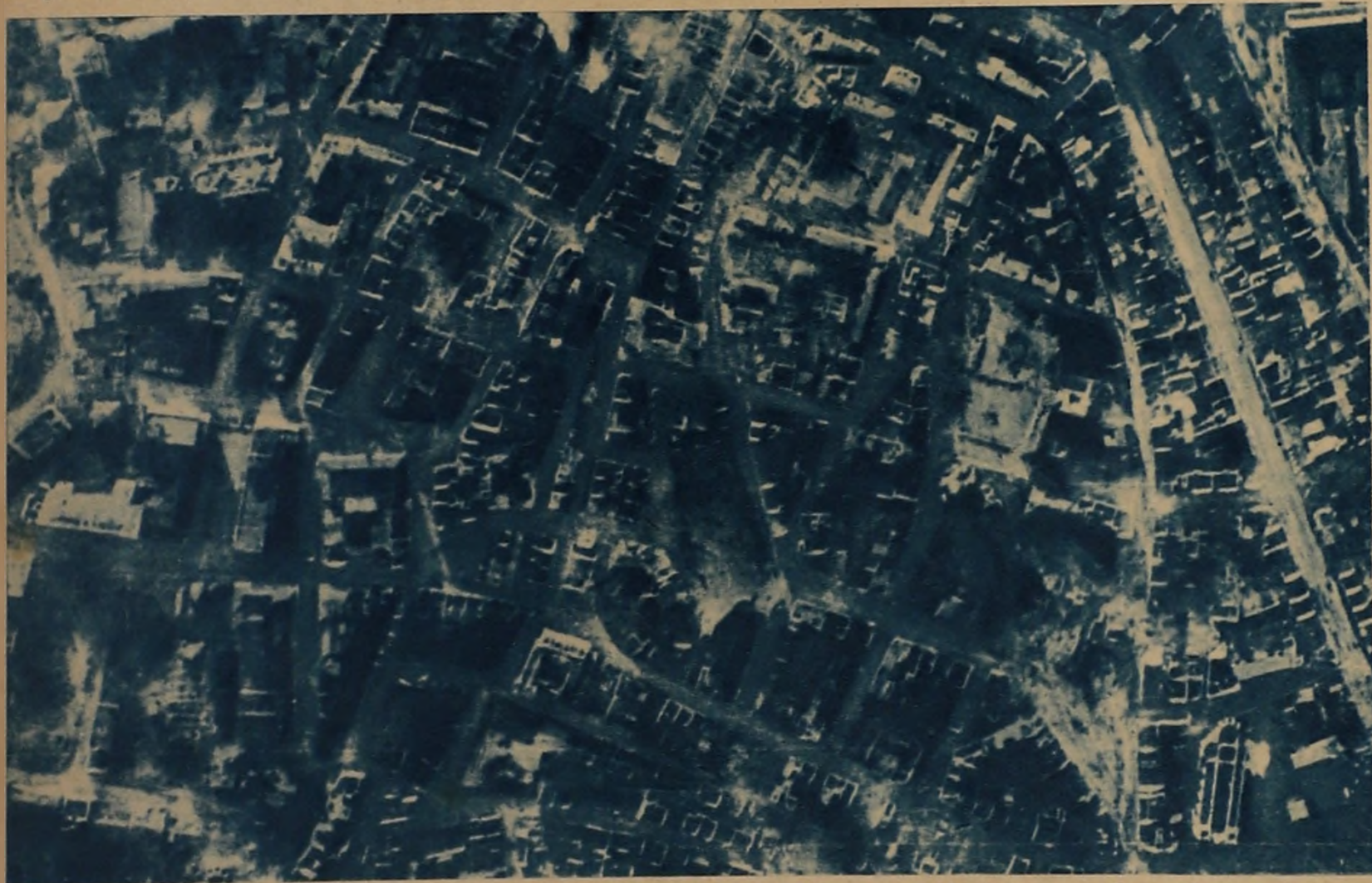
Tres de los hombres en cuyas virtudes reposa la confianza del mundo por la libertad futura: Sir Arthur Tedder, jefe de las fuerzas aéreas de la invasión; el Gral. Eisenhower, Jefe Supremo y el Gral. Montgomery, que manda las fuerzas inglesas.



Miles de bombarderos cruzan cada día y cada noche desde la tierra para "ablandar" la fortaleza de Hitler. Aquí vemos un poderoso ataque sobre los aeródromos de Montdidier en el oeste francés, en que los impactos fueron de terrible eficacia.



Los bombarderos Lancaster y Halifax y las fortalezas volantes siguen destruyendo



Como una monstruosa colmena vacía, se ven las plantas de las fábricas Krupp y sus alrededores en Essen después de los bombardeos llevados a cabo por la RAF en marzo. Puede afirmarse que no quedó prácticamente ninguna construcción en pie

fundo de una orden cumplida estrictamente.

Terminada la campaña de Crimea, una doble ofensiva rusa coincidente con la invasión aliada debe ser esperada: un avance a toda marcha a través de Rumania, que lleve principalmente a la conquista de Ploesti y de Bucarest y que libere definitivamente a los Balcanes, y otra en las llanuras entre los Cárpatos y los pantanos del Pripiet, en dirección a Silesia. La muralla oriental de la fortaleza de Hitler va a crugir muy pronto.

Se ha registrado alguna intensificación de las acciones en los frentes de Italia. En Cassino se han producido avances aliados, sin que ellos constituyan ciertamente golpes resueltos en el aspecto general de la situación. En cuanto al sector de Anzio, barrido hora tras hora por los cañones alemanes, la situación no se ha modificado sensiblemente aunque las fuerzas de las naciones unidas han mantenido sus posiciones. Es este sector, según lo señalan los observadores militares el más duro y riesgoso de toda Europa occidental y el detalle de que hay pesadas multas para los soldados aliados que dejen un instante su casco protector o levanten el parabrisas blindado de los coches, basta para saber que no es ciertamente envidiable la vida en esa cabecera de puente. Los hombres

KITADOL

CONTRA EL DOLOR



do las ciudades industriales alemanas, como se nota en esta vista de Leipzig.



Cientos de pozos marcan las áreas de destrucción total de las fábricas Focke Wulf de Marienburg (Este de Prusia) que fueron arrasadas por los bombardeos. Un gran edificio, no alcanzado directamente, se derrumbó igual por la vibración

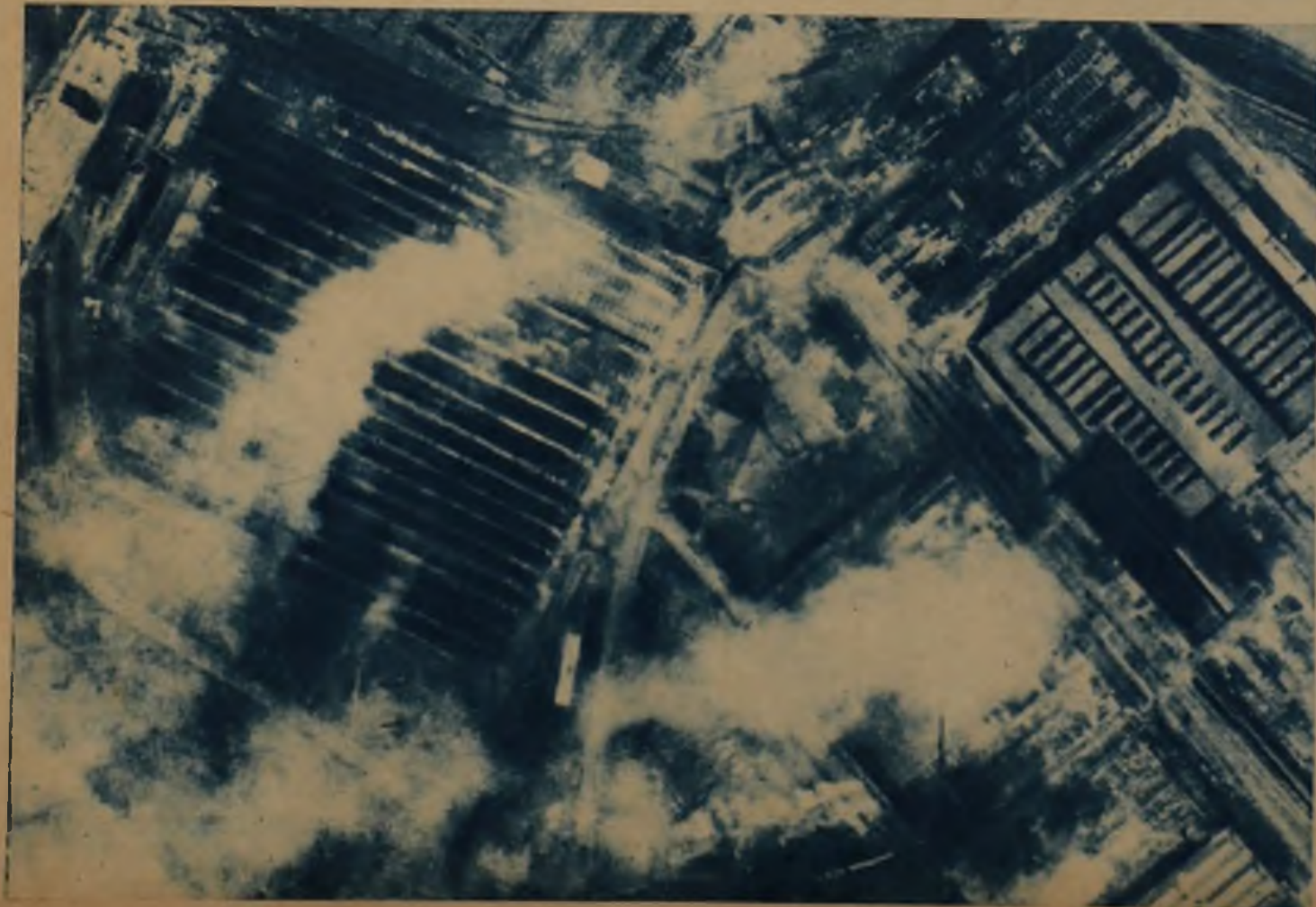
tienen que vivir literalmente bajo tierra ya que una perspectiva mortal acecha en cada descuido, aun el más pequeño. Cuando se pueda conocer la verdad definitiva de la campaña italiana, las operaciones de Anzio, que hace quince semanas se desarrollan en un suelo tan ardientemente disputado, contarán seguramente entre las más estremecedoras que se hayan conoci-

do en el panorama mundial de la guerra. Un hecho político interesante —triunfo neto de las naciones unidas— se ha desarrollado en las semanas últimas. España, ante las conminaciones de Inglaterra y Estados Unidos, accedió a dejar de enviar a Alemania el wolframio y el tungsteno que servía a Hitler para sus industrias de guerra, y a vigilar estrechamente cualquier

actividad de espionaje por parte de los representantes del Eje en la península, que ha sido uno de los baluartes para el quintacolumnismo europeo más preferido por los nazis. Franco, pese a sus simpatías por los totalitarios ha tenido pues que ceder, conociendo cual era la suerte que le esperaba no ya en la post-guerra, sino inmediatamente, en caso de no acceder a las

demandas de las naciones unidas. El mérito es pues muy relativo, pero el hecho es muy beneficioso para la lucha de las democracias. Falta ahora que Portugal —que cedió las Azores— deje igualmente su comercio con Hitler. Y que Suecia comprenda también que le interesa fundamentalmente no hacer negocios con Alemania a costa de la sangre de Europa.

Una vista parcial de la planta de Krupp en Essen, después de los bombardeos de marzo. Esta foto corresponde a las fábricas de locomotoras que, en toda su extensión quedó completamente destruida por las bombas.



Al despertar



"SAL DE FRUTA"
ENO
REFRESCANTE Y SALUDABLE



En la próxima invasión no solo tendrán importancia capital las fuerzas navales sino también los planeadores que llevarán a miles de paracaidistas a Europa.



Aquí vemos, en las tareas de preparación para el ataque a Europa, a paracaidistas aliados sacando un "jeep" de un planeador, como lo harán en la invasión.



Winston Churchill no descansa. Aquí le vemos visitando a las tropas de Yorkshires y revistando una división de tanques que están listos para cruzar el Canal.



En el bombardero Marauder "Hijo de Satan" que tiene ya 60 "excursiones" sobre Europa, vemos al Generalísimo Eisenhower mostrando su habitual sonrisa.



KITADOL

CALMA SIN DAÑAR



Los nuevos tipos de vagones ingleses para tanques que se usarán en la invasión. Sobre el mismo tanque, para ganar espacio, va parte del equipo que se necesitará.



Una de las llamadas "ciudades de la invasión" en alguna parte de Inglaterra, en que se ven miles de vagones que serán trasladados para usarlos en Europa.



En pocas zonas de la guerra ésta ha adquirido carácter más feroz, por obra del encarnizamiento bélico y del impresionante escenario natural, que en el sur del Pacífico. Este cuadro, semejante a tantos de N. Guinea o las Salomón, corresponde a la Isla de los Negros, del grupo del Almirantazgo, donde más de 3000 japoneses fueron muertos por las fuerzas aliadas en su conquista.

INSTALACIONES DE LUZ FLUORESCENTE

Especialidad en instalaciones eléctricas y telefónicas. Exposición permanente de artefactos eléctricos con los más variados modelos. Receptores de radio netamente americanos. Lavadoras eléctricas de fama mundial "EASY"

Y TODO LO QUE SE RELACIONE CON ELECTRICIDAD EN NUESTROS SALONES

Fuentes & Cia.

MERCEDES 1039-41-43
RIO NEGRO 1459-63

DIREC. TELEGR. "OHM"
TELEFONOS:
8 33 00 - 9 23 00 - 9 24 00

NUEVA PASTA ANTISUDORAL CORTA LA TRANSPIRACION AXILAR SIN DAÑAR

1. No quema los tejidos, no irrita la piel.
2. No hay necesidad de esperar que se seque. Puede ser usada inmediatamente después de afeitarse.
3. Corta la transpiración de uno a tres días. Desodoriza el sudor, mantiene las axilas secas.
4. Es una pasta pura, blanca, sin grasa, que no mancha y desaparece íntegra en la piel.
5. La Pasta Antisudoral Arrid es inofensiva para los tejidos.

Se han vendido
VEINTICINCO MI-
LLONES de pots
de Arrid ¡Pruébe-
la hoy mismo!

ECONOMICA

Un poquito de Arrid rinde muchísimo. - Compre el nuevo pote gigante a \$ 2.50, es más económico.

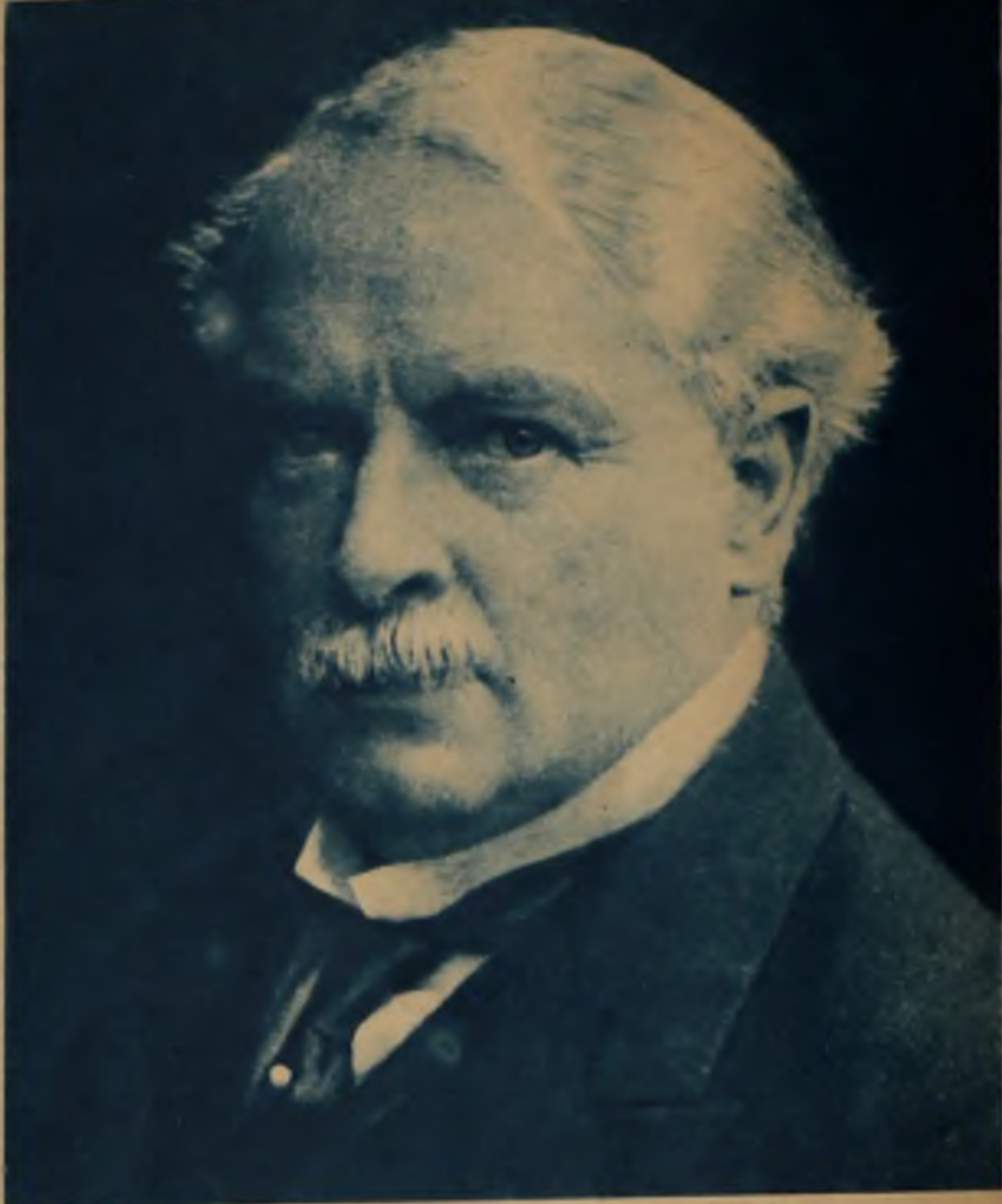
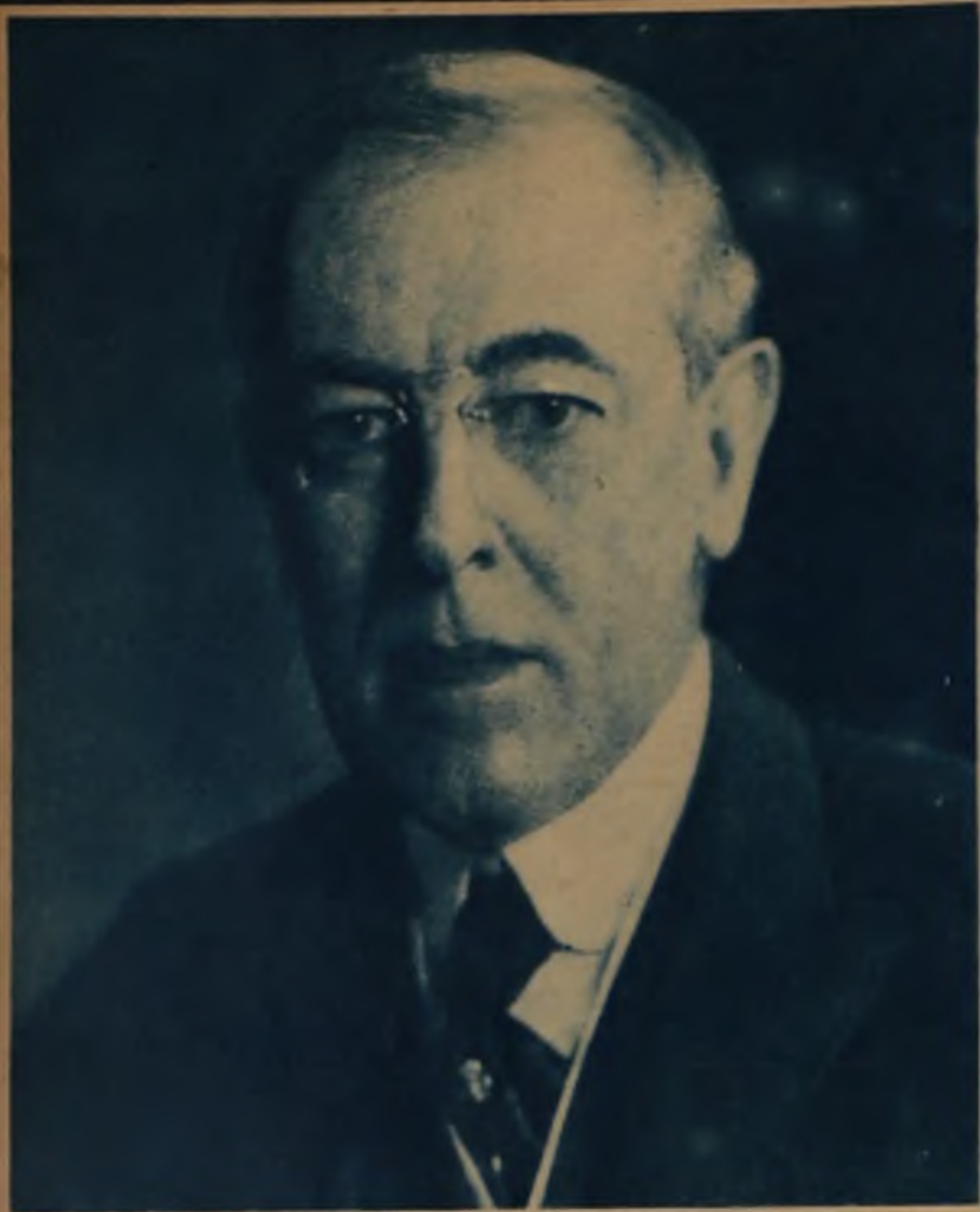
Pasta

Antisudoral

ARRID

También a \$ 0.70 y \$ 1.50





WOODROW WILSON, que se perdió entre el sueño y la política — DAVID LLOYD GEORGE, el balanceador del equilibrio europeo

EL Tratado de Versalles firmado a fines de la última guerra mundial estableció un armisticio molesto y no la paz. Las naciones aprenden a través de ensayos y errores. Podremos aprender, basándonos en los errores cometidos por aquellos que crearon el Tratado de Versalles, una lección que nos ayude a establecer al final de la guerra actual una paz mundial duradera?

Todo aquel que trate de responder a esta pregunta con franqueza, deberá confesar que sólo podrá contribuir a lo sumo con un pequeño rayo de luz para iluminar la oscuridad que envuelve el presente y el futuro de la humanidad. Desde el estallido de la guerra en 1914, la rapidez del cambio de la vida humana se ha vuelto demasiado grande y el camino recorrido por la evolución y la revolución demasiado intrincado como para que puedan ser comprendidos por una mente finita.

El dominio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza inanimada ha ido aumentando con una velocidad increíble, pero el hombre ha aumentado poco o nada su

dominio sobre las fuerzas de su propia naturaleza. En los laboratorios del mundo se están perfeccionando nuestros instrumentos de guerra —como por ejemplo la "bomba atómica", instrumentos a cuyo lado las mayores bomba "barre-manzanas" de hoy, parecerán verdaderos juguetes. Si el hombre no puede aumentar su dominio sobre la envidia, el odio, la malicia y la crueldad que surgen dentro de su propia naturaleza, entonces utilizará su creciente dominio sobre las fuerzas de la naturaleza inanimada para destruir la mayor parte de

la raza humana y todas las creaciones más hermosas y valiosas de la civilización.

Esta cuestión moral es la que se encuentra en la raíz de todos los problemas que pueda presentar una paz duradera, y es una cuestión cuya respuesta no puede ser dada por ninguna inteligencia finita. Los periodistas volubles y los propagandistas hábiles podrán dar respuestas prontas y fáciles a este problema, pero en verdad, el método para resolverlo es sólo conocido por Dios.

Es que hubo entonces alguna probabili-

LA TRAGEDIA

William C. Bullitt, colaborador permanente en la delegación de Estados Unidos en la conferencia de los vencedores de la guerra de 1914 - 1918,

Un testigo sereno, experimentado y prestigioso de uno de los más grandes acontecimientos humanos que habría de poner fin al drama secular de la guerra política que sorprende dolorosamente al mundo cuando se cree más cerca de las conquistas de la civilización y del progreso, hace aquí un llamado patético a la responsabilidad sagrada que han de asumir los dirigentes de los pueblos democráticos en una nueva victoria de la libertad y del derecho. Si ya se vislumbra el triunfo de las naciones unidas que, en la guerra anterior, derrotaron el imperio alemán del Kai-



El 4 de diciembre de 1918 parte para Europa, a bordo del "Washington", el Presidente Wilson. Lo despiden la canción "Saludo al Jefe". Al fondo, con sombrero de copa, se ve a su secretario Franklin D. Roosevelt.

El soñador de un nuevo mundo llega a París. Grandes multitudes que sollozan y rezan reciben a Wilson. Sobrecogido y esperanzado, el mundo aguarda. Y Wilson, en su carruaje, dobla por la Rue Royale, frente a la escalinata de la Iglesia de la Magdalena.

dad de que la Conferencia de Paz de París que creó el Tratado de Versalles, pudiera haber creado una paz duradera?

Aparentemente, la hubo. Las condiciones mundiales eran extraordinariamente favorables. Alemania, Austria y Hungría y Rusia, habían sido todas ellas derrotadas, y todas ellas estaban impotentes. Italia era una gran potencia de segundo orden y su tradición cristiana no había sido pervertida aún por Mussolini. Japón era también una potencia de segundo orden y se estaba acercando discreta y sutilmente hacia su objetivo lejano de conquistar China y de dominar el Pacífico. La fuerza, la fuerza todopoderosa, estaba concentrada en manos de Estados Unidos, Gran



GEORGES CLEMENCEAU, la encarnación del espíritu francés

VITTORIO ORLANDO delegado italiano, fusilado hoy por Hitler

DE VERSAILLES

ex-embajador norteamericano en Rusia y en Francia hasta la invasión nazi, expone las causas que hicieron fracasar un gran Tratado de Paz

ser, que él selle sin claudicaciones, sin dudas y sin debilidades, egoístas o no, esta nueva jornada de sacrificio y de esperanza ganada al imperio alemán del Fuehrer. Es con este alto propósito que el ex-embajador norteamericano William C. Bullitt analiza fielmente y critica con nobleza, los hechos que condujeron a la gran desilusión de 1919 y es como si la misma voz de la historia, con el acento profundo y claro, nos estuviera hablando por última vez, en medio de las grandes angustias de las cuales ha de surgir un mundo nuevo.

Bretaña y Francia. Todas ellas eran democracias. Sus pueblos creían profunda y sinceramente en la libertad, en la democracia y en la paz. Y sus jefes —Woodrow Wilson, Lloyd George y Clemenceau—, parecían tener todo el poder necesario para reformar al mundo, dándole una estructura muy similar a la deseada por todos los hombres normales que aspiraban a la justicia, a la libertad y a la paz.

Por qué fracasaron? Por qué fué el tratado que firmaron en Versailles una tragedia que sumergió al mundo en un mar de sufrimientos sin nombre?

No hubo ningún malhechor culpable de la tragedia. Pero cada uno de los principales actores poseían los defectos de sus cua-

lidades, así como las cualidades de sus defectos.

Clemenceau era un anciano magnífico y luchador, cuyo coraje había llevado a Francia de las horas sombrías y tristes hasta las horas alegres de la victoria. Intelligente, franco, brusco, apasionado tanto en sus amores como en sus odios, se dejaba dominar por el deseo vehemente de asegurar a Francia contra cualquier ataque de parte de Alemania. Había visto cómo los soldados alemanes invadían Francia en la guerra de 1870, cuando la población de

los dos países era relativamente igual. Había visto a Alemania adquirir las proporciones de un coloso en comparación con Francia, y luego el nuevo ataque en 1914. Sabía que Francia había escapado a la derrota en el Marne por un verdadero milagro y que se habían necesitado los esfuerzos combinados de Gran Bretaña, Rusia, Italia, los Estados Unidos y una legión de aliados de menor categoría, para ayudar a Francia a ganar la victoria que había sido obtenida a duras penas. Dudaba mucho de que Francia pudiera volver a re-

unir alguna vez una constelación similar de aliados. Y en su espíritu martilleaba constantemente el terrible hecho de que la victoria a la que había conducido a Francia había costado a los franceses 6.161.000 bajas, mientras que todo el Imperio Británico había sufrido sólo 3.190.000 y los Estados Unidos únicamente 350.000.

El corazón de Clemenceau estaba junto a sus amigos que yacían muertos en el Marne, en el Chemin des Dames y en Verdún. Sentía que habían sido muertos los franceses mejores y más valientes, y que durante una generación, por lo menos, Francia carecería de valiosos jefes y de buenos soldados. Creía que fortificar a Francia contra Alemania era rendirle un servicio no sólo a Francia, sino también a toda la civilización occidental, ya que la derrota de Francia por Alemania significaría un peligro mortal no sólo para todas las otras naciones del continente de Europa, sino también para Gran Bretaña. No creía que la Liga de las Naciones propuesta por Wilson, lograría cambiar el corazón de los hombres. Se mostró escéptico con



El Presidente de los EE. UU. Wilson y el Presidente de Francia Poincaré, marchan juntos en el primer carruaje. Este sería el camino de la paz definitiva? La historia dice después que Poincaré fué adversario de Wilson. Detrás de ellos sus esposas.



Los soldados de Pershing son revistados en Chaumont, el día de Navidad, por Wilson y su perro, imagen de la fidelidad. Flotan al viento del dolor y de la justicia, las banderas aliadas. Porqué se abatieron luego estos pabellones?



Wilson desciende la escalera de un alojamiento militar de las tropas de su patria. Al pie de ella, le aguarda el General Pershing. Y este es su símbolo de su gestión en Europa, porque como la paz no se lograba, también su prestigio fué descendiendo.



Una cena de Navidad en Montigny-le-Roi, en la cual ya no se esperaba tanto aquella redención. Desde la izquierda, pueden identificarse a los señores Grayson, Andrew, Señora de Wilson, Pershing, Jusserand, Liggett y Summerall.



Al día siguiente de Navidad, Wilson se encuentra en Inglaterra con el Rey Jorge V. Aquí están con sus esposas. A la derecha, la princesa Mary. Y la paz debatida en medio de los grandes problemas políticos se aplazaba sucesivamente.



La llegada de Wilson a Inglaterra fué consagrada, decretándose un solemne día de fiesta para permitir que las multitudes aún no convencidas del fracaso, le ovacionaran al paso de la gran carroza oficial que él ocupaba junto al Rey de Gran Bretaña.



El 3 de enero de 1919, mientras el Coronel House era contrario a las demoras, Wilson fué a ocupar un tercer carruaje junto a otro rey. El mundo creía sin embargo, que el único rey, el de la paz y del bienestar, era sólo Wilson!



Italia lo abruma de honores y fiestas! Wilson contempla el Foro Romano. En la zona industrial del norte, Wilson se dirige al pueblo y habla por encima de las cabezas de los funcionarios. Qué promete? Una paz justa y digna de un heroico sacrificio!

respecto al valor de una organización como ésta, hasta que el Coronel House —el amigo más íntimo de Woodrow Wilson— le hizo notar, poco antes de la Conferencia de la Paz, que el Convenio de la Liga podría significar que en caso de un futuro ataque alemán, Francia recibiría de inmediato la ayuda del ejército y de la armada americana. Entonces Clemenceau comenzó a abogar por una Liga más fuerte que la que querían Wilson o Lloyd George. Su representante en la Comisión de la Liga de las Naciones luchó, día tras día por la creación de una fuerza policial internacional permanente, con un estado mayor permanente, para mantener la paz.

La pasión de Clemenceau era asegurar a

Francia. La misión de Lloyd George era la de conservar el equilibrio del poder. El sueño de Wilson era el de establecer para siempre la paz en la tierra.

No permitamos, en este día de odio, de crueldad, de lucha y de muerte, que alguien se burle de la visión de Wilson acerca del futuro. Su objetivo era el verdadero. Y si el mundo sufre actualmente, no es porque su meta fuera errónea sino porque no supo adoptar el método adecuado para llegar a esa meta.

Wilson, al igual que los demás hombres, tenía también sus defectos. Había aprendido a crear frases que sabían conmover el corazón de los hombres. Pero había adquirido tal fe en sus palabras, que a

veces creía que una palabra era un hecho, una frase, un acto. Se imaginaba la conferencia de paz como una reunión de estadistas en la que éstos quedarían tan emocionados por sus llamados, que se sentirían literalmente "embebidos del espíritu de aut-sacrificio", y que, dominados por ese espíritu, crearían una paz justa y duradera.

Era tal la fé que tenía en el poder de sus palabras, que se olvidó por completo de adoptar las precauciones más elementales para allanar el camino a sus llamados.

Su primera gran oportunidad de destruir los tratados secretos entre los Aliados y de hacer prometer a los Aliados que ha-

rían una paz de reconciliación, se le presentó poco después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, cuando el Sr. Balfour, secretario de relaciones exteriores de Gran Bretaña, hizo una visita a América. Resultaría difícil exagerar la magnitud de esta oportunidad, ya que Balfour se vió obligado a decirle a Wilson que la posición de los Aliados era desesperada, que era probable que Rusia firmara una paz aparte, que la moral en Francia se estaba derrumbando, que la condición financiera de Gran Bretaña era poco menos que calamitosa, y que los Estados Unidos debían participar en la guerra en forma mucho más intensa que la que hubiera podido prever Wilson o cualquier persona de los Estados Unidos.

En ese instante Wilson tuvo entre manos la suerte de los Aliados. Sus vidas dependían por completo de los hombres, de las municiones, de los alimentos y de los abastecimientos de toda especie que les suministrara América. En ese instante Wilson podía haber destruido los tratados secretos y comenzado la obra de transformar a la guerra en una cruzada por la paz que había proclamado.

Wilson tuvo su gran oportunidad, pero no supo aprovecharla. Después de haber consultado con el Coronel House, decidió no pedir a Balfour la eliminación de los tratados secretos. Ni siquiera le pidió que se los mostrara.

Durante 17 meses siguientes, surgieron muchas otras oportunidades semejantes. El Gobierno soviético de Rusia firmó una paz aparte con Alemania, y las vidas de los demás aliados siguieron dependiendo de los Est. Unidos hasta el derrumbe del ejército alemán, en octubre de 1918. Y durante ese largo período, Wilson podía haber utilizado en cualquier instante su poder de obligar a los Aliados a firmar la clase de paz que él deseaba. Sin embargo, nada hizo en ese sentido. Declaró cuáles eran los objetivos de guerra de América en su discurso de los Catorce Puntos y en muchos otros discursos elocuentes, nobles y conmovedores. Pero no hizo nada ni trató de hacer nada para comprometer firmemente a los Aliados, hasta después del colapso alemán.

En forma similar, no se preocupó de tomar las precauciones elementales para asegurar la probación del tratado de paz por parte del Senado. En noviembre de 1918 pidió la elección de un Congreso Democrático. Pero los votantes le dieron una mayoría a los Republicanos tanto en la Cámara como en el Senado, y el ex-Presidente Teodoro Roosevelt declaró al mundo: —Nuestros aliados y nuestros enemigos, y el mismo Sr. Wilson deben comprender que el Sr. Wilson carece, en estos momentos, de cualquier autoridad para hablar en nombre del pueblo americano. El pueblo americano acaba de repudiar enfáticamente su gobierno...

Un numeroso grupo de Republicanos, en el que se incluían el ex-Presidente Taft y Elihu Root, ex-Secretario de Estado, no se mostraron de acuerdo con el ex-Presidente Roosevelt. Eran partidarios de una Liga para Imponer la Paz. Tenían gran influencia no sólo en el país, sino también en el Senado. Le propusieron a Wilson que siempre que se mostrara dispuesto a incluir en su delegación de paz a dos republicanos fuertes, ellos harían todo lo que estuviera en su poder para obtener la ratificación del tratado por parte del Senado. Wilson rechazó su ofrecimiento.

Y fué así que en diciembre 4, 1918, Wilson subió a bordo del "George Washington" para dirigirse a Europa, en donde había dejado subsistentes los tratados secretos, mientras que dejaba tras suyo, en los Estados Unidos, una mayoría republicana hostil.

Pero Wilson confiaba por completo en su capacidad de dar al mundo la paz que le había prometido. El ensorcedor aplauso que le saludó a su llegada a París, el intenso entusiasmo de las multitudes de Londres, y finalmente, la recepción delirante que le brindó Italia —en donde los campesinos encendían velas delante de su fotografía— contribuyeron a confirmar su fe

en el poder de sus palabras y de su misión. Y efectivamente, en aquellos momentos fué —hasta donde le es dado a un hombre serlo— el líder moral de la humanidad. Y cuando en enero 7 de 1919 volvió a París de su visita a Italia, estaba firmemente convencido de que los pueblos de Europa se levantarían para seguirle, aún contra los deseos de sus propios gobiernos.

No se había trazado de antemano ningún programa para la conferencia. Clemenceau había propuesto que se establecieran primero los términos de la paz para Alemania y que se firmara, en segundo término, el Convenio de la Liga de las Naciones. Wilson insistió en que se estableciera primero la Liga de las Naciones antes de entrar en la discusión de las condiciones de paz.

Le dijo al Coronel House que tenía la intención de "transformar a la Liga de las Naciones en el centro de todo programa y de permitir que todo lo demás girara a su alrededor. Una vez que ello sea un hecho cumplido desaparecerán casi todas las dificultades serias". Sostenía la teoría de que el establecimiento de la Liga de las Naciones haría que la "seguridad se anticipara a la paz y facilitaría así su tarea de persuadir a los estadistas reunidos en París para que obraran de acuerdo a un espíritu cristiano verdadero.

Wilson salió con la suya, se acordó que se crearía primero el Convenio de la Liga de las Naciones antes de entrar a discutir los términos del tratado. Ni Clemenceau ni Lloyd George asistieron personalmente como miembros de la comisión designada para delinear el Convenio de la Liga, no así Wilson.

Wilson trabajó en forma entusiasta y excelente en la delineación del Convenio. Le quedaba muy poco tiempo disponible para dedicarlo a los problemas militares, económicos y territoriales de la conferencia. Pero en enero 24 de 1919, el Consejo de los Diez decidió tratar el problema de los mandatos. Los ingleses presentaron una resolución en la que declaraban "que bajo ninguna circunstancia debía devolverse a Alemania ninguna de sus colonias". Y Lloyd George agregó —Deseo decir, en representación del Imperio Británico, que nos oponemos a devolverle a Alemania, bajo ninguna circunstancia, cualquiera de estos territorios.

Wilson había manifestado con frecuencia su oposición a las anexiones, y el Punto Quinto de los Catorce que habían sido aceptados por los ingleses y los demás Aliados como base para la paz, decía: "Una distribución amplia, liberal y absolutamente imparcial de todas las reclamaciones coloniales, basado sobre la estricta observancia del principio de que, al determinar todos estos problemas de soberanía, los intereses de las poblaciones en juego deben tener el mismo peso que las reclamaciones equitativas del Gobierno cuyo título habrá de determinarse".

Por consiguiente, Wilson se vio abocado primera vez a imponer en la práctica sus condiciones de paz. El momento era de una importancia extraordinaria, pues esta cuestión involucraba no sólo la suerte de las grandes masas de pueblos coloniales, sino también el problema de si se ofrecería o no a Alemania una genuina paz de reconciliación, tal como la había prometido Wilson.

DESTRUCCION O RECONCILIACION?

Wilson no ignoraba que existían sólo dos métodos posibles de impedir que Alemania tratara de vengar su derrota mediante otra guerra. El primero consistía en reducir a Alemania a la impotencia, anexionando grandes porciones de su territorio, dividiendo lo que quedaba en tres o cuatro estados y destruyendo sus industrias. El segundo era el de ofrecer a Alemania una genuina paz de reconciliación.

Wilson, al igual que todos los estadistas reunidos en París, sabían que el peor tratado posible sería aquel que ni lograra reconciliar a Alemania, ni le redujera completamente a la impotencia. Permitir que Alemania siguiera alimentando la llama



Wilson sigue evocando la antigua Roma. Y mientras repasa la historia, frente al Coliseo, le espera el mundo presente. La Sra. de Wilson, —al centro—, sonríe... Y el Presidente de los Estados Unidos está lejos de suponer que fracasaría irremediablemente.



Wilson sale de su alojamiento acompañado por el biógrafo oficial Stannard Baker. Se dirige a una de las Conferencias de las Cuatro Potencias en el Palais d'Orsay. Y, ahora sí, sin vislumbrar el fin, pone manos a la gran obra.

de la venganza y al mismo tiempo reducir su fuerza sólo temporalmente, significaba prepararle el camino a una nueva guerra mundial, una guerra de venganza —la guerra que es actualmente la guerra de Hitler.

Mucho antes de la conferencia de paz, Wilson había elegido el camino de la reconciliación. Y poco antes de la redención alemana, había reafirmado sus intenciones en su discurso de setiembre 27, diciendo:

"Primero, la justicia imparcial que distribuyamos no debe involucrar ninguna discriminación entre aquéllos con quienes deseamos ser justos y aquellos con quienes no deseamos ser justos".



"Con ellos es fácil tener un hogar sin tacha!"

"Estos cuatro buenos productos me son indispensables. Con muy poco trabajo me dejan los muebles lustrosos y limpios, las ruedas y bisagras funcionando que es un contento, y las habitaciones libres de insectos perjudiciales. ¿Qué haría yo sin mis cuatro "ayudantes" Shell?"

QUITAMANCHAS SHELL

Limpia rápida y eficazmente sombreros de fieltro, guantes, pieles, calzado, etc. No deja olor. No es explosivo.

LUSTRAMUEBLES SHELL

Limpia, lustra y protege en una sola operación las superficies de madera. De fácil aplicación y eficaz resultado.

MATAMOSCAS SHELL

Infalible contra moscas, mosquitos, polillas, chinches y otros insectos dañinos. No mancha ni tiene olor desagradable.

LUBRICANTE SHELL PARA USO DOMESTICO

Especialmente elaborado para lubricaciones menores en el hogar. Eficaz contra el desgaste y la corrosión.



SHELL-MEX URUGUAY LTD.

Productos de Petróleo





Los tres principales y prestigiosos gestores de la paz. Lloyd George, Clemenceau y Wilson pasean por las calles de París en un día luminoso en el comienzo de 1919. Wilson ya había perdido toda su influencia y no pudo dictar su propia paz.



Este es el célebre Palacio de Versailles en el cual Wilson pudo recordar, mientras quería salvar al mundo, que una lejana fecha de 1783, los Estados Unidos habían sido reconocidos independientes. Y aquí se firmó el 28 de junio de 1919, el tratado de Versailles que no alcanzaba más que a consagrar algunas soluciones artificiales de la política. El gran acto se realizó en el Salón de los Espejos, que da frente al jardín.

En la época de la conferencia de paz, a diferencia de los momentos actuales, no resultaba difícil creer en la posibilidad de una reconciliación con Alemania. Los militares prusianos habían quedado desacreditados. El nazismo no había sido aún inventado. Alemania estaba en vías de transformarse en una república democrática controlada por un partido socialista, dominado por sentimientos tan delicados que ni siquiera quería fusilar a los asesinos políticos. La esperanza de Wilson de establecer una paz de reconciliación, dependía de la continuación y del crecimiento de esta tendencia democrática, casi pacifista, en Alemania. No poseía ninguna evidencia de que algunos de los socialistas estuvieran cooperando en secreto con los militares prusianos. Y creía que la propia vida de la Alemania democrática dependía de una justa realización de sus promesas en el tratado de paz, ya que un tratado que no estuviera de acuerdo con la letra y con el espíritu de los Catorce Puntos, sólo contribuiría a entregar a Alemania a los apóstoles de la venganza y de la guerra.

Por consiguiente, la respuesta de Wilson a la demanda de Lloyd George de que Alemania debía perder todas sus colonias se aguardaba con gran ansiedad, ya que su contestación sería el índice de la forma en que intentaba luchar por sus Catorce Puntos —el quinto de los cuales estaba en juego.

El Presidente Wilson declaró que creía que todos estaban de acuerdo en oponerse a la restauración de las colonias alemanas.

No hubo lucha.

LAS COLONIAS: EL PRIMERO DE MUCHOS PASOS DECISIVOS

Habían logrado persuadir a Wilson de que Alemania no merecía tener colonias. Y fué así que dió el primer paso de los muchos que fueron la causa de que a los alemanes les resultara muy difícil considerar el Tratado de Versailles como una justa realización de los Catorce Puntos del ofrecimiento de una paz de reconciliación. Y se hizo más evidente el peligro de que se firmara una paz de acuerdo a la cual Alemania no quedaría reducida por completo a la impotencia ni tampoco quedaría reconciliada del todo.

Este fué el único problema concreto acerca de los términos de paz que Wilson decidió antes de volver a América en febrero 14 de 1919.

En el día anterior a su partida de París, leyó ante la sesión plenaria de la con-

ferencia de paz, el Convenio de la Liga de las Naciones. Era un hombre muy fatigado, pero muy feliz. "Las personas que antes se trataban con sospecha, pueden vivir ahora como amigos y camaradas, reunidos en una sola familia, de acuerdo a tu deseo. El veneno de la confianza, de la intriga ha sido completamente eliminado". Esas fueron sus palabras —en las que creyó ciegamente.

Antes de partir para América, Wilson le dió instrucciones al Coronel House para que trazara, junto con los jefes de los Aliados, las cláusulas militares, territoriales, de reparación y económicas del Tratado.

House puso manos a la obra henchido de esperanzas. Pero ya en marzo 3 de 1919, le habían revelado las principales demandas de los Aliados, y desesperado, escribió lo siguiente: —Es evidente que la paz no será la paz que yo desee, ni tampoco la que hubiera debido dar término a este terrible cataclismo.

Wilson volvió a Francia en marzo 11, 1919, animado del deseo de luchar, esperando que al "hacer que la seguridad se anticipara a la paz" le sería posible elevar las negociaciones al nivel de los ideales cristianos. House le informó que el establecimiento de la Liga no había reducido, en ningún aspecto, las demandas de los Aliados y le aconsejó que adoptara rápidamente esas demandas. Aceptar el consejo de House significaba abandonar su creencia en su propia misión —y Wilson lo rechazó.

La misma tarde de su llegada a París, se reunió con Clemenceau y Lloyd George. Pero inició su lucha contra ellos, haciendo una concesión extraordinaria. "En un momento de entusiasmo" accedió a celebrar un tratado que garantizaba que los Estados Unidos irían de inmediato a la guerra al lado de Francia, si Francia fuera atacada por Alemania. Procedió así por el mismo motivo que le había impulsado a garantizar la paz antes de que sus términos fueran definitivamente establecidos para "hacer que la seguridad se anticipara a la paz", y también para librarse del argumento francés de que Francia jamás estaría segura contra un ataque de parte de Alemania a menos que el ejército francés ocupara permanentemente la orilla occidental del Rin.

Casi todos los americanos de la Conferencia de París estaban seguros de que el Senado jamás ratificaría este tratado de la alianza y creían que Clemenceau se había dejado engañar por una promesa que jamás se transformaría en una realidad. Pero Clemenceau aceptó la garantía ilusoria.

WILSON AMENAZA CON VOLVER A AMERICA

En marzo 27, Clemenceau exigió una ocupación de 30 años de la tierra del Rin y la anexión del Saar. Al día siguiente, Wilson, en un momento de irritación, contestó que los franceses estaban poniendo sobre el tapete problemas territoriales, que nadie había oído hablar de su intención de anexar el valle del Saar hasta después de firmado el Armisticio. Clemenceau le dió una respuesta furiosa:

—Ud. está tratando de destruir a Francia. Eso no es cierto, y Ud. sabe que no es cierto! —repuso Wilson. Clemenceau contestó que si Francia no recibía el Saar, él se negaría a firmar el tratado de paz. Wilson replicó: Entonces, si Francia no obtiene lo que desea, se negará a obrar de acuerdo con nosotros. En ese caso, desea Ud. que yo vuelva a América? —No deseo que Ud. vuelva a América, pero yo sí me retiraré de aquí —dijo Clemenceau y salió del cuarto a grandes pasos.

Cuando Wilson le había preguntado a Clemenceau: Desea Ud. que yo vuelva a América? estaba pensando seriamente en disolver la conferencia de paz, hacer cesar cualquier ayuda financiera a los Aliados, denunciar a Lloyd George, a Clemenceau y a Orlando como enemigos de una paz duradera y a volver a América en el "George Washington".

El poder que los Estados Unidos tenían sobre los Aliados antes del Armisticio,

cuando ellos dependían en gran modo de este país, había desaparecido casi totalmente. Sin embargo, Wilson confiaba en el poder de su propia autoridad moral y del arma financiera. Pero también su autoridad moral se había disuelto en gran parte. Había sido agotada en parte en la perfección de sus frases, que trajeron al mundo dolorido la esperanza de una paz duradera, pero, sobretudo, había sido derrochada en el esfuerzo con que los Estados Unidos habían salvado a los Aliados de la destrucción. En Inglaterra, en Francia, en Italia, los propagandistas de posguerra lo acribillaban con sus invectivas, tachándole de ególatra imbuído de la idea de ser un nuevo Cristo. En Francia, únicamente los Socialistas, y algunos de los Radical-Socialistas (que en honor a la verdad no eran ni radicales ni socialistas, sino simplemente "liberales") abogaban por una paz de reconciliación. En Inglaterra, el Partido Laborista, las "trade-unions" y algunos Liberales, estaban declaradamente con Wilson, lo que es más, algunas de las "trade-unions" se mostraban dispuestas a iniciar un movimiento general en contra de Lloyd George. Wilson sabía muy bien que si rompía con la Conferencia retornando a la patria, sería acusado despiadadamente en todos los Estados Unidos, exceptuando el sector "liberal" del Partido Democrático, el que, por lo demás, no controlaba muchos votos, ni en el Senado ni en el País.

Estaba pues, entre la espada y la pared.



En Versailles. De izquierda a derecha: El General Bliss, el Coronel House, Henry White, Lansing, Wilson, Clemenceau, (hablando), Lloyd George, Bonard Law y Balfour. Llegaron los delegados alemanes y dieron una respuesta llena de soberbia y de orgullo. Y en la confusión se gestó la revancha del Tercer Reich!



Estos son los delegados que representaban a los Estados Unidos. En primera fila: House, el Secretario Lansing, Wilson, Henry White, (único e indefenso miembro republicano), General Bliss, Baruch es esa figura alta, de pie, que está a la izquierda de Wilson entre Vance MacCormick izq., y Grew, der.



Esta es toda la plana mayor del Coronel House en la capital de Francia. En el extremo derecho del sofá, aparece el autor de este interesante artículo Sr. Bullitt. Los marinos forman la guardia del Hotel Crillon. Este conjunto de colaboradores de Wilson no lograron atenuar el gran fracaso político de los ideales proclamados por él.

Si disolvía la Conferencia, precipitaría una guerra política de espantosas proporciones, en Europa y Estados Unidos. Desesperado pensó en los pasados tiempos, antes de la caída de Alemania, cuando tenía poder casi ilimitado sobre los Aliados. ¡Cuánto lamentó no haberlo usado entonces!

El 3 de abril de 1919, sufrió un colapso físico y nervioso bastante serio.

"Le sobrevinieron ataques de tos tan intensos y frecuentes, que dificultaron su respiración. Tenía 41 grados de fiebre. Su estado era sumamente delicado".

WILSON ENFERMA DURANTE LA CONFERENCIA

Pero la labor de la Conferencia debía proseguir su marcha. Dos días después, Lloyd George, Clemenceau, Orlando y el Coronel House, se reunieron en su despacho. El Coronel House atravesaba sin descanso la pequeña puerta practicada en la biblioteca, y que comunicaba la habitación de Wilson con su despacho; así lo mantenía al tanto de las resoluciones.

Se discutía el asunto de las reparaciones. Wilson ya había capitulado ante la opinión general de que en la cuenta de reparaciones a presentarse a Alemania, debían incluirse pensiones y asignaciones separadas. Había ordenado también a los expertos estadounidenses, abandonar su antigua tesis por él sostenida, de que debía fijarse en el Tratado una suma única y determinada a ser pagada por Alemania. No obstante, aun conservaba una última

ilusión: la de que no se le obligaba a aceptar nuevos compromisos, y que Lloyd George compartiría su aspiración de que el monto de las reparaciones a fijarse, no excedería a la cantidad que Alemania podría pagar en un período de 30 años. Pero se enteró, en una de las venidas de House, que Lloyd George no había especificado la más mínima limitación, ni en años, ni en suma a pagarse.

Al día siguiente, domingo 6 de abril de 1919, Wilson hizo venir a los integrantes de la Comisión Estadounidense de Paz, expresándoles sus objeciones a los términos del Armisticio que redactaban Lloyd George, Clemenceau y Orlando. "Se llegó a la conclusión que, si nada sucedía en los días subsiguientes, el Presidente especificaría a los Primeros Ministros que, a menos que la Paz se hiciera de acuerdo a las promesas formuladas, es decir, con sujeción a los principios sentados por los Catorce Puntos, Wilson regresaría a Estados Unidos, o de lo contrario, insistiría en que las conferencias se celebraran a plena luz, o, en otras palabras en sesiones plenas, a las que asistieron delegados de todos los poderes interesados en el caso".

En la noche de ese mismo día, celebró conferencia con sus más allegados. Dispuso que se suspendiera toda entrega de dinero de los Estados Unidos, a Inglaterra y Francia, y que el "George Washington" volviera a Brest. Si no se podía lograr una paz de acuerdo a sus convicciones, regresaría indeclinablemente a la patria.

Clemenceau, refiriéndose a esta orden de Wilson con respecto al navío, exclamó: —Esto es un "bluff".

Pero el Almirante Grayson, médico e íntimo amigo del Presidente, respondió, con entera sinceridad:

—No lleva ni siquiera un glóbulo de "bluff" en su sangre!

Hasta altas horas de la noche siguiente expresaba Wilson a los amigos que lo rodeaban, su intención de seguir luchando. Sin embargo, al otro día, abril 8 de 1919, al encontrarse con los Primeros Ministros, por primera vez desde su enfermedad, aceptó, "por vía de ensayo", el compromiso en la cuestión de las reparaciones.

Si algún vestigio de protesta y ánimo de lucha quedaba en Wilson, dos telegramas que llegaron esa mañana le encargaron de disiparlo. El primero era de su Secretario de la Casa Blanca, Joseph P. Tumulty. Decía: "La orden de regresar a Francia el "George Washington", ha parecido acá una muestra de impaciencia y petulancia. Una retirada en estos momentos sería una deserción". El segundo era del Secretario de la Tesorería General, quien aclaraba que ya habían sido ajustados detalles financieros con los británicos, de acuerdo a los cuales estaban cubiertas las demandas hasta julio 1 de 1919, en cuanto a los franceses, las transacciones llevadas a cabo hasta el momento, eran tan cuantiosas, que cualquier suspensión inmediata de crédito, sólo acarrearía trastornos insignificantes a Francia.

El arma financiera en que tanto confiaba Wilson, se había escapado de sus manos sin que él lo hubiese sospechado siquiera.

A partir de ese momento, el Presidente ordenó la exclusión de los estadounidenses de todas las reuniones de los Cuatro, prohibiendo, además, que tampoco les fueran entregadas actas de tales conferencias. Lloyd George contaba con la ayuda de Sir Maurice Hankey, Clemenceau con la de Mantoux, Wilson no tenía a nadie.

Pero se justificó a sí mismo, pensando que la Sociedad de las Naciones subsanaría los errores cometidos con el Tratado de Versalles. Sin cesar, repetía a sus amigos:

—Jamás hubiera accedido a él, de no estar seguro que la Sociedad de las Naciones revisaría aquella decisión.

A pesar de todo, tenía la plena conciencia de que la Liga, por lo menos en su estado actual, era sólo un mecanismo para garantizar el cumplimiento del Tratado, y que no podría, por lo tanto, realizar tal revisión. Pero estaba íntimamente convencido de que, a su debido tiempo, la Liga se transformaría en un verdadero Peligro de la Humanidad, con poder más

que suficiente para corregir las cláusulas de aquel.

Tan pronto como llegó a la conclusión de que las condiciones de paz eran meras estipulaciones que serían completamente ajustadas por una Liga más permanente y poderosa, dió el visto bueno esperado. El 7 de abril estaba convencido de que era preferible disolver la conferencia a aceptar cláusulas que creía injustas. Una semana después, el 14 de abril, las negociaciones habían alcanzado tal carácter, que el gobierno alemán había sido ya invitado a enviar delegados a Versalles para recibir los términos de paz. En realidad, recién el 7 de mayo les fueron entregadas. Según los términos del Tratado, Alemania cedía:

—Los distritos de Moresnet, Eupen y Malmédy, a Bélgica.

—Alsacia y Lorena, a Francia.

—El valle del Sarre sería controlado por una comisión internacional, pero su destino definitivo pendía de un plebiscito que se llevaría a cabo 15 años más tarde. Además, las minas de carbón del Sarre, serían cedidas a Francia.

—La Schleswigia del Norte, cedida a Dinamarca.

—La parte sureña de la Alta Silesia, gran parte de las zonas de Posen y Bromberg, y un corredor hasta el mar —el cual separaba por completo la Prusia del Este del resto de Alemania—, cedidas a Polonia.

—La ciudad de Danzig, que sería administrada por la Liga, pero cuyas relaciones extranjeras serían controladas por Polonia.

—La ciudad de Mamel, cedida a los Aliados.

—Todas sus colonias — bajo mandato. El Camerún, a Gran Bretaña y Francia, Togo y Namibia a Gran Bretaña, África Sudoeste, a la Unión Sudafricana, África del Este a Gran Bretaña y Bélgica. Sus islas en el Pacífico, al norte del Ecuador, al Japón, las situadas al sur del mismo, a Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda.

—También cedía sus derechos en la Provincia China de Shantung, al Japón.

—Y todos los derechos, adquiridos por tratados, capitulaciones o concesiones, en China, Liberia, Siam, Egipto y Marruecos.

—Todas las propiedades estatales y privadas de Alemania en el extranjero, incluyendo las propiedades y estaciones de misioneros alemanes.

—Todos los barcos de su marina mercante que excedieran las 1.600 toneladas brutas, y la mitad de los comprendidos entre 1600 y 1000 más una cuarta parte de sus barcos pesqueros de toda clase — cedidos principalmente a Gran Bretaña, sobre una base de "tonelada por tonelada",



En los últimos días, los Cuatro Grandes se reunían en la casa de Wilson, quien a causa de su enfermedad no podía salir. Orlando y Lloyd George aparecen a la izquierda; detrás de ellos sus secretarios. Wilson está aquí solo y sin ayudantes. En esos días de duda quiso volver a Estados Unidos. La paz, también moría!



Aquí se reproduce un instante supremo de la historia. Fué llevado a cabo por los actores de Broadway en el drama "Tiempos venideros", estrenado en 1942. Los Cuatro Grandes de 1919 aparecen reunidos en su sala habitual de las reuniones del Palais D'Orsay. Y el mundo espera hoy una verdadera victoria democrática.



En el Día de Los Muertos, y ante la sombra del porvenir, Wilson habló en el Cementerio de Suresnes ante las tumbas de los soldados norteamericanos caídos en el sacrificio de la democracia. Wilson trató siempre de razonar muy por arriba de alma. Pero esta vez tuvo que ceder a la solicitud expresa del Rey de Bélgica.



Wilson regresa a Nueva York el 8 de julio de 1919. Y aquí lo vemos paseando a lo largo de la calle 23. Lo acompañan miembros de la policía secreta. Ya había perdido la mayor parte del prestigio por su evidente fracaso en la gestión mundial de la paz, realizada en Versailles. Y él cantaba sus alabanzas a un tratado inútil

reparación a todos los barcos perdidos durante la guerra.

—Tantos billones como la Comisión de Reparaciones estipulase, o fuese capaz de obtener de Alemania. La suma se mantenía ilimitada por completo, tanto en lo referente a guarismos, como en el plazo a ser pagada.

—El Ejército Alemán sería reducido a 100.000 hombres, con armas y municiones de acuerdo a tal número; el resto sería destruido. Abolición de la conscripción. Destrucción de todas las fortificaciones. Desmilitarización absoluta de todos los territorios alemanes situados al oeste del Rhin, más una zona de 50 kilómetros al este del mismo.

—Rendición total de la Marina, la que, de entonces en adelante, quedaría reducida a lo siguiente: 6 pequeños barcos de guerra, 6 cruceros ligeros, 12 destructores y 12 torpederos. Destrucción completa de astilleros y fortificaciones navales en una taja de 50 kilómetros dentro de la costa.

—Destrucción de todo avión perteneciente a la Marina o al Ejército y de todo otro material aéreo, con prohibición absoluta de fuerzas aéreas militares o navales.

Estas eran apenas unas pocas de las cláusulas principales del Tratado. Habían otras referentes a los criminales de la guerra —incuyendo al propio Kaiser—, además de las que estipulaban que los principales ríos alemanes serían controlados por comisiones internacionales.

La impresión capital producida por el Tratado, era la de una rencorosa severidad. Y a pesar de todo, él no fué tan severo como debió haber sido. Alemania no fué destruida ni cortada en pedazos. Sólo se la redujo a la impotencia— al menos por el momento. Lo real es que no se la condenó a impotencia definitiva.

Por otra parte, la paz propuesta no era por cierto una paz de reconciliación, lo cual ofrecía, al naciente estado democrático alemán, una oportunidad de deshacerse para siempre del militarismo el que había sido abolido largo tiempo atrás en el Brandeburgo. Existían, dentro del Tratado, demasiados puntos que se prestaban a largas discusiones, por parte de especialistas en odio como Hitler.

Las estipulaciones más espantosas del Tratado, eran las relativas a las reparaciones. Parecía desprenderse de ellas, que toda la raza germana tendría que trabajar a beneficio de los Aliados por todo un futuro, interminable. En honor a la verdad eran tan impracticables, que precipitaron a Alemania en un caos económico y financiero, y hubo que revisarlas. A fin de cuentas, Alemania apenas alcanzó a pagar una ínfima parte, que no cubría, ni con mucho, ni siquiera las sumas que los incautos prestamistas individuales de Estados Unidos le habían prestado.

Junto con estas disposiciones del Tratado de Versailles, aparecían otras que, en realidad, formaban parte de otros tratados o convenios. Sus autores no se propusieron dar pie a los futuros apóstoles de Alemania para deslumbrar a Europa con sus desbordes, pero provocaron tal estado de cosas.

VIENA COMIENZA A DECLINAR

Austria-Hungría fué cortada en pequeños trozos. La unidad económica de la cuenca del Danubio, tan bien sostenida por la dinastía de los Hapsburgos, fué dividida en cinco partes, separadas por las sólidas barreras de sus aduanas. Los segmentos resultaban demasiado pequeños para resistir la intromisión germana. Viena, noble ciudad de 2.000.000 de habitantes, y capital de un imperio de 52.000.000, quedó reducida a la condición de cabeza de un mísero estado de 6.000.000; pronto se inició su decadencia. 250.000 montañeses austriacos del Tyrol, de la más rancia estirpe germana, fueron cedidos a Italia. Hungría fué cercenada en tal forma, que quedaron sembradas las semillas de odios mortales con Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia. Y Fiume, el puerto lógico para Yugoslavia, pasó a Italia, a pesar de los esfuerzos de Wilson.

Rusia, destrozada a través de 21 guerras civiles diferentes, fué la Gran Ausente de la Conferencia de París.

El gobierno soviético hizo una proposición a los Aliados y Gobiernos Asociados, el 14 de marzo de 1919, especificando que se establecería un armisticio de dos semanas en todos los territorios del antiguo imperio zarista, instaurándose una conferencia para discutir la paz, sobre la base de que todos los gobiernos de facto que habían surgido de la Vieja Rusia y en Finlandia continuarían con pleno control de los territorios que ocupasen al momento de tomar efectividad el armisticio. A la sazón, el gobierno soviético controlaba nada más que las zonas de Moscú, Leningrado, Vologda, Kazan y Samara, la Ucrania del Norte y parte de la Rusia Blanca. La propuesta de Lenin suponía, por lo tanto, renuncia, temporalmente al menos, a toda la Siberia, los Urales, el Cáucaso, las zonas de Arkangel y Murmansk, Finlandia, los estados Bálticos, una porción de la Rusia Blanca y la mayor parte de Ucrania. Y lo que era más, Lenin prometía reconocer las deudas zaristas.

Lloyd George se mostró sumamente interesado en la proposición, pero no se atrevió a apoyarla, a causa de la oposición. Wilson estaba demasiado enfermo y anegado por sus diferencias con Lloyd George, Clemenceau y Orlando, como para pensar en ello. Las consecuencias de la situación planteada por Lenin, parecían ser sólo pasajeras en aquellos momentos, sin embargo, el mundo, aún hoy, no alcanza a abarcar sus verdaderos alcances. Y la decisión de Wilson, de no estorbar su "entendimiento en un sólo sentido" con Rusia, como él lo llamaba, tal vez se considere, cuando se escriba la historia de este siglo, la resolución más importante de cuantas adoptara en París.

En su quinta conclusión dice Bullitt que una solución artificial de los problemas de Europa y Asia, provocará otras gue-



En carácter de mandatos, Lloyd George reservó el control del Irac, la Transjordania y Palestina, para el Imperio Británico, los franceses se quedaron con Siria y el Líbano.

Por medio del Tratado de Versalles, el Japón entró en posesión, no sólo de las islas alemanas situadas al norte del Ecuador, en el Pacífico, sino que también obtuvo el control de la provincia china de Shantung.

Wilson se sentía sumamente inquieto por esta cláusula del Tratado. Decía que no había podido conciliar el sueño la noche antes, pensando en ello. Sabía que sería acusado de violar sus propios principios, pero, a pesar de todo, debía proseguir luchando para evitar que el mundo cayera en un estado de anarquía casi completa y eliminar, en lo posible, una vuelta al viejo militarismo.

DIFICULTADES DE LLOYD GEORGE

Los chinos no podían comprender cómo la cesión de una de sus provincias a los militares japoneses podría redundar en perjuicio del militarismo. De cualquier modo, era una forma un poco rara de luchar contra él. El gobierno chino se rehusó, pues, a afirmar el Tratado de Versalles. Los oponentes al Tratado tuvieron así uno de los mejores argumentos en contra de la ratificación.

Wilson se sentía intensamente irritado por la política de último momento de piedad para con Alemania, preconizada por Lloyd George. Tiempo después comentaba:

—Ellos, que pasando por alto nuestras opiniones incluyeron en el Tratado cosas que son ahora los escollos contra los que tropieza todo, darían lo que no pueden por quitar esas piedras del camino.

Los escollos no fueron eliminados.

Para que no fracase otra vez el sacrificio de los pueblos democráticos, será preciso enfocar profundamente la cues-

Y el 28 de junio de 1919, se firmó el Tratado de Versalles.

Wilson lo ensalzó, diciendo:

—El pone fin, de una vez por todas, un orden de cosas intolerable. Con él queda asegurada la confianza universal, sintámonos satisfechos y plenos de esperanzas.

Wilson había escapado a un estado de conciencia de culpabilidad, aferrándose a la idea de que la Liga de las Naciones se transformaría en el Parlamento de la Humanidad, echando por tierra todas las imperfecciones del Tratado. Pero no era fácil llegar a tal conclusión. Creer que la Liga habría de llegar a convertirse en un instrumento lo suficientemente poderoso como para revisar el Tratado, si el mismo había de resultar debilitado por posteriores "reservas", era casi imposible. La mayoría republicana en el Senado de la Unión era hostil a Wilson y se opuso a algunas de las cláusulas de la Liga del Tratado, e insistió en agregar algunas reservas a ésta. Wilson no podía aceptar las reservas, las que estaban asociadas al nombre del Senador Lodge, presidente republicano del Comité de Relaciones Exteriores. En consecuencia, cuando se puso a votación en el Senado, en noviembre de 1919, el Tratado de Versalles con las reservas agregadas por Lodge, Wilson pidió a los senadores demócratas voto en contra, y la ratificación del Tratado se vio malograda por 55 votos en contra, los a favor sólo sumaron 39.

Se efectuaron muchas otras votaciones en el Senado, pero al final de cuentas, los Estados Unidos no ratificaron el Tratado de Versalles. En cuanto a la alianza con Francia, por la que Clemenceau había cambiado la ocupación de la zona oeste del Rhin, no fué ni siquiera considerada.

Clemenceau fracasó en su lucha por la seguridad de Francia. Wilson no consiguió

la moral internacional. A través de esta brecha irrumpieron de nuevo, los alemanes contra la civilización, en 1939.

establecer una paz duradera. Lloyd George había alcanzado a balancear Europa. Pero, después de todo, también él fracasó. La aspiración más grande de los ingleses ha sido siempre la paz: 20 años después de aquel, su gran triunfo, Gran Bretaña se vió envuelta en una nueva guerra que casi le ha costado la vida.

LA VERDADERA VICTIMA: LA HUMANIDAD

No hubo vencedores en la tragedia de Versalles. Pero sí un vencido: la Humanidad entera.

Pero algunas conclusiones, pueden, no obstante, desprenderse de esta triste historia de buenas intenciones fracasadas:

1.º—A fin de cada guerra, sucede un período en el cual el mundo se encuentra en reflujo, puede entonces ser modelado, a voluntad de los grandes prohombres de los poderes victoriosos, y transformado para bien o para mal. Ese período, que podemos llamar plástico, pasa rápidamente, y el mundo resulta solidificado en ese molde fundido en el crisol de la paz. Si esa paz es sabia, el mundo gozará de las bendiciones de la paz. Si no lo es, una nueva guerra será la consecuencia inmediata.

2.º—La marcha económica, militar, política y moral hacia condiciones justas de paz, debe comenzar mucho antes de la rendición del enemigo. Términos no equitativos de paz deben ser desechados, a pesar de la oposición de países aliados. Se debe hacer uso del poder mientras se lo posee. Wilson no hizo uso de él cuando todavía era tiempo.

3.º—Las buenas intenciones no bastan. La organización de la paz es un problema infinitamente más difícil que la organización de la guerra. Si se busca ese momento de oportunidad, es necesario tener visión y tener en cuenta que muchas deci-

siones preparatorias son vitales en tal sentido. Tenemos que saber qué es lo que queremos, resolver cómo obtener lo que queremos y obrar a tiempo, de otro modo, la victoria habrá sido inútil.

4.º—Desde que el hombre va adquiriendo cada vez más pleno dominio sobre las fuerzas de la Naturaleza, sin adelantar mucho sobre las fuerzas de su propia naturaleza, armas de poder destructivo cada vez más pavoroso surgen día a día, para ser usadas por seres que no demuestran haber evolucionado mucho desde que el mundo es mundo. El problema de la moralidad internacional, encierra en sí, pues, todos los problemas de la paz duradera. Un mínimo de humana decencia y de buena fé entre las naciones es esencial para la resolución de la paz mundial. Los pueblos de los países democráticos sienten verdadera simpatía hacia las naciones que se comportan con todas las de la ley. Odian a los dictadores con todas sus falacias, sus hipocresías, sus propagandas dirigidas, sus quintas columnas, y sus tratados de fuerza como única arma en las relaciones internacionales. Ellos son los enemigos de la moralidad internacional y de la paz.

5.º—Una política equivocada al encarar la solución de los problemas de Europa y Asia, provocará, sin duda alguna, nuevas guerras, y el mundo entero se verá envuelto en ellas.

6.º—El principal problema de la paz, es el problema de Europa, pequeño continente en el que se hacían tantos millones de las gentes mejor dotadas del mundo. La situación es hoy la misma que en tiempos de Wilson. Es un nudo tan engorroso, que uno se siente inclinado a renunciar a la idea de que Alemania pueda ser incorporada a una sociedad europea decorosa, basada en la ley internacional y de que Europa pueda ser organizada según una confederación de estados democráticos.



En estos Países jóvenes

SE NECESITAN Infinidad de TECNICOS

¡Prepárese Ud. cuanto antes!

ARGENTINA
URUGUAY
BRASIL

5

Le ofrecemos estas **5 rutas de** *extraordinario rendimiento*

RADIO-TELEVISION-CINE SONORO

Instalación, Reparación, Radiodifusión, Radiomóvil, Amplificación del Sonido, Aparatos y Accesorios

FUERZA MOTRIZ-DIESEL

Motociclos, Maquinas, Agricultura, Grandes Construcciones, Ingeniería Mecánica

AERONAUTICA-MOTORES

Pilotoaje, Construcción de Aviones, Mecánica de Avion, Comunicaciones

ELECTROTECNIA-REFRIGERACION

Refrigeración, Instalaciones, Mantenimiento, Electricidad, Motores, Bombas, etc.

IDIOMA INGLES-PRACTICO

Gramática, Vocabulario, Conversación, Escritura, etc.

NATIONAL SCHOOLS Oficina Sucursal: MERCEDES #1288
1 de Las Américas, California MONTVIDEO, URUGUAY

ENVIE ESTE
Cupón
HOY
MISMO

Depto. Núm. GC5-599

☐ RADIO
☐ DIESEL
☐ AVIACION
☐ ELECTRO-TECNIA
☐ INGLES

EL CARBON SALVARA AL MUNDO DE LA CRISIS DEL PETROLEO

La destilación del petróleo crudo producto del carbón tratado científicamente producirá una gasolina del más alto rendimiento

Por ROBERT D. POTTER

AMERICA tendrá que recurrir a otros métodos para obtener petróleo y gasolina en el mundo de la post-guerra. El aspecto sombrío y triste del cuadro es que dentro de 15 años —no 50, ni 100, sino 15 años— América se verá frente a depósitos de gasolina vacíos.

Todo el mundo tolera el racionamiento de gasolina en estos tiempos de guerra. Los ejércitos americanos y los de sus aliados necesitan amplios abastecimientos de productos de petróleo para poner en movimiento los tanques, los buques, y los aviones. Estados Unidos está distribuyendo en todo el orbe, petróleo y gasolina.

Pero muchas personas se exponen a sufrir una fuerte sorpresa si creen que alguna vez América volverá a aquellos deliciosos días de pre-guerra en que abundaba la gasolina.

Si los americanos le conceden importancia a la futura defensa de su nación, si incluyen en sus cálculos la posibilidad de futuras guerras en el siglo XX, entonces todo el petróleo que queda aún en la tierra de América debe permanecer allí en grandes cantidades, para satisfacer las posibles necesidades militares de 1970 o 1980.

Pero aunque América conserve sus preciosas existencias de petróleo, eso no significa que todos los americanos tengan que vender su automóvil en el mundo de la post-guerra, pues los hombres de ciencia americanos ya se han encargado de resolver el problema. La respuesta científica al programa de conservación de petróleo durante el período de post-guerra, cuyo objeto es contribuir a una fuerte defensa nacional y ame-

ricana, es la de obtener petróleo a base de carbón, es decir crear oro líquido a partir de diamantes negros. Trazaremos un esquema general de la situación. Los expertos han venido discutiendo desde hace varios años, acerca del problema de cuánto durarán las reservas de petróleo americanas —el petróleo que se sabe existe aún en la tierra. Seguramente los lectores habrán tenido oportunidad de escuchar los argumentos emitidos por una y otra parte.

Los optimistas decían que los americanos tenían suficiente petróleo para 100 años. Los pesimistas sacudían la cabeza y decían que el petróleo se terminaría al cabo de quince años, si se le seguía utilizando en la misma medida que en la actualidad.

La discusión sigue aún en pie; pero lo importante del caso es esto: A pesar de las diversas opiniones emitidas por los expertos acerca de cuánto durará el petróleo, todos ellos se muestran de acuerdo en un punto. En estos tiempos de guerra, las existencias de petróleo están disminuyendo rápidamente, mucho más rápidamente de lo que podía haberlo previsto persona alguna.

A pesar de todas sus discusiones, los expertos están de acuerdo en que lo que debe hacer América es comprar y utilizar ya, desde AHORA, todo el petróleo extranjero posible, y al mismo tiempo crear métodos para transformar sus vastas reservas de carbón en abundantes cantidades de tan preciado

petróleo, pues las reservas de carbón son tan amplias que durarán mil años y aún más.

Los previsores hombres de ciencia del Bureau de Minas de los Estados Unidos en Pittsburgh, ya han comenzado a resolver este problema. Hoy en día pueden verse en las calles de Pittsburgh algunos automóviles cuyos tanques están llenos de gasolina que una semana antes no era otra cosa que un sucio trozo de carbón. ¿Qué nuevo milagro científico es éste?

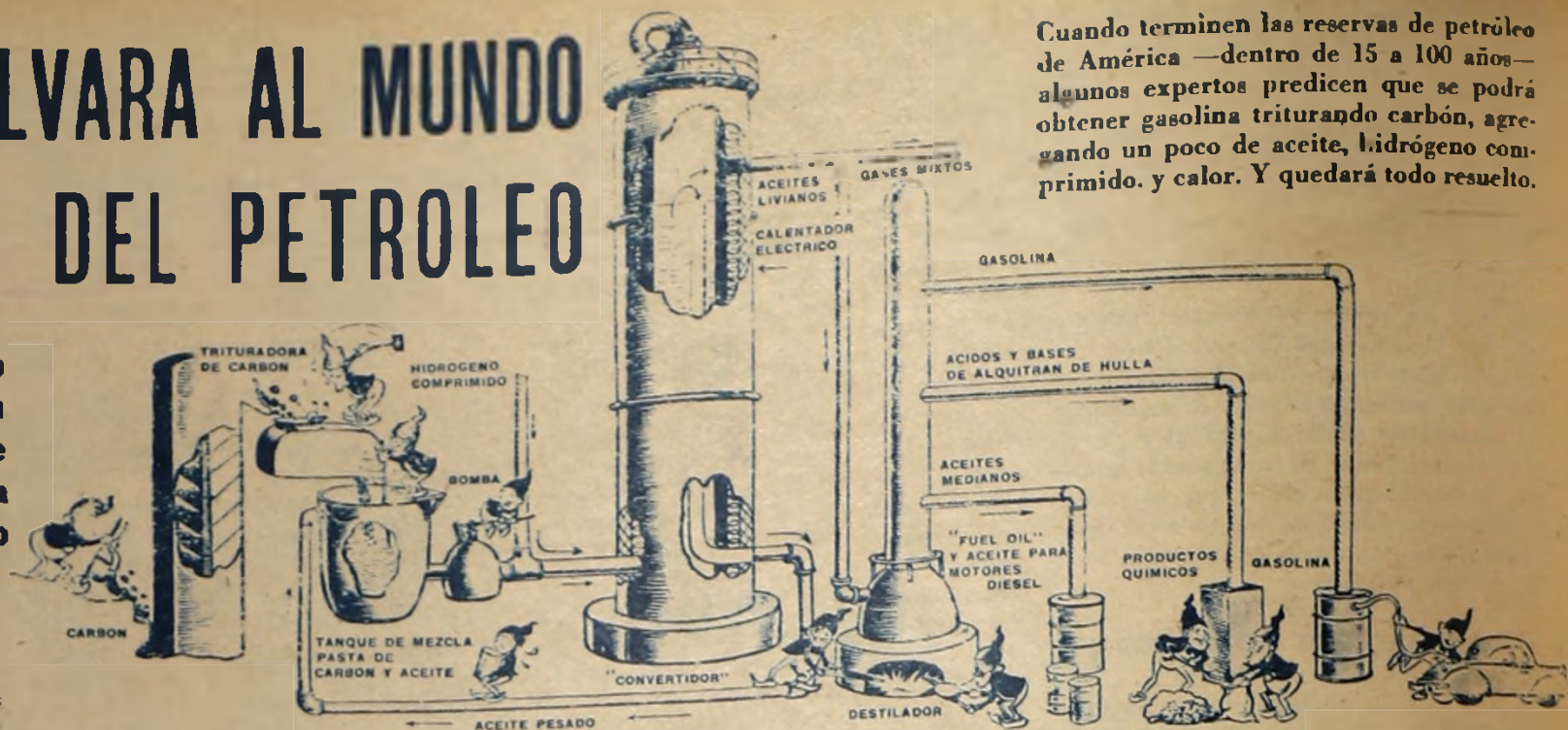
El sencillo diagrama explicativo que mostramos en esta página, demuestra cómo se logra este milagro.

El calor, la presión, el hidrógeno y la habilidad técnica constituyen las bases principales de este proceso químico.

El carbón blanco —carbón bituminoso— es reducido a polvo; luego se le lava, se le limpia y se le seca. Entonces a este polvo de carbón se le agrega una pequeña cantidad de aceite para formar una pasta espesa y viscosa. Esta mezcla de aceite y polvo de carbón es enviada, mediante la presión de una bomba a una cámara hermética provista de paredes de un espesor de tres pies. Es entre esas paredes que se realiza el milagro químico de transformar el carbón en petróleo.

En esta cámara, herméticamente cerrada para evitar el riesgo de un posible incendio o de una posible explosión, se hace burbujear a través de la mezcla de aceite y de polvo de carbón, una corriente de hidrógeno

Cuando terminen las reservas de petróleo de América —dentro de 15 a 100 años— algunos expertos predicen que se podrá obtener gasolina triturando carbón, agregando un poco de aceite, hidrógeno comprimido, y calor. Y quedará todo resuelto.



y de vapor de agua, en una torre conocida con el nombre de "convertidor o transformador" en donde se regulan la temperatura y la presión para mantenerlas a los niveles que más favorezcan esta transformación.

En el interior del "convertidor", los átomos de hidrógeno se unen con las moléculas químicas del carbón, mediante un proceso que los químicos denominan hidrogenación, para producir moléculas mayores y más complejas. Las moléculas mayores así creadas son precisamente las que constituyen el petróleo.

La hidrogenación no es un método químico nuevo, sino un método que se viene utilizando desde hace mucho tiempo, para los usos más diversos. Así, por ejemplo, los químicos transforman los aceites vegetales en oleomargarina sólida, mediante la adición de átomos de hidrógeno. En el caso del carbón, utilizan la hidrogenación para transformar un sólido en un líquido. Todo esto significa para los químicos un asunto sumamente sencillo. Del convertidor sale un aceite espeso y negro que se asemeja al petróleo crudo obtenido de un pozo petrolífero.

Una vez que el polvo de carbón ha sido transformado en petróleo sintético crudo en el convertidor, el resto del proceso se ajusta a los métodos standard utilizados por las refineries de petróleo de todo el mundo.

El petróleo crudo elaborado por el hombre es introducido, mediante la presión de una bomba, en un alambique o aparato de destilación donde se le calienta y vaporiza para separar las distintas fracciones del petróleo.

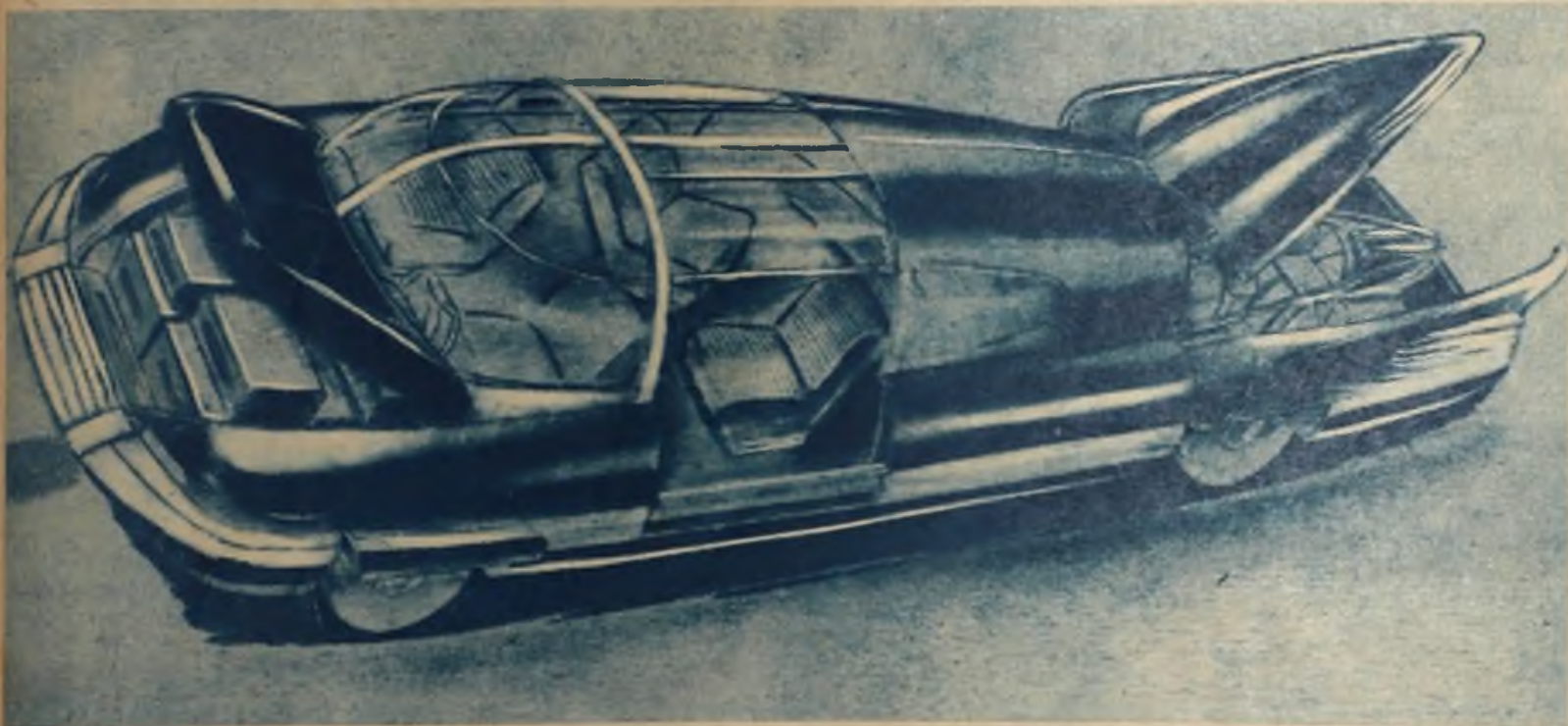
En la parte superior del aparato se desprenden las gasolinas y los kerosenes livianos.

Más abajo, donde la temperatura es más elevada, se desprenden los ácidos y las bases del alquitran de hulla —que son precisamente los productos químicos que mediante la magia de la química pueden ser transformados en productos medicinales y de otra índole, así como en materias plásticas.

Casi en la base del aparato de destilación se desprenden los aceites medianos; el aceite combustible o "fuel oil" y el aceite necesario para los motores Diesel, indispensables para hacer marchar los ómnibus, los buques, los tanques y los ferrocarriles.

Y finalmente, en el fondo mismo del aparato quedan las ceras parafinicas pesadas, muy útiles para la lubricación.

El pequeño aparato del laboratorio del Bureau de Minas puede producir 8 galones de gasolina a partir de 100 libras de carbón, lo que significa una producción de un barril de petróleo por cada siete décimos de tonelada de carbón. Es posible que en la actualidad ésta sea una empresa de reducidas dimensiones; pero es muy probable que ella desempeñará un rol extremadamente importante en el futuro de América.



Es posible que el automóvil del mañana, construido para desarrollar una velocidad y suministrar un confort sin precedentes, tenga que recurrir a las minas de carbón para llenar su tanque de gasolina, resolviendo un problema de gran importancia.



Este camión del futuro, en que ya se solaza la imaginación de los dibujantes y de los ingenieros de hoy, y que tendrá necesidad de buenos combustibles para ser movido a las velocidades requeridas, utilizará posiblemente la gasolina sintética que se haya podido obtener con la base industrial del carbón de destilación.



Varios camiones pasaron por el camino. Y cada vez que uno de ellos disminuía la velocidad, mi corazón se ponía a latir precipitadamente.

YO ESCAPE DE LOS NAZIS EN GRECIA

El relato de una audaz aventura detrás de las líneas alemanas, contado por un joven piloto americano que fué abatido en Africa y llevado a Grecia en calidad de prisionero de guerra, logrando escaparse gracias a la ayuda de los griegos.

La escuadrilla estaba formado por cuatro escuadrones y cada uno de ellos constaba de doce aviones.

A las 6 y 55 a. m. nos acomodamos en las cabinas de nuestros "Kittyhawks", en algún lugar de Egipto, y emprendimos vuelo sobre el desierto, hacia nuestro objetivo, el Aeródromo "X", El Daba. Estábamos fuera del alcance de los cañones antiaéreos alemanes situados a lo largo de la costa egipcia, pero los Messerschmitt eran mejores que nuestros aviones.

—Prepárense para el bombardeo... repetía una voz lacónica que me llegaba a través de los auriculares.

Vimos tierra debajo de nosotros y las chozas dispersas de El Daba. Estábamos a 15,000 pies de altura. Podíamos oír las órdenes dadas para que cada escuadrón fuera descendiendo en rotación. Las balas antiaéreas comenzaron a zumbear alrededor nuestro.

—Escuadrón lancero... a aprontarse... —añadió la voz de Dave Low, que era nuestro jefe.

Veíamos surgir pequeñas nubecillas de tierra debido a las bombas lanzadas por los aviones que nos precedían.

Nos rodeaban las balas antiaéreas y veíamos los fogonazos de los cañones del campo de aterrizaje del enemigo. Tres aviones enemigos estaban concentrados en el costado más próximo del aeródromo. Presioné levemente la barra hacia atrás, y dejé caer mi bomba.

La formación se había dispersado un poco. Me di cuenta de que me encontraba demasiado retrasado con respecto a los demás aviones, y por consiguiente abrí la válvula reguladora. Pero todo siguió igual. Observé todos los instrumentos, pero inútilmente.

Por el ruido del motor tuve la impresión de que éste marchaba bien. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, estaba a más de una milla de distancia y de altura.

De pronto, a poca distancia, vi ascender a cuatro Messerschmitts 109. Descendí en picado y le disparé de lleno una descarga. El aparato hacia el avión que volaba más cerca rato fué presa de las llamas y cayó. Comencé a lanzarle descargas al segundo avión que se dio a la fuga. Los otros dos, también

EL TENIENTE MARTING fué capturado mientras formaba parte de un escuadrón australiano de bombarderos y aviones de picada que luchaba en el Africa, en el frente de El Alamein. Anteriormente había tomado parte en arriesgados combates en Europa. Como miembro del Primero y Segundo Escuadrón de las Aguilas de la Real Fuerza Aérea del Canadá, abatió varios bombarderos y cazas alemanes, y participó de numerosos bombardeos y "Rhubarbs" realizados sobre países ocupados. Nació en Eckerty, Ind., siendo el único varón y el menor en una familia de ocho. A la edad de 18 años, abandonó la Universidad para alistarse en la Marina; más tarde llegó hasta Haití donde tuvo que prestar sus servicios en el levantamiento de 1929. Vuelto a la vida civil, aprendió a volar y en 1940, teniendo demasiada edad para formar parte de las Fuerzas Aéreas Americanas, optó por alistarse en la Real Fuerza Aérea del Canadá donde hizo gala de valor y destreza extraordinarias.

escaparon a toda velocidad. Después de algunos disparos mas, la última ametralladora se atascó por completo. Me dirigí hacia el este, volando cerca de la tierra y zigzagando constantemente.

Eludí algunos camiones a cuyos lados vi a muchos soldados hundiéndose, y oprimí el botón que debía hacer funcionar las ametralladoras pero no respondieron. Más adelante distinguí un grupo de tanques y me elevé para pasar por encima de ellos.

Todos los emplazamientos de cañones me atacaron con las armas que tenían a su disposición. Creo que algunos soldados que carecían de armas me tiraron con piedras.

Dominando el rugido del motor, oí los primeros tiros que daban en el blanco. De pronto quedé ensordecido por un ruido terrible, y la casilla se llenó repentinamente con los gases de la cordita, el humo y el glicol.

Cerré la salida de combustible y la igni-



ción de lo que alguna vez había sido un motor, abrí la cubierta de la casilla y ajusté mis correas en previsión del violento aterrizaje, mientras trataba de deslizarme todo lo posible a una altitud de diez pies. Las balas zumbaban a mi alrededor, pero ninguna dió en el blanco mientras me deslizaba sobre las líneas del frente. El avión tocó tierra a una velocidad de 100 millas por hora, aterrizando bruscamente con su parte inferior sobre la arena irregular, patinando unas 30 yardas o más antes de detenerse.

Vi correr hacia mí diez soldados italianos armados de fusiles ametralladoras. Mientras dos de ellos me apuntaban con sus armas, los otros se apoderaron de mi paracaídas, mi casco, mi revólver, mi chaqueta de seguridad y mi reloj.

El comandante de la 62.ª infantería italiana tenía su cuartel general instalado en un sótano.

—Ud. debe esperar aquí, —díjome— para

ser trasladado a las líneas de retaguardia.

Media hora después llegó un soldado montado en una motocicleta; haciéndome subir a la parte posterior de la misma.

Cuando llegamos al cuartel general del batallón, situado también en un sótano, el oficial que estaba al mando y que hablaba un poco el inglés, me preguntó cortesmente mi nombre, mi rango y mi número. Luego, me hizo montar en un camión de marca americana, junto con otro oficial italiano que debía conducirme hacia el próximo puesto de la retaguardia.

Este era más grande que los anteriores. Me hicieron sentar en un banco, llamaron a un oficial del servicio de información.

—¿Cómo tratan Uds. a los prisioneros italianos? — me preguntó luego de un largo interrogatorio.

A esa pregunta podía contestar, y le proporcioné una descripción muy agradable.

—¿A dónde será enviado? — agregué.

—A Italia. Es Ud. un hombre de suerte.

Me reservé la opinión al respecto. A la entrada del local se detuvo un pequeño coche de turismo italiano, cuyo conductor estaba acompañado por un guardia armado, y había otro en la parte posterior para vigilarlo.

Nos dirigimos a un cuartel general muy amplio, situado a diez millas, el Cuartel General Italiano en el desierto.

—El coronel desea dirigirle algunas preguntas, — me dijo allí el oficial del servicio informativo, y me condujo a un refugio situado bajo tierra, en donde vi a un hombrecito rubicundo sentado detrás de una mesa, que comenzó a hablarme en italiano, en tono irritado.

—El coronel desea saber, tradujo el oficial, por qué América está luchando contra Italia.

—Dígame al coronel que deseo saber por qué Italia le declaró la guerra a Francia y Grecia.

Aparentemente no le caí en simpatía al coronel. En efecto, temblaba literalmente de ira.

—Africa no es un lugar adecuado para americanos e ingleses, sino para los italianos.

—Dígame al coronel, y me volví al oficial, que Africa es un lugar adecuado para los africanos.

Volví al coche y poco antes del anoche- cer llegamos a la prisión militar de El Da- ba, cerrada por la parte posterior con un alambrado de púa. Los guardias me entre- garon allí a los alemanes quienes les dieron en cambio un recibo, tal como si yo hubiera sido alguna maleta.

En lugar de encerrarme en la prisión, los dos oficiales que estaban al mando me in- dicaron, mediante señas, que me sentara. Me senté en el suelo, mientras ellos se ocuparon de calentar un guiso en conservas sobre un pequeño calentador de petróleo, y de abrir varias latas de peras. No está mal, pensé; observé luego que dividían la comida en tres partes iguales.

—¡Gracias!, dije.

—Los "dumkopf" (tontos) italianos se han equivocado de prisión, explicó con cier- ta dificultad uno de ellos. Ud. debe ir al campamento de la Luftwaffe.

Mientras comimos, cayó la noche. Detrás

—Cállate, dijo otra voz. Es posible que sea un soplón.

Después de eso hablaron muy poco, te- niendo que yo fuera un alemán instalado con ellos para obtener diversas informaciones. Nos arrimamos bien para mantener el calor y nos dormimos.

Dormí de un tirón hasta el amanecer, cuando el guardia nos trajo un excelente pan negro y un poco de café "hersatz" que olía fuertemente a cloro. Un poco más tarde nos devolvieron nuestras botas. Y nos quedamos sentados en círculo, observándonos mutua- mente... Jim Cleary, de Columbus, Ohio, Francis Finnegan, de Buffalo, N. U. y Bill O'Berg, de Iron River, Mich. todos miem- bros del Cuerpo Aéreo del Ejército de los EE. UU. Traté a toda costa de convencer- los de que yo no era un alemán. Les nombré calles, edificios y hoteles desde Seattle a Tampa y ennumeré cifras y hechos hasta que me quedé casi ronco.

Avistamos Tobruk alrededor de las ocho de la mañana siguiente. Desayunamos allí y seguimos luego hacia el aeródromo.

Nuestro avión era un transporte Junker "52". Además de nosotros, subieron a bordo 18 alemanes, bien armados.

El avión aterrizó en Creta para reabaste- cerse de combustible; pero despegó de inme- diato, y cuando el sol se ponía llegamos a un campo de aterrizaje situado al noroeste de Atenas. A la mañana siguiente tomaria- mos un tren para Frankfurt, Alemania, en donde existía una cárcel para prisioneros.

El Hotel Re era un pequeño edificio situ- ado en el centro mismo de la parte baja de la ciudad. Nosotros, que éramos seis, y siete guardias, ocupamos todo el tercer piso: en cada uno de los tres primeros cuartos se alojaron dos prisioneros y un guardia; otra pieza fué ocupada por tres guardias, y el guardia restante compartió un cuarto con un oficial al que no habíamos visto anterior-

de escape, pero existía el inconveniente de que la ventana del cuarto de los guardias también daba al mismo patio. El otro pro- blema que me preocupaba era cómo treparía una pared de doce pies desde el piso hasta el techo; pero pensé que podría lograrlo me- diante una vieja mesa que se encontraba en el patio y un caño que cruzaba la pared, situado en posición horizontal y aproximada- mente en la mitad de la misma. El mayor obstáculo que tenía que salvar era obtener otro traje.

El cuarto día nos dijeron que partiríamos para Alemania a la mañana siguiente, ese anoche, a eso de las tres, había sólo dos guardias en el hotel uno de ellos estaba en el cuarto del oficial, escuchando la radio, y el otro, Fritz, dormía aparentemente en el cuarto de los guardias.

Me despedí de mis compañeros, me dirigí cautelosamente a mi dormitorio y cerré la puerta con llave. Cuando estaba a punto de abrir la ventana, noté que Fritz había dejado su maleta sobre la vieja cama de hierro. Tra- té de abrir la cerradura mediante una lima para las uñas; finalmente, por un milagro, logré forzarla. En el interior de la maleta encontré un par de pantalones del alemán, que se abrochaban en el tobillo, y además, un gorro de la Luftwaffe... pero no vi nin- gún saco, y sin embargo los alemanes jamás salían sin él. Yo no poseía otra cosa que mi camisa inglesa color khaki. Con todo, me puse el gorro y los pantalones, abrí la ven- tana y trepé por la escalera de escape.

Atravesé el patio agachado y a toda velo- cidad, dirigiéndome hacia aquella abertura de 2 pies de ancho, situada a 12 pies del suelo y que representaba para mí el camino de la libertad.

Las patas de la vieja mesa eran bastante inestables; con todo, logré arrastrarla hasta dejarla debajo del caño y me trepé a ella. Apoyando un pie en el caño, logré izarme hasta que los dedos de una mano pudie- ron asirse del techo. El caño se desprendió de la pared produciendo un ruido aterrador, e im- pulsado por el terror logré subirme al techo. A pocos pies del patio terminaba una pared que tenía a mi derecha, y salté al interior de otro patio situado detrás de un edificio de la calle contigua. Desde allí logré entrar al corredor principal y abrí la primera puer- ta que encontré a mi paso.

Al principio creí que finalmente podría obtener un traje menos llamativo que el que llevaba puesto, ya que la puerta me permi- tió el acceso a una sastrería; vi entonces al dueño del negocio parado en actitud de de- fensa detrás del mostrador y observé el te- mor que se reflejaba en los ojos de un viejo empleado. Los dos miraban fijamente mi gorro de la Luftwaffe.

Señalé rápidamente el gorro y sacudí la cabeza diciendo: "Americano, inglés". Les indiqué un traje que vi colgado de una per- cha, haciéndoles señas para que me lo die- ran.

El sastre habló luego en tono vehemente, señalándome la puerta y desperdi- cando treinta segundos preciosos antes de darme cuenta de que no estaba dispuesto a ayu- darme.

Salí. Caminé varias cuadras y aunque pa- sé al lado de varios soldados italianos, tuve la suerte de no encontrar ningún alemán. Después de unos treinta minutos de cami- nata me encontré en el distrito residencia, mientras que, seguramente, con sus linternas mil perseguidores registrarían cerca de la prisión rendija por rendija.

De pronto percibí que alguien me seguía. Pensé que lo único que podía hacer era dejar que me pasara, darle un empujazo y salir co- rriendo. Disminuí la velocidad.

Por fin caminaba al lado mío y vi que era un individuo delgado vestido de civil. Lo recordé. Había formado parte de aquella multitud que nos siguió el primer día cuan- do salimos de paseo. Pero cuando me hizo una pregunta en alemán, no supe qué hacer. Y si fuera un agente alemán...

Repitió su pregunta en griego.

Yo seguía mudo.

Luego me habló en francés:

—¿Estás en algún apuro, muchacho?

Me agradaron su rostro y su manera de hablar.

—Sí.

—¿Desde cuando estás en la Luftwaffe?

—Desde hace una hora y media.

—¿Dónde va?

—Estaba en camino hacia mi país.

Seguimos caminando unos veinte minutos: luego entré en un edificio, donde ascendi- mos varios pisos hasta llegar a un pequeño apartamento situado en el último piso, en el que vi muchos libros, revistas y papeles en diversos idiomas. Me dió un cigarrillo y me lo encendió. ¿Quién es Ud?

—Oficial aviador H. F. Marting, J-4919.



Salí con suerte pues no encontré a mi paso a ningún alemán. Y cuando a los treinta minutos me hallé por fin lejos de la prisión, todavía mis carceleros registraba rincón por rincón, ayudándose con sus linternas, y el revólver en la diestra.

del alambrado de púa, junto al cual paseaba de arriba a abajo un soldado alemán con el fusil al hombro, logré divisar vagamente, de vez en cuando, algunos uniformes ingleses y americanos.

Cuando llegó un oficial de relevo, me hi- cieron subir a un coche alemán junto con uno de los dos oficiales. Nos dirigimos al cuartel general de la Luftwaffe, que consis- tía en una gran carpa semienterrada en las dunas de arena de la playa situado cerca del aeródromo que habíamos bombardeado aque- lla mañana. En su interior vi a cinco hom- bres vestidos con camisas y "shorts" color kaki, reunidos alrededor de una mesa.

—La guerra ha terminado para Ud. me dijo sonriendo uno de ellos.

—Todo ha terminado! Otro tipo alegre me palmoteó la espalda. Me di cuenta de que era el más hábil y el más peligroso de todos.

—¿Qué sentido tiene seguir luchando?, me preguntó sonriendo. ¿Sabe Ud. cuantos avio- nes ingleses abatimos ayer? 62.

Sacó un papel de su bolsillo y me mostró una lista de los que estaban o habían estado en mi escuadrón, y me fué señalando varios nombres. Estos están prisioneros, agregó. Y estos están muertos.

Luego de estas tranquilizadoras noticias me acompañaron hasta un recinto rodeado por alambrado de púa, y me hicieron entrar en una carpa que ya estaba ocupada por va- rias personas. Sobre el suelo había tres col- chones, y además, una manta para cada uno de nosotros. El guardia me quitó las botas, para impedir alguna posible huida de mi parte, con la promesa de devolvérmelas a la mañana siguiente.

—Aquí viene otro, dijo una voz america- na, y oí cómo los demás se movieron bajo sus mantas. Me era imposible verlos, y lo mismo le pasaba a ellos.

—¿No será Ud. por casualidad un cana- diense, no?, pregunté a la voz.

—Soy de Ohio, —repuso.

—¿Cuándo lo agarraron?

—Miren muchachos — dijo tranquilamen- te Jim Cleary, — nadie más que un piojoso yanqui podría hablar de esta manera.

Pronto fuimos muy amigos.

Durante la tarde el guardia nos trajo al cuarto miembro de la tripulación del bom- bardero, que había saltado del aparato, Mc- Mahan, de Washington, y más tarde nos vino a hacer compañía un aviador llamado Corson, de Africa del Sur. De algún modo había éste obtenido la información de que partiríamos a la mañana siguiente, en un camión, hacia Tobruk, desde donde toma- ríamos un avión que nos llevaría a Grecia.

Ya en la mañana del segundo día, supimos que debíamos aprontarnos para partir al amanecer. Un aviador que había ocupado la carpa antes que nosotros, dejó enterrado de- bajo de mi colchón un compás y un mapa del desierto en el que había señalado los pozos de agua; pero, no habiendo tenido tiempo de desenterrarlo antes de partir, todo quedó allí. Por lo tanto, tomé el mapa, lo coloqué en la parte superior de una bota y lo cubrí con el pantalón. El compás lo guar- dé en el bolsillo.

Poco después llegó un camión conducido por un oficial y los seis trepamos a la parte posterior, acompañados por seis guardias. Cada uno de nosotros recibió un sobretodo y cargaron en el camión una gran caja llena de comestibles para el viaje. Los guardias llevaban sus equipajes y volvían a Alema- nia para pasar allí su licencia, razón por la cual tenían un aspecto mucho más alegre y se sentían más contentos que nosotros.

Uno de ellos, al rato de marcha, me quitó, con sumo placer, mi mapa. Como yo me ha- bía sentado con las piernas extendidas, mis pantalones se habían salido un poco de las botas, dejando al descubierto un trocito del mapa. Traté de ocultarlo con la mano, pero el oficial me vió. Llegamos a Gambur a altas horas de la noche, pasando allí la noche, temblando sobre un piso de baldosas, sin col- chones ni mantas.

mente.

A la mañana siguiente, mientras uno de los guardias salió para reservar asientos en el tren, salimos con los restantes a dar una vuelta. Sin embargo, tuvimos que volver pronto; nos seguía tal multitud de griegos que el tráfico había quedado bloqueado. Va- rios de ellos nos tiraron cigarrillos, nos son- rieron e hicieron el signo de la "V". Los guardias estaban furiosos.

El que había ido a la estación del ferro- carril volvió con la noticia de que tendríamos que esperar cinco días para poder tomar un tren.

Durante el día teníamos que quedarnos en una de las tres piezas situadas en la parte anterior del edificio: de noche dormía con Finnegan y Frizz Eihan en un cuarto situa- do en la parte posterior, al lado de la pieza habitada por los guardias. La ventana da- ba a un pequeño patio, rodeado completamente por edificios de tres y cuatro pisos, salvo en un punto. Un edificio tenía un ancho an- gusto, que sólo tenía un piso de altura, lo cual dejaba una abertura de unos dos pies de ancho sobre el techo. Pero me sultaba imposi- ble ver a dónde conducía esa abertura.

Fritz me vió un día, mientras observaba precisamente ese edificio.

—No, no, dijo en tono de censura. Eso me desagradaría mucho. Si cualquiera de Uds. logra escapar, tendré que pasar dos años en la cárcel.

Entre todos ideamos un plan para huir, según el cual inutilizáramos a los gua- rdias cuando hubieran dejado únicamente a dos para vigilarlos. Corson y yo nos debíamos poner sus uniformes y acompañar a los de- más como si fuera un "paseo". Se nos pre- sentó una oportunidad durante el tercer día; pero Corson decidió que no era prudente arriesgarse, y los demás se mostraron de acuerdo con él. No los acusé por su actitud pero decidí huir solo en el caso de que no se presentara otra oportunidad mejor.

Frente a mi ventana había una escalera

de la Real Fuerza Aérea del Canadá, abatido en Egipto.

Me dirigió luego muchas preguntas para poner a prueba mi identidad.

Finalmente, se mostró satisfecho.

—Deberemos esperar un tiempo y después nos iremos juntos, pues también yo pienso salir de aquí.

—¿Cómo se llama Ud., señor?

—Los nombres carecen de importancia en los tiempos actuales. Teniente. Por ahora, llámeme Bill.

Bill me trajo una fuente llena de arroz hervido y una camisa, un saco viejo, unos pantalones sin fundillos y un sombrero aún más raído. Aquella noche quemé los pantalones de Fritz Eiban junto con mi camisa inglesa, y enterré su gorro de la Luftwaffe. Tuve que quedarme con mis botas de montar inglesas que llevaba puestas al ser abatido, y traté de ocultarlas mediante los pantalones.

La mejor hora para salir a la calle era en las primeras de la noche antes de las once; después de aquella hora todo aquel que se encontrara fuera era, automáticamente, detenido e interrogado.

Durante la tercera noche Bill me llevó a una pequeña casa y me ocultó en una carbonera vacía que había en el sótano, nas pocas noches después me condujo al apartamento situado en el otro edificio.

Me podría dar por bien servido con lo que lograba Bill para mi alimentación, durante las 6 semanas siguientes, ya que la miseria del pueblo griego era espantosa.

—Este invierno no morirán tantos de hambre, me dijo Bill. Desde el Canadá y los Estados Unidos viene más trigo, por intermedio de la Cruz Roja Internacional.

De vez en cuando salía de noche para estirar las piernas y pudo observar cuál era la actitud del pueblo griego hacia los "conquistadores" italianos. No se rebajan ni los adultos. Caminan por las calles que les son familiares, con la cabeza erguida, sin mirar jamás directamente ni hablarle a un italiano; los desprecian como si fueran perros callejeros. Y poco antes de partir pude ver a muchos italianos que trataban de ganarse la consideración de los griegos mediante pequeños favores, previendo con terror el día en que los aliados invadirían Grecia.

Una noche Bill trajo una pistola Luger y me la entregó.

Al fin llegó el momento de tratar de escapar. Fué entonces que supe qué es lo que habíamos estado esperando. Bill había conseguido un pequeño bote de pesca, y lo había escondido en un lejano lugar de la costa. Durante varias semanas estuvo reuniendo gasolina y comestibles.

Partimos hacia donde esta oculto el bote, a través de las montañas, en compañía de algunos ingleses y australianos que habían estado en Grecia desde los primeros días de la lucha y que los alemanes jamás habían logrado capturar.

Poseíamos un compás y un mapa, debiendo eludir los caminos muy frecuentados Bill iba a la cabeza de la procesión. Cuando alzaba la mano, todos los hombres, que le seguían separados unos de otros 20 o treinta metros, hacían lo mismo, y todos nos sentábamos a descansar.

Mis botas eran demasiado pesadas y demasiado duras para caminar. Al anochecer del primer día mis pies estaban doloridos.

Algunos de los compañeros se quitaban los zapatos mientras descansábamos; por ese entonces, no me hubiera podido quitar las botas aunque hubiera querido. Comencé a sentir una especie de parálisis de la cintura hacia abajo. Traté desesperadamente de mantener mi lugar en la fila; pero los que iban adelante se vieron obligados a esperar y los que me seguían me alcanzaban a cada momento, mientras yo me veía obligado a recostarme contra una roca o un árbol. Se negaron a seguir y abandonarme. A la mañana siguiente me caía a cada momento, lastimándome la cara y las manos.

Finalmente que quedé quieto en el lugar en que había caído.

—Miren! ¡No podrán seguir sin mí!

Era completamente absurdo pensar que me pudieran cargar. Pero Bill dijo:

—Quédate aquí y descansa. Conseguiré algún medio de transportearte volveré.

Me colocaron en una conca formada por un gran canto rodado, en donde era imposible verme desde el camino. De cuando en cuando hacía un esfuerzo y caminaba.

A eso de las doce del día, vi un hombre que conducía un burro. Recién cuando observé que se apartaba del camino y se dirigía hacia mí, me di cuenta de que era Bill. Me ayudó a montar en el animal y anduvimos diez millas a lo largo del camino. A eso de las cuatro, Bill se detuvo.

—La aldea que tenemos delante ha sido

transformada en cuarteles para los italianos. Puedes caminar un poco?

—Ayúdame a bajar y veremos.

Pero era inútil. Cuando mis pies se veían obligados a soportar el peso de mi cuerpo, sentía un dolor intolerable; mis rodillas se doblaban como si fueran de goma. Nos miramos en silencio.

—Adiós Bill, dije. Gracias. Te veré un día de éstos.

Eché hacia atrás su caballo y miró hacia la montaña. Luego me rodeó con el brazo y logró alejarme unos doscientos metros del camino. Extendió mi bolsa vacía debajo de unos arbustos y me trajo una manta que llevaba atada al burro.

—Duerme, si puedes, me dijo. Volveré.

Sentía cómo mis dientes se entrechocaban de frío, cómo mi estómago se contraía, y cada sacudida me hacía doler los pies. Era seguro que tardarían varias semanas en sanar del todo. Me pareció que había pasado una eternidad antes de que amaneciera.

Sentí de pronto que alguien me sacudía y extendí la mano, convulsivamente, para tomar mi pistola. Pero era Bill.

—Trata de pararte, me dijo, tenemos que alcanzar a los demás.

Me paré y logré mantenerme erguido. Di algunos pasos y pude seguir caminando con cierta dificultad.

—Okay, vamos.

Las calles de la aldea estaban tan llenas de soldados italianos que al pasar nos rozamos con muchos de ellos que tomándonos por simples civiles, nos dejaron seguir.

A una milla o dos de la aldea, tropecé de nuevo cuando perdí el taco de una de mis botas, y me hubiera caído si Bill no me hubiera sostenido.

—Un poco más, me animó Bill. Más adelante encontraremos un carro que he escondido.

Llegamos a una pequeña arboleda donde distinguí un burro encajado a un carro de madera de dos ruedas. Subimos y avanzamos hasta el anochecer. Una vez Bill se detuvo cerca de una casa de campo, y fué a golpear a la puerta. Volvió llevando en la mano un viejo par de zapatos número 12, y,

de la partida. Por fin, después de una húmeda silenciosa que duró tres horas, yo fui quien los encontró próximos al refugio de un pastor.

Aquella noche me libré de mis botas. Dos de los compañeros me las quitaron y junto con ellas salió toda la piel de mis pies. Me sentí aliviado, a pesar del fuerte dolor inicial. Cuando me los vendaron y me calé los zapatos número 12, me di cuenta, con alegría, que podía dar algunas vueltas.

Descansamos y dormimos durante el resto de aquella noche y durante todo el día siguiente, no de nosotros improvisó una pequeña red con la cual logró pescar varios peces pequeños, que nos sirvieron para dejar intactas las provisiones que teníamos en la lancha. Estábamos bien ocultos, de modo que nos arriesgamos a encender una buena fogata, asamos los peces y los devoramos. Ninguna comida me pareció tan deliciosa.

La lancha tenía una longitud de unos 25 pies, y estaba provista de velas y de un pequeño motor auxiliar.

Tenía una bodega de cuatro pies por seis, cubierta con un encerado para impedir que el sol echara a perder los peces. Este debía ser nuestro refugio. Como era natural, Bill sería el "pescador", y nos dio órdenes estrictas según las cuales no debía asomarse a la cubierta más de uno de nosotros por vez. Una persona demás que apareciera en la lancha bien podía pasar por un auxiliar.

A las ocho de la noche pusimos en marcha el motor y nos alejamos de la costa de Grecia, con la intención de cruzar las zonas más peligrosas cercanas a la costa, protegidos por la oscuridad de la noche. Apenas abandonamos la ensenada semioculta y entramos al mar abierto, nos encontramos ya a merced de las lanchas de patrulla de los alemanes e italianos, y no ignorábamos que las costas eran constantemente patrulladas. Los cinco estábamos acostados sobre cubierta, cerca de la bodega, observando la delgada silueta de Bill junto al motor, y esforzándonos por atravesar con nuestros ojos y nuestros oídos la oscuridad que nos rodeaba; pero nada se oía, salvo el ruido de las olas y de nuestro motor en marcha.

aún bastante lejos. Cuando nos faltaba unas dos millas para llegar, el motor comenzó a fallar, pero con todo logramos llegar.

Bill dirigía la lancha hacia el muelle de un pequeño puerto. En el puerto se había reunido una multitud curiosa de ver qué gentuza les travía esta vez la marea. Pedimos a uno de los nativos que informara a las autoridades británicas de nuestra llegada.

Nadie que no haya sido perseguido durante meses como si fuera un criminal salvaje, podrá comprender plenamente nuestros sentimientos cuando pusimos pie en tierra libre. Estábamos harapientos, barbudos y sucios; todos teníamos los pies lastimados y algunos se mantenían a duras penas; pero éramos hombres libres, y cada rostro estaba animado de una ancha sonrisa.

Se nos suministraron en el hospital los mejores cuidados y los alimentos más delicados; café verdadero, con azúcar y crema, bifés, pollos, frutas frescas, chocolate, sábanas limpias, ropa limpia, baños y cerveza.

Descansamos durante cinco días, pero ya al tercero me había levantado y caminaba con los pies metidos en un enorme par de zapatillas de paño, que sujeté con un piolín. Me levanté de la cama y salí para ver cómo seguían los demás.

—¿Dónde está Bill? — pregunté, después de haberlos visto a todos.

—Dejó esto para tí — me dijo uno de ellos, entregándome una cigarrera de cuero.

Bill no esperó que yo le diera las gracias. Eso me sentó muy mal al principio, pero creo que en realidad todo eso no era necesario. Debe saber lo que siento hacia él, donde quiera que esté.

Para poder volver a Egipto nos proporcionaron pasaportes temporales y uniformes de soldados del ejército australiano; pero me vi obligado a ponerme mis pantuflas de paño, pues mis pies no podían resistir aún la presión de los zapatos.

Pocos días después, me desperté una mañana navegando sobre el verde delta del Nilo. Llegué al Cairo en la noche de Año Nuevo. Varios empleados del hospital me perseguían, pues además de un estado de agotamiento general y de un par de pies en mal



Bill logró al fin localizar el bote pero no a los cuatro miembros de la partida. Después de una búsqueda de tres horas, fui yo quien los encontró alrededor de un pequeño fuego, próximos a donde el mar chocaba sin cesar contra las rocas.

además, un paquete de vendas y un poco de antiséptico.

Avanzamos algunas millas más, y de pronto levantó la cabeza y husmeó el aire.

—¿Huelen el mar?

—Debemos dejar el carro aquí y trepar un poco más; luego haremos llegado.

La última subida fué sencillamente una pesadilla. Concentré toda mi atención en arrastrarme hacia adelante, paso a paso, y varias veces me di completamente por vencido; pero Bill no cejaba en sus esfuerzos. El camino a tomar era bastante erizado y dificultoso de seguir a la luz del día; pero de noche era un constante retroceder bruscamente cuando nos dábamos cuenta de que nos faltaba la tierra bajo los pies y un constante tropezar con las rocas. Finalmente llegamos hasta la cumbre y descendimos a tropezones la ladera inclinada hacia la costa.

Después de perderse varias veces, Bill consiguió localizar el bote; pero no le fué posible encontrar a los otros cuatro miembros

Antes del amanecer nos arrastramos uno a uno hacia el interior de la bodega maloliente, y durante las 17 horas siguientes nos quedamos acostados cuan largos áramos, uno al lado del otro, pues de lo contrario no hubiéramos cabido. En aquella región existían muchas islas pequeñas, y Bill nos informó que había visto en el mar a varios barcos de pesca; pero nunca nos dijo si había visto o no una lancha de patrulla.

Hacia el anochecer oímos un grito de Bill. Nos indicaba que miráramos hacia adelante, donde se distinguía, en la lejanía, un montón confuso de algo que bien podía ser una nube. Pero era tierra, la tierra anhelada. al fin! Bill cambió de dirección y se dirigió en línea recta hacia allí; el motor parecía marchar bien. Observé que los demás miraban a menudo hacia atrás por encima del hombro, examinando atentamente el agua para poder distinguir objetos pequeños, como por ejemplo un periscopio. Yo sentía la misma inquietud. La tierra estaba

estado, estaba atacado del escorbuto, debido a falta de vitaminas; pero logré eludirlos y me dirigí, cojeando, al Hotel Shepherd.

Tuve la impresión de que en el hall se encontraba la mitad del ejército americano y todo el jubiloso Octavo Ejército inglés. Y entre ellos distinguí a mis compañeros del viejo escuadrón de las Águilas, Tribken y Miluep.

—Pillastre! — vociferó Miluek. Ni siquiera los alemanes pudieron aguantarlo!

Nos dirigimos, de común acuerdo, al bar. Eché una mirada a mi alrededor contemplando con asombro el cuarto lleno de humo, sin haberme podido convencer aún de que en realidad me encontraba allí; pero tuve que dudar mucho rato. Se oyó un grito salvaje que sacudió todo el hotel, y hasta sus mismísimos cimientos.

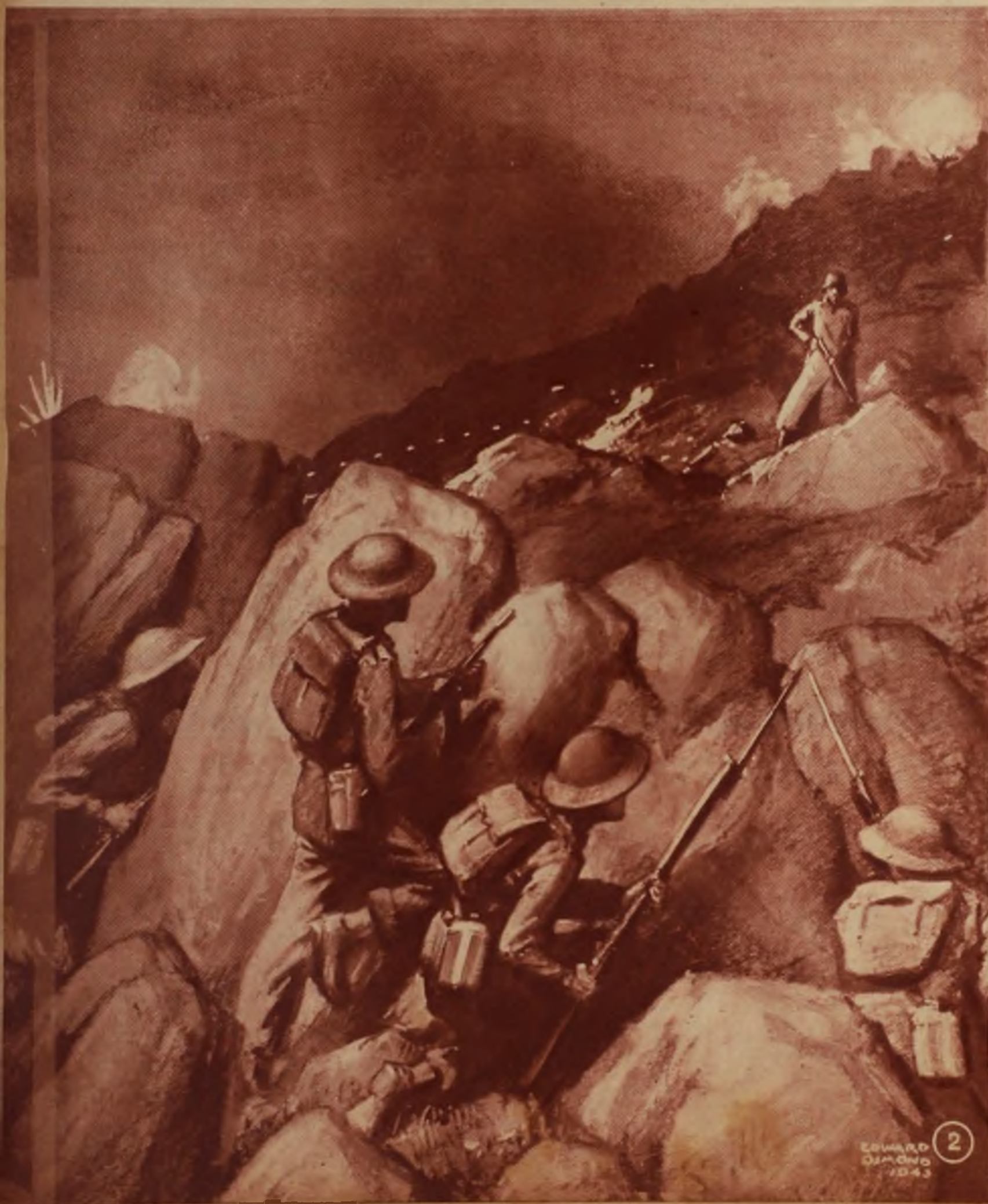
—¡Miren! — vociferó una silueta delgada, con el rostro picado por los mosquitos, mientras se dirigía jubiloso hacia nosotros. Aquí viene ese maldito yanqui!

Cuatro episodios de las luchas en el frente Italiano



LOS "GOUMS" MARROQUÍES LUCHAN EN LA ITALIA CENTRAL: Aquí atacan una granja fortificada

LA LUCHA EN CAMINO: Las tropas inglesas avanzan lentamente por las laderas del Monte del Monasterio



1 Las barbudas tropas marroquíes francesas, que entraron a luchar hace poco en el frente italiano, se han revelado ya en su combate contra los alemanes como combatientes valerosos y decididos. Hace poco desalojaron al enemigo de dos plazas fuertes situadas a 1000 metros de altura en las montañas cubiertas de nieve, en el flanco derecho del Quinto Ejército. Una de ellas era una granja que los alemanes habían convertido en una fortaleza en miniatura. Cayó en poder de los marroquíes después de una lucha de más 30 horas. La granja se encontraba al pie de una gran montaña ya la orilla de un río. Al amanecer los marroquíes realizaron un segundo ataque de bayoneta del que, a diferencia del primero, salieron victoriosos. Aquí los vemos en pleno ataque.

2 "El Monte Monasterio" es la cima más alta del grupo de Monte Casino. Su captura es un triunfo a la infantería del Quinto Ejército, que lo tomó por asalto a pesar de las inmensas dificultades que representaban sus laderas escarpadas y el tiempo. Antes de que las tropas avanzaran, la artillería sometió el "Monte" a un severo ataque: en poco menos de cinco minutos se dejaron caer, como medida final, 5.000 bombas. Poco después del crepúsculo, la infantería destinada a atacar la montaña, formó una línea continua de ataque. Luego comenzaron a ascender en fila india las laderas escarpadas. La noche se volvía cada vez más fría, pero los hombres no llevaban sobretodos, pues les hubieran pesado demasiado. Después de ascender penosamente, los hombres se encontraban ya a unos 100 metros del monasterio, cuando de pronto oyeron el fuerte "¿Quién vive?" dado por un centinela alemán que se encontraba sólo a 20 mts. de ellos! Todos se tiraron al suelo y luego abrieron fuego con las ametralladoras. Los soldados distinguieron claramente las voces de los alemanes frente al monasterio. Poco después cayeron todas las cimas cayeron en poder de los ingleses.

3 Desde hace cierto tiempo viene modificando todas sus artes de defensa: ya no es partidario de una línea de frente poco estable, que permita un avance instantáneo. Las fuerzas aliadas se encuentran ahora frente a zanjas, trincheras en zig-zag, y emplazamientos de diversos tipos hechos de hormigón. Esto no significa que el enemigo haya abandonado la idea de salir de sus posiciones fortificadas. Apenas se da cuenta de que una posición es más débil que las demás, la ataca con fuerzas concentradas. Esta ha sido siempre la característica de los métodos alemanes —atacar con mayores fuerzas en los puntos débiles. El peso del ataque aliado por aire y por tierra ha sido tal que el enemigo emplea esta concentración de fuerzas hasta un grado "suicida", en muchos casos. Pero las tropas aliadas supieron detener y hasta rechazar estos ataques en masas.

4 Este dibujo nos muestra cómo los canadienses se vieron obligados a luchar casa por casa y calle por calle a través del puerto de Ortona. Cada calle tuvo que ser limpiada a fuerza de fusiles y granadas de mano, utilizadas por las tropas de infantería. Los alemanes llevaron tanques y cañones para apoyar estas operaciones. Apenas los canadienses encontraban un nido de ametralladora, se echaban tierra, tratando de protegerse con las casas, hasta la llegada de las piezas de artillería pesada necesarias.



METODO ADOPTADO POR LOS ALEMANES EN LAS BATALLAS DE ITALIA: Un contraataque por la infantería alemana en apretada formación
LA LUCHA EN LAS CALLES DE ORTONA: Los nidos de ametralladoras y los francotiradores alemanes obligan a un avance muy penoso, de casa en casa



UNA BOMBA DE TIEMPO

Los elementos del grupo pan-germano de EE. UU. trabajan porque Alemania salga indemne de la



El ex-Canciller Heinrich Brüning, ex consejero de Hitler, figura principal del grupo de los que trabajan en Estados Unidos por salvar a Alemania.

G. Treviranus, pide que los aliados La audaz condesa Rosie Waldeck, ausalven la industrias alemanas a pre-tora de un libro en el que lanza la cantexto de aplicarlas contra Japón. didatura de probables líderes alemanes.



El príncipe Zu Lowenstein, que desde la revista "América", defiende la causa de una futura gran Alemania.



Otro de los que en Norteamérica conspiran contra el triunfo de las democracias: H. Rauschning, ex servidor nazi.



El autor de este valiente artículo, que tiene la amarga virtud de dejar estupefactos, es Johannes Steel, dueño de un envidiable prestigio logrado a través de una década de análisis de noticias en los micrófonos de la W. M. C. A. También ha contribuido a esta fama su labor en el "New York Post" y los incisivos comentarios de actualidad estampados en "Entretelones de la Guerra", "La Segun-

En octubre pasado llegaba a Londres un hombre que acababa de escapar de Alemania. Según declaró a los agentes del Servicio Secreto Británico, los nazis han descartado ya toda posibilidad en la presente guerra, y barajan planes para una tercera, en la que esperan obtener la victoria definitiva.

El Estado Mayor Alemán está convencido ahora de que el error partida. Los militares han convenido en no repetir tamaño desatino en máximo de esta guerra fué el dejar a Inglaterra como carta final en su la próxima contienda.

La técnica alemana de sacar provecho de la derrota, con miras a una mejor organización de todos los detalles cuando la ansiada oportunidad de la victoria final se les presente en forma concluyente, está siendo demostrada ahora incontestablemente. Esa es la verdadera explicación a los insistentes rumores, procedentes de Madrid y Estocolmo, de agitación en el Reich, y a los despachos, también de centros neutrales, que aseguran que "los antinazis ocupan rápida y secretamente los más altos puestos del partido de Hitler".

La treta nazi de estafar la paz, hace ya sus primeras armas en los propios Estados Unidos, de acuerdo con el plan de los Pan-Germanos, según podría llamarse. Los Pan-Germanos insisten en que son anti-nazis, y en realidad lo son, en el sentido de que desapruueban algunos de los métodos de Hitler. Pero su fé en la dominación alemana, está identificada en los principios fundamentales del partido nazi.

Bruening es el principal de los pan-germanos

Su figura más importante en los EE. UU. es el Dr. Heinrich Brüning, antiguo Canciller del Reich, y hoy profesor en Harvard. El semanario "Newsweek" señaló recientemente que, a pesar de los protestas en contra de Brüning, éste aspiraba ya seriamente a la candidatura para Canciller del Reich.

¿Y quién es Brüning, a todo esto? El 15 de marzo de 1933 ofrecía a su triunfal sucesor en la Cancillería del Reich, Adolfo Hitler, todos los consejos que su experiencia le dictaba, para manejar las relaciones exteriores del Partido nazi. El 23 de marzo, día memorable en que el Reichstag se reuniera por última vez, impuso su poderosa influencia para que el Partido Central votase la fórmula que daba a Hitler poderes dictatoriales.

Por espacio de un año, Brüning permaneció en Alemania; luego pasó a Londres. Dos semanas apenas hacía que se encontraba en esa capital cuando sobrevino la célebre "purga" en la que cayeron muchos de sus más íntimos, entre ellos el Dr. Otto Klausner, alto integrante del Partido Central. A partir de este momento, el pseudo-traicionado diplomático quedó transformado, prácticamente, en político en exilio.

En los EE. UU. hoy, el Dr. Brüning es el predilecto de los que insisten en que "a menos que haya una Alemania económicamente unida y fuerte en la postguerra", el caos volverá a caer sobre Europa.

Una visita en Wall Street

Muy recientemente, un tal Herr Gottfried Treviranus, causó sensación en Wall Street, al manifestar, durante una cena a la que asistieron personajes de gran influencia política estadounidense a seguirse en la postguerra con respecto a Alemania, que una vez derrotada esta nación, el grueso de sus industrias en general, y la de la guerra en particular, debían mantenerse intactas. Las razones de tan singular teoría, podían resumirse fácilmente así: 1.º el evitar la desocupación y la inestabilidad económica de Alemania y 2.º el uso de armamentos alemanes ayudaría a derrotar al Japón. Plan verdaderamente sutil para permitir la victoria económica de Alemania!

Pero Treviranus no es una figura surgida del momento. Antiguo miembro del gabinete de Brüning, ayudó al ex-Canciller a allanar el

KITADOL ES EL MEJOR Y NO DA ARDOR

CONTRA LAS DEMOCRACIAS

presente hecatombe y pueda imponerse pronto al mundo desatando una tercera guerra mundial

da Guerra Mundial", "Hitler como Frankenstein", y otros libros suyos, cubiéndole el orgullo de haber predicho el Pacto de Munich y, con sesenta días de anticipación, el alevoso ataque japonés a Pearl Harbour.

Vemos aquí qué trabajo de zapa se está llevando a cabo para arrebatarse el fruto de tanta sangre y tantas lágrimas a los pueblos ansiosos por tornar a la vida y construir un mundo mejor; cómo la aspiración de las democracias, inspiradoras de la palabra empeñada de Roosevelt y Churchill, corre peligro de ser sarcásticamente burdada si no se levanta de una vez un velo que este artículo de Steel revela que está cobijando indignidades merecedoras de ejemplar sanción.

camino a Hitler, aplicando por primera vez la teoría del gobierno "por grados".

Este grupo pan-germano, incluye otros miembros reaccionarios, de la laya de Bruening y Otto Strasser. Su móvil principal, parece ser encontrar un "Badoglio alemán", que permita, con su prestigio, detener la próxima revolución alemana.

Igual que en el caso de Italia, los elementos verdaderamente anti-nazis, liberales y progresistas, no son consultados para nada en los planes para la futura organización de Alemania.

Entre los integrantes del grupo pan-germano, se encuentra nada menos que Herr Paul Scheffer, que fuera expulsado de Moscú por espía del ejército alemán. Sus artículos, sin firma, aparecen con alarmante regularidad, en algunos de los períodos de reconocida tendencia reaccionaria de los EE. UU.

Y también los Dres. Ernst F. Hanfstaengl y Wilhelm Spiecker, este último trabajando al presente con Strasser, en el Canadá, y cuyas "autorizadas opiniones" son solicitadas religiosamente por algunas agencias oficiales norteamericanas. "Putzi" Hanfstaengl, como le llaman, tocaba al piano temas wagnerianos, para deleite exclusivo de Hitler en sus momentos de "trance". Ultimamente, en 1943, actuó como consejero del Departamento de Estado de Estados Unidos!

Y por último, y esto es lo más importante, también se encuentra en ese grupo el propio Hermann Rauschning, ex-amigo íntimo de Hitler y probable gran personaje de una poderosa Alemania de postguerra. Recientemente, y a instancias del Departamento de Estado, fue contratado por Hollywood como "consejero técnico" para un film de tema anti-nazi.

Pero el aspecto más interesante de esta conspiración pan-germana, es que invade ya las universidades estadounidenses, con toda su secuela de peligrosas influencias. En la Universidad de Harvard, además de Bruening, tenemos al Profesor Carl Friedrich, que apadrina al Prof. Ernst Bergstrasser. Este es amigo del ex-Consul General nazi en San Francisco, Capitán Fritz Wiedemann, quien se encargaba de poner en contacto a los espías alemanes con los japoneses, en la costa Oeste del país. Dicho sea de paso, el Profesor Bergstrasser está empleado ahora en el Ejército de EE. UU. como instructor.

Protestas contra la rendición incondicional

La Universidad de Chicago cuenta con otro distinguido pan-germano: el Dr. Hugo Ermath, quien se ocupa de escribir innumerables artículos a los directores de periódicos, protestando contra la fórmula Roosevelt-Churchill de rendición incondicional de Alemania.

En cuanto a los miembros no-académicos del neo-partido, los más importantes son: el Príncipe Hubertus Zu Lowenstein, quien defiende constantemente, utilizando para ello la revista "América", la causa de una poderosa Alemania venidera, y el Dr. Max Brauer, quien dicta conferencias, y ha declarado con la mayor naturalidad, que prefiere a Hitler, antes que a una Alemania desmembrada.

Otra importante figura entre estos agitadores es la Condesa Rosie Waldeck, quien recientemente escribió un libro titulado "He aquí a Mr. Blank", en el que, so pretexto de pintar la vida alemana del futuro, lanza la candidaturas de varios líderes. Entre sus sugerencias, figuran, el Príncipe Luis Ferrando de Hohenzollern, el Dr. Spiecker, protegido del ex-Canciller Bruening y antiguo jefe de prensa de Alemania, y, desde luego, Herr Otto Strasser, ex-socio de Hitler.

Se ve claro, pues, que actualmente se fabrica en los EE. UU. una "bomba de tiempo política". Los alemanes tienen puesta en ella toda su esperanza. Esa será su estratagema para escapar a las terribles consecuencias de una inevitable derrota. Y también para echar los cimientos de una nueva y más grande hecatombe que ha de estallar 25 años más tarde.



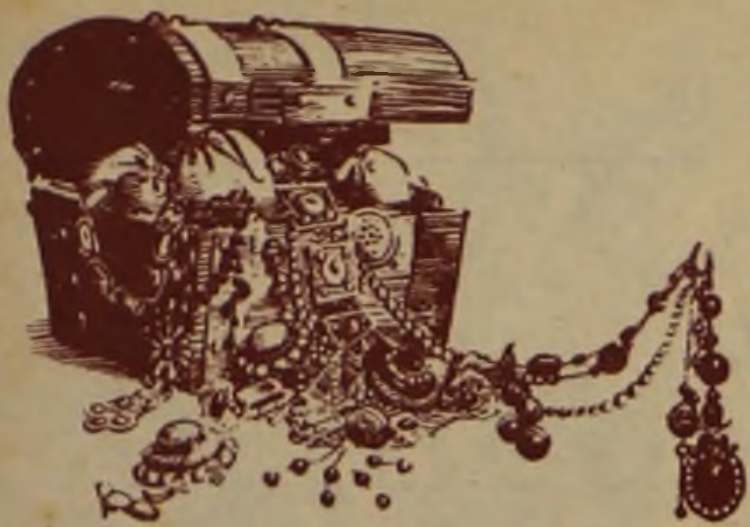
Ernst Hanfstaengl, en sus buenos tiempos de jefe de prensa nazi. Ultimamente, en 1943, actuaba como consejero en el Departamento de Estado de EE.UU.

Otto Strasser hace actualmente trabajo en Canadá tendientes a lograr la presidencia de una Alemania de post-guerra "económicamente unida y fuerte".



KITADOL

ALIVIA SIN DAÑAR



MUJERES

Reproduciendo una atmósfera de pesadilla con su destreza de las extrañas actividades de Maria Leveaux, la sacerdotisa

En un cuarto en penumbra, lleno de vapor, de una pequeña casa en Nueva Orleans, yacía una muchacha delgada y hermosa de catorce años. Sus largas pestañas temblaban levemente sobre sus tersas mejillas y su cabello, perfumado y humedecido con una hierba especial, rodeaba su delgada cabeza. Sobre ella se inclinaba una mujer de más edad y de cutis mucho más oscuro, murmurándole una encantadora historia de amor.

—Ah, t'es jolie, ma p'tite Marie —cantó suavemente. Estás hecha para la mayor felicidad de todas, el amor de un hombre generoso. El os dará sedas, joyas y su protección.

—Esta noche, en el Baile del Quadroon, habrá un hombre joven, ¡oh!, muy rico, que os mirará y os amará.

Durante todo aquel día, la niña se quedó recostada en un baño perfumado y caliente, hecho de hierbas. Luego, a medida que caía la noche, su madre, la viuda de París, la vistió con sedas brillantes, pequeños escarpines suaves y un hermoso pañuelo para su oscura cabeza; luego se la llevó al Theatre d'Orleans.

Los grandes y brillantes ojos de Marie Leveaux examinaron atentamente las filas de los jóvenes y elegantes blancos, en busca de su primer amante.

No estuvo satisfecha durante mucho tiempo con el que había encontrado. Ella tomó todo lo que él le dio, y a su vez le dio mucho más de lo que él le pidió. Pero eso no fue suficiente.

Esta exótica hija de la viuda de París y de otro mulato libre, llamado Cristóbal Glapion, quienes, según se decía, conocían los secretos del vudú africano, quería mucho más.

Marie era hábil, tan hábil como sus antepasadas, las brujas y curanderas del Continente Negro.

Durante un tiempo contempló a las fabulosas mujeres blancas que pasaban en sus lujosos carruajes, con sus cabellos empolvados y peinados en forma asaz compleja. Ninguna mujer sería capaz de hacer sola esos peinados. Marie decidió que adoptaría el oficio de peñadora, pues así podría aprender más fácilmente lo que le interesaba.

Fue una alumna excelente, y pronto se le admitió en los cuartos íntimos más exigentes y elegantes, donde trabajaba con la habilidad de una artista, mientras su boca de gruesos labios se animaba de una extraña sonrisa. Escuchaba atentamente el relato de los escándalos del momento, que constituían el tema central de la conversación entre esas bellezas inútiles y aburridas. Para ellas Marie no era otra cosa que una sirvienta, una cosa alquilada carente de oídos y ojos; era simplemente una máquina utilizada para peinar el cabello.

No pasó mucho tiempo antes de que Marie comenzara a cobrar pequeñas sumas como precio de su silencio.

Pero pensó que no le convenía que se extendiera su fama de chantajista. Lo que necesitaba era un ejército de espías que le trajera las informaciones deseadas, mejor aún, un ejército de esclavos.

El medio para conseguir ese ejército de esclavos fue el vudú; ese culto antiguo que había venido del África junto con sus antepasados, que fueron transportados en los buques que se dedicaban al tráfico de los esclavos negros. En Nueva Orleans existían ya muchas personas que practicaban el vudú, y se murmuraba que muchos mestizos e incluso mucha gente blanca, atraídos por los esclavos, y que durante toda su infancia había escuchado los relatos murmurados por éstos acerca de la vida de sus tribus, creían también en el antiguo poder de culto vudú.

Marie eligió como símbolo personal la Gran Zombi, la Diosa serpiente, símbolo tomado de una de las hermandades más poderosas del África.

Naturalmente, este símbolo fue modificado para ajustarlo a las condiciones existentes en aquella época, de tal modo que los fetiches fueron mezclados con muchas creencias cristianas. En los altares se encontraban fetiches en honor de la Serpiente y retratos de los Santos, todos ellos adorados

por igual, y a todos los que se le atribuya individualidades peculiares y extrañas, cuyas características eran ampliamente explotadas por la insensata y avarosa Alta Sacerdotisa.

Una de las ramas secundarias más lucrativas de su negocio, fue la venta de gris-gris o fetiches. Estos podían estar representados por cualquier cosa: un mechón de cabellos atados con una cinta roja, para la muerte; una cruz de sal para obligar al fantasma a permanecer junto con su cadáver; o los restos de clavos incluidos dentro de una pequeña bolsa hecha de piel de serpiente, un penacho de plumas; y un polvo especial, que no era otra cosa que un poco de tierra sacada a medianoche de alguna tumba.

Pero un gris-gris no surtiría efecto, a menos que la víctima sepa claramente que está allí. Y los espías de Marie no perdían un instante para informar a sus víctimas de la presencia de esos objetos espantosos. Y entonces, como es natural, acudían a las víctimas que existía una mujer con el don de todos los secretos del culto vudú, que sabría confeccionar un gris-gris aún más poderoso, para alejar el maleficio. Y la gente acudía a Marie Leveaux, dejando en sus manos grandes cantidades de dinero contante y sonante.

Las monedas de oro que cobraba, las ocultaba en pots y tarros de pomadas y cremas para el cutis, y luego las cubría con esas sustancias, para que así las monedas no hicieran ruido y no pudieran revelar su existencia a ninguna persona extraña.

Muchos grandes hombres encontraban en sus bolsillos un puñado de polvos espantosos, colocados allí por los agentes de Marie. Las mujeres descubrieron que existían talismanes de amor, capaces de atraer nuevamente el afecto de los amantes discolos o indiferentes. Y si un "ouanga" de muerte colocado por Marie no surtía efecto, siempre podía recurrirse, en último caso, al veneno. Los bigotes del gato y el polvo de vidrio fueron venenos conocidos ya desde la antigüedad en la espesura de la selva africana, y podían obtenerse con suma facilidad en cualquier parte de Nueva Orleans.

El clima suave, sub-tropical, contribuía a que los hombres y las mujeres llegaran más rápidamente a la madurez. Los galanes ociosos y ricos adoptaron como hobby o pasatiempo, el hacerle el amor a las mujeres bonitas; y las hermosas esposas de los hombres ya maduros o viejos, mujeres mimadas, aburridas y ociosas también, se pasaban escuchando, contentas y satisfechas, las dulces tonterías que sus adoradores les murmuraban al oído durante los lánguidos crepúsculos. Este era el pasatiempo favorito en la antigua Nueva Orleans.

Y Marie conocía hasta el detalle más íntimo de todos estos asuntos.

En efecto, la sociedad de Nueva Orleans comenzó a estremecerse al oír la mención de su nombre. Ella conocía todos los pecadillos a la mañana siguiente de haber sido cometidos. Pero los pecadores jamás pensaron en que eran sus propios esclavos los que

informaban de sus cosas, con toda regularidad, a la dueña de la pequeña y tranquila choza situada cerca de la muralla.

Y luego seguían los pedidos de oro, de más oro y aún más oro, hasta que los hombres desesperados se habían en duelo de uno de los famosos Robles y hasta que las débiles mujeres preferían ingerir veneno antes que soportar la revelación de sus pecados.

Y Marie los conocía a todos. Emitía sus órdenes con la misma sutileza con que lo habían hecho las antiguas curanderas, y aquellas órdenes atravesaban silenciosamente los brazos del río, sin que ninguna persona blanca hubiera oído nada acerca de ellas.

Y todas las semanas los esclavos y los libertos se reunían para bailar el "Bamboula", para beber la poderosa "tafia" y la sangre roja de los gallos blancos, mientras Marie los observaba a todos desde su trono situado en la jaula en la que se retorcía la Gran Zombi misma, la larga serpiente de Louisiana que constituía el símbolo de su culto.

Todos los años, en la noche de San Juan, el 24 de junio, Marie Leveaux presidía una increíble y salvaje orgia vudú, que se celebraba en los pantanos situados al borde del Lago Pontchartrain.

Aquellas noches eran siempre muy cálidas y los pantanos estaban llenos de reptiles y de mosquitos que zumaban y picaban despiadadamente a los hombres. Las personas serias y sensatas se mantenían alejadas de los pantanos y murmuraban entre sí que durante la noche se veían fuegos fatuos que iban de un lado para otro en los lodazales. Esos fuegos fatuos eran en realidad las antorchas que llevaban los adoradores del culto vudú, para iluminar su camino a medida que avanzaban penosamente a través del barro viscoso y fétido hacia un antiguo barracón, ya semi-destruido, en donde antiguamente vivían los esclavos, y en donde les aguardaban la sacerdotisa vudú y sus ayudantes, para iniciar la celebración de esa orgia casi increíble.

A pesar de que estaban semi-desnudos, se limpiaban el barro de sus cuerpos lo mejor que podían y entraban a ese lugar infernal vestidos de blanco, pues Marie exigía que se vistieran a ese color. Cada persona traía regalos para la Gran Zombi: "tafia", el terrón de caña, gallos blancos, vino, comestibles y muchos objetos de valor. Marie no se ofendía si entre las ofrendas hechas a su diosa se encontraban joyas robadas a algún rico hacendado o monedas de oro provenientes de algún robo. Los comestibles eran entregados a los adoradores, el ron distribuido entre los mismos, y la sangre era regada sobre sus cabezas; pero el oro y los objetos de valor quedaban en manos de la Reina Vudú, y eran luego transformados en dinero y escondidos en varios lugares ocultos que, según se suponía, estaban protegidos por los más terribles Ouagans de que pudiera echar mano la Alta Sacerdotisa.

Los adoradores entraban de a dos en el barracón, iluminado únicamente por la lám-

para "sagrada", y se sentaban contra las paredes. En un extremo del barracón se encontraba la jaula en la cual se veía la Gran Zombi misma, una serpiente jaspeada de gris, de más de siete pies de largo.

Debajo de la jaula se encontraba el "Altar", y encima de éste un trono tallado, en el que se veía sentada a la Reina Vudú, vestida con una túnica color púrpura, con su cabello envuelto en un brillante pañuelo de seda.

A su lado se encontraba un hombre negro grande y fornido, desnudo hasta la cintura, que observaba atentamente a la audiencia en busca de posibles espías policiales. Debajo del altar se encontraban los tambores, hombres de ojos rasgados, que llevaban largos tambores atados a sus muslos. Había también violines de una sola cuerda, hechos de calabazas cubiertas con piel de serpiente, calabazas en las que se habían introducido nuevamente las semillas, que al entrecerse hacían un sonido similar al silbido de las serpientes.

Una vez que se había reunido toda la



Y ORO

narrativa, Brian O'Brien nos ilustra respecto
máxima de un culto brujo en Nueva Orleans

audiencia, el hombre negro gigantesco echaba un discurso acerca del poder de la Gran Zombi, advirtiéndole a todos acerca de su extraordinario poder oculto y obligando a todos a prestar un juramento para mantener el secreto, a menos que quisieran incurrir en su terrible ira.

Luego las personas comenzaban a desfilan lentamente delante de la jaula en la que se encontraba la serpiente, e inclinándose profundamente al suelo, depositaban sus regalos ante el altar. Marie, cuyos ojos de lince tasaban rápidamente el valor de cada regalo, reservaba sus mejores maravillas y milagros para aquellos que traían mayor cantidad de regalos o regalos de mayor valor.

Y en medio de la penumbra, los tambores sonaban bajo los ágiles dedos de los hombres de color, los violines rechinaban y las calabazas llenas de semillas eran sacudidas con un ritmo monótono que semejaba el latido de un corazón gigantesco y siniestro.

Marie se ponía de pie mientras sus ayudantes hacían girar por encima de su cabeza varias serpientes que se retorcián, y luego comenzaba a recitar lentamente el siguiente cántico:

—Voy por la tierra y por el mar.

—Voy — por — la — tierra — y — por — el — mar—, repetían rítmicamente las voces de los adoradores.

—Camino incólume sobre la espina dorada.

—Camino — incólume — sobre — la — espina — dorada.

—La Gran Zombi me protege...
—La — Gr-r-ran — Zombi — me — prote-
tege.

Y los tambores rugían como bestias, los violines aullaban y las calabazas silbaban como las serpientes del pantano.

—Nadie puede hacerme daño.

El canto terminaba en un grito triunfal.

Luego el gigantesco negro semi-desnudo, bailaba alrededor de la jaula, hostigando a la serpiente con un palo para despertarla de su sueño. Y los ojos enormemente abiertos de los adoradores, que ya estaban próximos al frenesí, comenzaban a brillar en forma extraña y siniestra.

Del montón de aves traídas por los asistentes a la orgía, el negro elegía un gallo blanco y comenzaba a agitarlo por encima de su cabeza, mientras el frenético batido de las alas del ave hacía volar las plumas por todas partes. Luego se inclinaba ante



Los tambores batían más rápidos, los violines gemían como seres sometidos a tortura, y los pies de los frenéticos bailarines llenaban con espesas nubes de tierra el barracón, mientras la muchacha se acercaba cada vez más a la serpiente enjaulada. Y entonces, la Gran Zombi alzó lentamente la cabeza chata y repugnante, extendió su lengua hacia la joven y ésta, después de dar un salto absurdo, se desplomó en el suelo, retorciéndose delante de las fauces del reptil como si ella misma, hipnotizada, se hubiera transformado en una serpiente.



Al iniciarse una diabólica misa, una sacerdotisa vudú invocando entre mágicos conjuros a la Gran Zombi de María Leveaux, simbolizada por una serpiente atada a una rama en horqueta sobre el altar que se encuentra a la derecha.

Marie, mientras el gallo gritaba y luchaba desesperado por librarse de sus manos. Bailando en medio del círculo de adoradores, hacía girar el gallo aquí y allá. Luego, siempre bailando, se dirigía al espacio situado delante del trono, levantaba el gallo hasta la altura de su cabeza, y entonces los gritos del ave cesaban dentro de su boca semejante a una caverna.

Los tambores seguían rugiendo mientras la cabeza del gallo caía a sus pies, y el negro bebía del pescuezo del ave, tal como si fuera el cuello de una botella. Luego Marie bebía también, y finalmente la sangre se regaba sobre el cuerpo de la serpiente.

casi inmóvil. Luego el sacerdote volvía a bailar nuevamente en el círculo formado por los adoradores, salpicando de sangre sus blancas vestiduras, y tratando de eludir las manos que se tendían ávidamente hacia el cadáver aún palpitante.

Después el sacerdote tomaba varias botellas de tafia y las iba ofreciendo entre los fieles, mientras alababa a gritos la generosidad de la Gran Zombi, y observaba cómo el líquido ardiente desaparecía rápidamente de las botellas. Y en medio de este frenesí, seguía oyéndose el implacable rugido de los violines, y el lamento enloquecedor de los

Ahora, algunos de los fieles se ponían lentamente de pie y comenzaban a batir el suelo al ritmo de los tambores. Vacilantes e inseguros, iban tomándose de las manos y desfilaban bailando ante la serpiente, inclinándose también ante Marie, que seguía sentada en su trono, con el rostro impassible, mientras la sangre goteaba lentamente de su mentón. El sacerdote echaba ron sobre la serpiente, y ésta, al sentir sobre sí el líquido ardiente, se sacudía y silbaba mientras se golpeaba desesperadamente contra los barrotes de su jaula adornada.

—Gran Zombi —gritaba Marie, y los fieles se retorcián y se contorsionaban, formando un círculo de seres sudorosos y jadeantes que bailaban lentamente alrededor de la jaula del reptil enfurecido.

Los tambores rugían cada vez con mayor fuerza y el lamento de los violines hendía el aire. Las calabazas silbaban como ráfagas de viento y los pies que batían el suelo levantaban nubes de polvo asfixiante en medio de la choza.

Luego, una muchacha saltaba fuera del círculo, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos desorbitados y la boca abierta en un grito inarticulado. Comenzaba a bailar, golpeando las manos al ritmo del tambor y batiendo el suelo con sus pies desnudos.

Un fiel que aullaba frenéticamente, le echaba ron sobre la cabeza mientras pasaba bailando a su lado, y el líquido se deslizaba rápidamente sobre el rostro sudoroso de la muchacha. Ésta respiraba afanosamente a medida que sus pies desnudos se acercaban cada vez más a la jaula en la que se retorcía el reptil. Luego comenzaba a girar sobre sí, mientras su vestido revoloteaba alrededor suyo, dejando ver sus rodillas de color lila. El pañuelo que llevaba en la cabeza se iba deslizando rápidamente, y ella lo tomaba en una mano y lo sacudía desenfrenadamente mientras seguía girando. Los fieles aullaban y sus ojos relucían a la luz de las antorchas. La Gran Zombi también se aproximaba a los barrotes de su jaula, apoyando su cabeza chata contra los alambres y extendiendo repetidas veces su larga y delgada lengua hacia la muchacha frenética.

Luego los movimientos de la muchacha se volvían cada vez más lentos, y su rostro parecía embotarse, tal como si estuviera borracha. Una mano la asía por el cuello de su vestido. El cuerpo de la muchacha se bambolecaba de un lado a otro, semejante a un títere. La misma mano le arrancaba el vestido de los hombros, y la muchacha seguía retorciéndose lentamente, semi-desnuda, ante el reptil que se arrastraba lentamente en su jaula.

Entonces los violines dejaban oír un lamento penetrante, y al oírlo, la posesa se arrancaba el vestido de su cuerpo arrojándolo y quedaba inmóvil durante un instante, semejante a un arco tendido. Luego lanzaba un grito agudo, terrible, sus ojos quedaban en blanco y la muchacha se desplomaba ante la cabeza chata y siniestra de la Gran Zombi.

Los tambores dejaban de batir y en el ambiente sobrecalentado del barracón sólo se oían los lamentos de los fieles borrachos y frenéticos.

El gigantesco negro arrastraba a la muchacha detrás del altar, y el baile comenzaba de nuevo.

Entonces un mulato alto, de rostro ovalado, vestido con pantalones y camisa blancos, empezaba a bailar en medio del círculo, semejante al gallo blanco que había sido sacrificado. Se ponía en puntas de pie, sacudía los brazos agitando las amplias mangas blancas y extendía su cuello delgado y tenso mientras cacareaba en forma similar a un gallo. Seguía bailando en círculo, restregando suavemente los pies cuando se acercaba a las mujeres.

Una de ellas se dirigía bailando hacia él y lanzando una carcajada histérica, los dos comenzaban a girar, bailando una danza fantástica, tal como la que debía haberse bailado en las selvas más remotas del Continente Negro. Otras parejas los imitaron. El poderoso negro se movía lentamente entre las parejas, haciendo resonar sus profundas carcajadas en el aire sobrecargado del barracón, incitando a los fieles a prodigar aún mayores esfuerzos, arrancando muchas histéricas de los brazos de sus compañeros y haciendo girar desenfrenadamente sus cuerpos por encima de su cabeza.

Todos los fieles saltaban, bailaban, giraban y sudaban, enloquecidos por el ron y por el espíritu de la Gran Zombi. Y en el aire saturado de humo, los mosquitos seguían zumbando, los violines chirriaban des-

aforadamente y los tambores rugían en forma enloquecedora, hasta que los bailarines caían exhaustos a los pies de sus compañeros o salían tambaleando hacia las húmedas brumas del pantano.

Al amanecer se veían siluetas de ojos hundidos que tambaleaban en el lodo del pantano, asiendo entre sus oscuras manos la cabeza a punto de estallar y murmurando, en medio de quejidos, acerca de las cosas extraordinarias que habían visto.

Una vez la policía irrumpió en medio de la celebración de una de estas orgías, y al día siguiente los periódicos comunicaron que se habían producido varios suicidios.

Pero el nombre de Marie Leveaux nunca se vió mezclado en estas noticias ni en estas orgías. Ella preparaba sus coartadas de antemano. Y ningún hombre se atrevía a traicionarla, por temor a morir envenenado después de sufrir una agonía terrible o de morir estrangulado bajo los poderosos dedos del gigantesco sacerdote de su culto vudú.

A medida que reunía sumas de dinero cada vez mayores, Marie decidió "comercializar" sus orgías de vudú.

Invitó a periodistas y a importantes personalidades de Nueva Orleans para que presenciaran las "secretas" reuniones de vudú. En esas reuniones se celebraban bailes y sacrificios cuidadosamente preparados de antemano, que servían para entretener a los espectadores boquiabiertos y asombrados.

Estas reuniones constituyeron un excelente medio de propaganda, y muchas personas curiosas se dirigieron al distrito en que vivía Marie Leveaux, en busca de los famosos gris-gris.

Y Marie Leveaux obtenía de todas estas estafas pingües ganancias con que aumentaba la cantidad de oro oculto en sus potes y tarros.

Posteriormente se dedicó a ayudar a los criminales para que pudieran eludir el castigo que les había sido impuesto.

En cierta ocasión, el hijo de un hombre rico comenzó a frecuentar el trato de una banda de criminales y malhechores. Una mañana se encontró a una mujer asesinada en su lujoso departamento.

La banda se había esfumado, dejando que el joven cargara con toda la culpa. Todas las pruebas obtenidas le señalaban como culpable, y el muchacho fué arrestado.

Su padre, desesperado, recorrió en vano toda la ciudad en busca de alguna persona que se mostrara dispuesta a ayudarlo. Pero todo fué inútil.

Y entonces, un sirviente negro le murmuró al oído el nombre de Marie Leveaux.

En aquella época, Marie Leveaux era ya una mujer de cierta edad, y obligó al padre, ansioso, a asistir a un fantástico ritual de tonterías antes de prometerle que, mediante el pago de una suma considerable, haría que su hijo fuera puesto en libertad.

El día del juicio, Marie se puso tres ajíes en la boca y se fué a rezar a la Catedral.

Luego, conservando aún los ajíes debajo de la lengua, se dirigió apresuradamente al Cabildo donde debía celebrarse el juicio. Atravesó rápidamente la sala de justicia hasta llegar al estrado del juez. Una vez allí, se quitó los ajíes de la boca y los ocultó debajo de la silla de la Justicia.

Apenas iniciado el juicio, el padre se retorció temerosamente las manos, pues todas las circunstancias parecían indicar que el muchacho sería colgado por ese crimen sórdido que no había cometido.

El jurado se retiró para deliberar y luego volvió a tomar asiento.

Su veredicto fué: —Inocente.

Nunca se ha podido saber cuántos miembros del jurado estuvieron en poder de la Reina del Vudú. Pero lo cierto es que Marie recibió unos honorarios principescos, así como una hermosa casa situada en la calle St. Anne, que posteriormente fué demolida en el año 1903.

Existe también un relato que nos describe el método utilizado por Marie Leveaux para asesinar a un hombre que estaba a punto de ser ahorcado.

Antoine Cambre fué uno de los gerentes de la Sala de Baile de Louisiana, un conocido antro del vicio. A él concurrían tahures, mujeres de la vida y borrachos.

Una noche, mientras salía completamente borracho de la Sala de Baile, Cambre tropezó en la escalera de un farolero. Se produjo un intercambio de palabras de grueso calibre y Cambre, furioso, desapareció corriendo en la oscuridad, en busca de un arma.



Una combinación de altar vudú y de "ouanga", literalmente, "mensajero de la muerte". A la derecha se ve el retrato del hombre que busca la muerte de las personas cuyas fotografías se distinguen a la izquierda del abarrotado altar. El cráneo dividido en dos, las hierbas mágicas, la corona de paja, son todos objetos que simbolizan la futura muerte, y la vela que se va consumiendo lentamente representa las vidas sobre las cuales va a surtir efecto el maleficio.

Cuando Cambre volvió, se encontró con otro farolero. Creyendo que era el anterior, con quien había discutido por culpa del tropiezo, sacó de un bolsillo una pistola y mató al hombre inocente de un certero balazo en el corazón. Fue arrestado y condenado a la horca.

Cambre provenía de una familia honrada y acaudalada, para la cual significaba un golpe terrible el que uno de sus miembros tuviera que morir ignominiosamente en la horca. Muchos amigos le rogaron que se envenenara para salvar a su familia del deshonra. Pero Cambre se negó rotundamente a escuchar sus ruegos.

En aquellos días existía aún la costumbre

veaux se dedicó a confeccionar la succulenta cena.

Pocas horas después, Cambre se retorció en el piso de su celda, en medio de una agonía atroz.

Pero la familia Cambre nunca tuvo que soportar la vergüenza de saber que uno de sus hijos había muerto ahorcado.

Marie Leveaux vivía aún a fines del siglo pasado; era una pequeña viejecita arrugada, envuelta en harapos, que vivía siempre reclusa en su pequeña choza, y debajo del pañuelo que cubría constantemente su cabeza, se escapaban pequeños mechones de pelo gris. De noche se la podía ver



El famoso retrato hecho por Catlin, de Marie Leveaux, la reina vudú de Nueva Orleans. El siniestro poder que ejerció sobre las clases elevadas como hasas se basaba en un complejo sistema de espionaje que le permitió reunir, mediante el chantaje, varios millones de dólares. Nadie sabe que fue de esa fortuna, presumiéndose que esté enterrada en los pantanos de Pontchartrain.

de permitir a los prisioneros que iban a ser ejecutados la erección de un pequeño altar. Regla también la costumbre de poner a una mujer a cargo del mismo. Y la mujer elegida para el altar de Cambre fue Marie Leveaux.

Nadie sabe por qué eligieron esa mujer siniestra.

Un viejo carcelero de la parroquia contó posteriormente que en la noche anterior a la ejecución, había oído a Marie Leveaux murmurar las siguientes palabras a Cambre:

—Mañana habrá de morir. Permitame prepararle una buena cena.

Al principio Cambre se negó a ello. Pero ella insistió, prometiéndole que le prepararía el plato más delicioso que jamás hubiera probado en toda su vida.

Finalmente Cambre accedió y Marie Le-

veaux salió sigilosamente de su choza y desapareció en medio de la oscuridad que cubría los pantanos.

Muchos trataron de seguirla, pero nadie logró jamás encontrar la enorme cantidad de monedas de oro que había ocultado en sus potes de cosméticos. Se calculó que la Reina del Vudú había escondido en los pantanos de Pontchartrain más de 5.000.000 dólares.

Marie Leveaux murió durante una noche tempestuosa, y nadie logró hallar nunca ningún testamento ni la menor traza de todo el oro que había reunido. Alejandro un gran sacerdote vudú que había colaborado con ella, apeló a todos sus conocimientos de magia para encontrar el oro, pero no obtuvo el menor éxito. Y así, el oro obtenido de los temores de los demás, nunca más ha podido inspirar temor a nadie.

Un momento amigo!..

**Use Camperas de Brin SANFORIZADO;
no encogen**



Las camperas son prendas muy prácticas y cómodas... siempre que no encojan después de las primeras lavadas!

Si Vd. quiere usar camperas que no se conviertan en "camisas de fuerza", exija que sean de Brin SANFORIZADO y se beneficiará por partida doble: primero, porque estas prendas al conservar sus medidas, duran mucho más y por lo tanto resultan mucho más económicas; segundo, porque Vd. siempre estará cómodo y conservará una apariencia correcta.

No dude más amigo: la próxima vez comprese camperas de Brin SANFORIZADO; siempre le darán buen resultado. Están en venta en todas las buenas tiendas del país.

★ **VER PARA CREER!** Antes de comprar busque la marca **SANFORIZADO** en el interior de la prenda.

Haga la prueba del
LAVADO!

Recorte este recuadro y envíelo a la dirección al pie, con su nombre y domicilio. Recibirá GRATIS una muestra de género Sanforizado.



MIDALA



LAVELA



MIDALA

Verá que no ha encogido.

Camperas de Brin
SANFORIZADO
no encoge

La S. A. Fabrica Uruguaya de Alpargatas, Isidoro de Maria 1631, Montevideo, es la concesionaria exclusiva del SANFORIZADO en el Uruguay.



Un gran problema social

Debemos abocarnos a la educación sexual de nuestros hijos si queremos evitarles muy graves infortunios



Los esposos Ernest R. Groves y Gladys Hoagland Groves, autores de esta aleccionadora nota, ambos verdaderas autoridades en materia sexual. Ernest Groves se graduó en Yale y en Dartmouth; ha sido profesor de Sociología en la Universidad de Carolina del Norte por espacio de 16 años, habiendo escrito varios libros sobre temas sexuales. Su mujer es asimismo profesora de vasta nombradía. Y ha publicado también diversas obras en las que aborda los mismos tópicos, aconsejando soluciones cuya aplicación logra lógicos y excelentes resultados.

En algunas partes de los EE. UU. se ha experimentado un fenómeno curioso: las transgresiones sexuales de los jóvenes se han duplicado y hasta triplicado a veces.

Las razones que podrían explicarlo, son varias. Por un lado, las nuevas condiciones a que quedan libados los jóvenes cuando se producen desplazamientos en masa de familias. Por otro, los padres, y más especialmente las madres, están ausentes del hogar por demasiado tiempo, debido a las nuevas circunstancias provocadas por la guerra. Por último, la hecatombe ha traído una nueva concepción de la vida, un "vivir para el momento", por así decirlo.

Y, a pesar de todo, ninguno de estos factores tendría que producir tal efecto. La causa del mal estriba en la falta de educación sexual bien entendida, tanto en el hogar como en la escuela.

Una mujer joven dedicada a los negocios, nos trajo, no hace mucho, a su hermanita de 14 años para que la viéramos. "No podemos decirselo a mamá, pues esto la afectaría terriblemente. Pero la verdad es que Mary Lou esté en cinta".

La chica había asistido a su primera cita. Al regresar a casa con su novio, Jack, de 16, algo le había ocurrido. No estaba segura de qué. "Por lo pronto, no podemos ni pensar en el matrimonio; ambos son tan jóvenes..." prosiguió la hermana. "Por otra parte, tienen que terminar sus estudios. Lo que yo no sé ahora, es cómo".

Afortunadamente, luego del examen médico, comprobamos que el estado de Mary Lou no era el que se suponía —aunque podía haberlo sido. Y peor hubiera resultado su posición, de no haber recurrido a su hermana mayor, en un arranque de desesperación. En el temor de haber perdido toda respetabilidad, bien pudo sumarse a la penosa legión de mujeres sin hogar que siguen en pos de los campamentos de guerra.

Tanto en el hogar como en la escuela, Mary Lou había carecido de la educación sexual que todos los niños tienen derecho a conocer. ¡Cuántas innúmeras tragedias originadas por esta falta de aviso, a la que se suma la carencia de una persona mayor a quien confiar todas sus inquietudes.

Es increíble que, hoy en día, una chica de 19 años pueda sentir terror por el primer beso. Y, sin embargo, una joven nos confesó, no hace mucho: "Mis padres no consentirían jamás en que acudiera a una cita. Por eso tuve que escaparme el sábado pasado. Y ahora me encuentro en un aprieto".

¿Y todo por qué? Pues porque cuando el hombre la besó, la pobre chica se consideró "perdida". Cosa que él aprovechó para decirle que conocía un método para evitar todo peligro. Y el tal método era la seducción. Cuando le contó todo a una amiga más experimentada, recién cayó en la cuenta de la burla de que había sido víctima.

Los muchachos también

No sólo los jóvenes, sino los muchachos pueden experimentar serios tropiezos en sus vidas, por falta de educación sexual y de una persona comprensiva a quien poder consultar.

Recordamos el caso de Jorge, muchacho de 17 años, quien vivía amargado por cierto fenómeno fisiológico propio de los muchachos castos. Creyendo falsamente que estaba "perdiendo su virilidad", consultó su caso con un holgazán del barrio, menos informado al respecto que el propio interesado. El amigo le llenó la cabeza de supercherías y curas milagrosas que, naturalmente, no surtieron el más mínimo efecto.

Jorge llevó una vida miserable por espacio de un año entero. Por último, y a punto ya hasta de abandonar sus estudios, se resolvió a consultarnos. Una vez que le hubimos explicado que su "problema" era una función perfectamente normal, le preguntamos: "Por qué se te ocurrió confiarle tan luego en ese hombre?". Y nos contestó: "Pues porque no sentía por él ninguna clase de respeto. No deseaba tratar temas de esta clase con personas respetables".

Nos preguntamos a menudo, cómo es posible que padres y madres celosos de sus hijos, y por quienes estarían dispuestos a

darlo todo, permitan que tales cosas ocurran. Y, lo que es más importante aún, qué pueden hacer para evitarlas.

Desde luego, no todos los peligros en potencia pueden ser evitados. Pero no nos cansamos de aconsejar a cuantos padres se nos ponen a tiro, que harían mucho bien en encauzar a sus hijos de modo que se acostumbren a plantearles, con confianza, pero también con dignidad, sus problemas a este respecto. Un primer paso consistirá en hacer que los chicos vayan perdiendo, poco a poco, el miedo, tan natural en estos casos.

Mostrar afecto ante todo. En casos en que se necesite un poco de disciplina, ser severos, dentro de lo gentil. Ante todo, ayudar al niño a abordar los problemas sexuales propios de su edad.

Los más pequeños son los más fáciles de abordar en este sentido. Y es que aún no sienten la vergüenza del sexo, y tampoco deberían sentirla los padres. "Dónde estaba yo cuando tú eras chiquita, mamá? ¡Cuántas madres tiemblan ante esta pregunta tan frecuente en las criaturas! ¡Cuán fácil sería responderles: "Bueno, la verdad es que como eras todavía muy chiquita, no me acuerdo ya".

Pero puede ser que las preguntas continúen: "Sí, pero ¿de dónde vine yo?". Lo más indicado sería ensayar una respuesta que la pequeña pudiera comprender, más o menos como ésta: "Eras tan pequeñita, que ni siquiera se te podía ver, pero un pedacito de lo que tú ibas ser estaba en mamita y otra pedacito en papito".

Muchos padres tienen la costumbre de cortar de raíz tales conversaciones, porque los pequeños a menudo pueden ponerlos en aprietos de extraños. Esto no deja de ser una solemne tontería. Porque en realidad, ni los chicos ya mayorcitos, ni, con mayor razón, los adultos, pueden sentirse ofendidos por lo que un pequeño inocente pueda decir. Con el agregado de que el niño, que gradual y naturalmente se acostumbra a estos temas, no es muy probable que cometa indiscreciones con salidas extemporáneas.

Recordamos que un chiquillo de 10 años nos decía, no hace mucho: "Si se nos educara en estas cosas del sexo, en la escuela y en el hogar, como se nos enseñan otras cosas, nos acostumbraríamos tan pronto a ello, como a la aritmética".

No es difícil en realidad

Si vuestro hijo es ya crecido, más o menos de unos 12 años, ya nos parece oír vuestra respuesta: "Hablarle de temas sexuales, sería desperdiciar sus instintos, lo que redundaría en su perjuicio".

Pero la verdad es que todos pensamos en el sexo, porque el sexo es parte integrante de nosotros mismos. Unicamente los niños cuyos pensamientos los ponen en aprietos, son aquellos que no pueden hablar acerca de ello con padres o maestros.

En verdad, el adolescente necesita mucha más información que en sus primeros años. No es tan difícil allanar el campo para que el adolescente se decida a abordarlos. Hay que dejar que el muchacho o la joven hablen todo lo que sea necesario. Y ser pacientes, comprensivos, honestos.

No todos, ni siquiera la inmensa mayoría de los jóvenes que no han recibido educación sexual, han de ser necesariamente transgresores. Pero resultan dañados de mil otras maneras. Malas notas en sus estudios, inadaptabilidad social, inhibiciones que influyen para toda la vida, son sólo unas pocas de las consecuencias de esta reticencia, premeditada o irresponsable, de los padres.

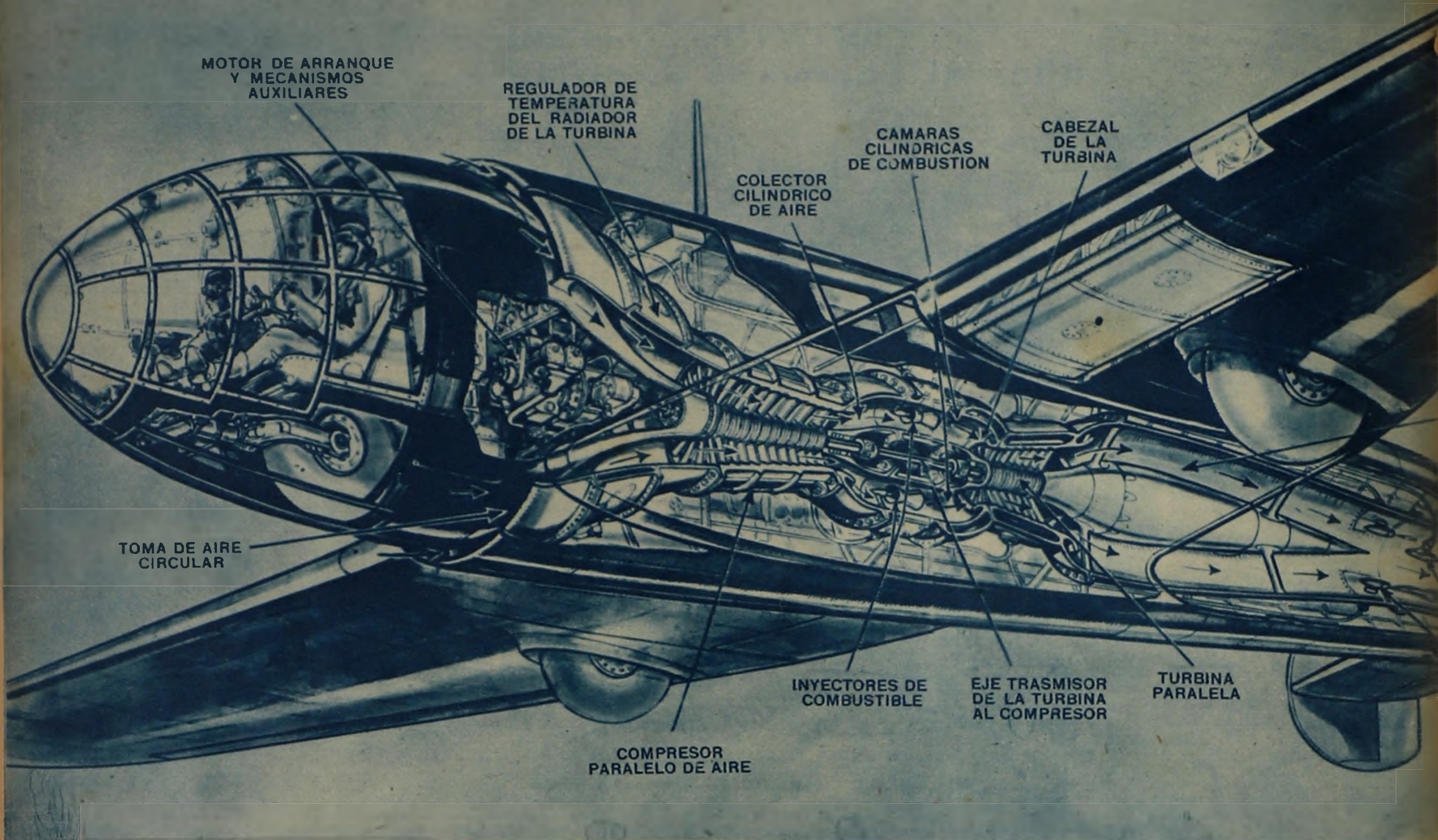
Toda vez que un hijo o una hija vayan a contraer matrimonio, será necesario darles toda clase de aviso, para lo que no bastará con los hogareños. La consulta de un buen médico, puede ser sumamente beneficiosa, no sólo en el aspecto puramente físico de la cuestión, sino hasta en el espiritual.

Como regla general, los padres que no deseen o no se sientan seguros de poder abordar estos temas con sus chicos, pueden delegar tan delicada misión en el maestro. Estos están aprendiendo, cada vez más, a tocar con delicadeza la cuestión. Los programas de la mayoría de los institutos normales de los Estados Unidos, incluyen en sus programas educación sexual y matrimonial. Lo mismo sucede en las universidades. Algunas han establecido esta clase de educación, en todos los cursos, desde los más elementales.

La cooperación de padre y maestros debe dar a la educación sexual, alcance universal. Esta será la única manera de luchar contra la delincuencia sexual, y su trágica disculpa —"No lo sabía".

Juventud ideal: sincera comprensión de las relaciones sexuales y, sin sombra de una idea pecaminosa, la estrecha fusión de dos espíritus embargados de dulce beatitud.

Una Maravilla de la Conquista Aerea



Un completo diagrama, claramente descriptivo, del avión de propulsión por expulsión, que será usado en el futuro, publicado en "Flight", órgano oficial del Royal Aero Club británico. Comprende muchos de los dispositivos que son descriptos como perfectamente e inmediatamente realizables en la actualidad en

La máquina de propulsión por expulsión de aire, creada por Frank White ya señorea en los cielos, abriendo formidables posibilidades para la aviación del futuro

EL anuncio oficial de que los aviones de propulsión por expulsión de aire iban a ser introducidos en la acción de las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses, fué la primera referencia publicada acerca de esos aparatos, que ya estaban volando desde 1941.

La historia empieza cuando Frank Whittle, que había llegado a la R.A.F. como aprendiz, llevó consigo la idea de la construcción de aviones por el original procedimiento.

Después de pasar por el Colegio de Cranwell de la R.A.F., Whittle se puso a trabajar seriamente sobre su idea y en 1930 alcanzó su primera patente.

No logró, sin embargo la financiación necesaria y sólo fué en 1935 cuando su iniciativa empezó a materializarse, ya que dos instructores de la R.A.F., Tinline y Williams, lo visitaron para proponerle medios de realizar su invento.

De esa visita resultó la formación de una compañía conocida como "Poder de Expulsión Limitada" y en 1937 el primer aparato estaba pronto para las pruebas.

Dos años después, el Ministerio del Aire dió una orden para un avión que fuera movido por el procedimiento de Whittle, y los motores fueron proporcionados por aquella compañía.

El avión tuvo un primer vuelo de gran éxito en Mayo de 1941 cuando fué pilotado por el teniente P. E. G. Sayer, que luego se mató en un accidente de aviación en Octubre de 1942.

Una persona relacionada con los inventores relató ese primer vuelo. En una mañana soleada el aparato fué sacado del hangar. No había más de diez personas cuando Sayer entró en la cabina.

El avión rodó normalmente y levantó enseguida hasta 3000 pies.

Allí se mantuvo volando unos veinte minutos y cuando volvió a tierra, el piloto no dijo más que esto: "Es un aparato de primera!".

La única diferencia que se notaba en el aspecto del aparato era la aguda nariz de su mecanismo. Y cuando uno de los primeros modelos voló sobre tierras británicas, muchos habitantes corrieron a los refugios an-

tiéreos creyendo que era un nuevo tipo de bombardero enemigo que se les echaba encima.

La vecindad del avión era anunciada por un ronquido distante que iba aumentando de volumen hasta semejar al gigante silbido de una poderosa caldera hirviendo, y cuando pasaba sobre quien escuchaba el rumor enérgico de los motores, se mezclaba con el furioso silbido de sus expulsiones que impulsaban al aparato flamante.

En un tiempo increíblemente corto el aparato recorría una gran distancia en el cielo. Y también fué corto el tiempo en que pudo imponerse a la consideración.

Si el inventor había necesitado algunos años para que su creación llegara a realizarse, apenas esta había tomado forma, el éxito le sonreía y su fama estaba asegurada.

En todas partes empezó a hablarse del nuevo aparato, sin que se tuvieran todavía referencias exactas sobre su modalidad, aunque se conocían y se difundían los elogios por su eficacia.

Como resultado de los experimentos iniciales las autoridades de los dos lados del Atlántico reconocieron sin titubeos las maravillosas posibilidades del Whittle.

Un gran número de aviones de ese modelo fueron enseguida construidos y puestos en prueba cada día en Inglaterra y en Estados Unidos. Y varios cientos de vuelos, cada uno más afirmativo que el anterior, terminaron por llevar a la más absoluta convicción acerca de lo que el joven inventor había logrado al hacer triunfar su idea.

Muchos de los vuelos mostraron las posibilidades de que el Whittle alcanzara grandes alturas y velocidades estupendas, sin que ocurriera nunca una desgracia.

La producción en grandes series del avión de propulsión por expulsión Whittle está siendo anunciada ahora de una manera oficial y este es el primer y victorioso resultado práctico de la Compañía que se formó para explotar el invento.

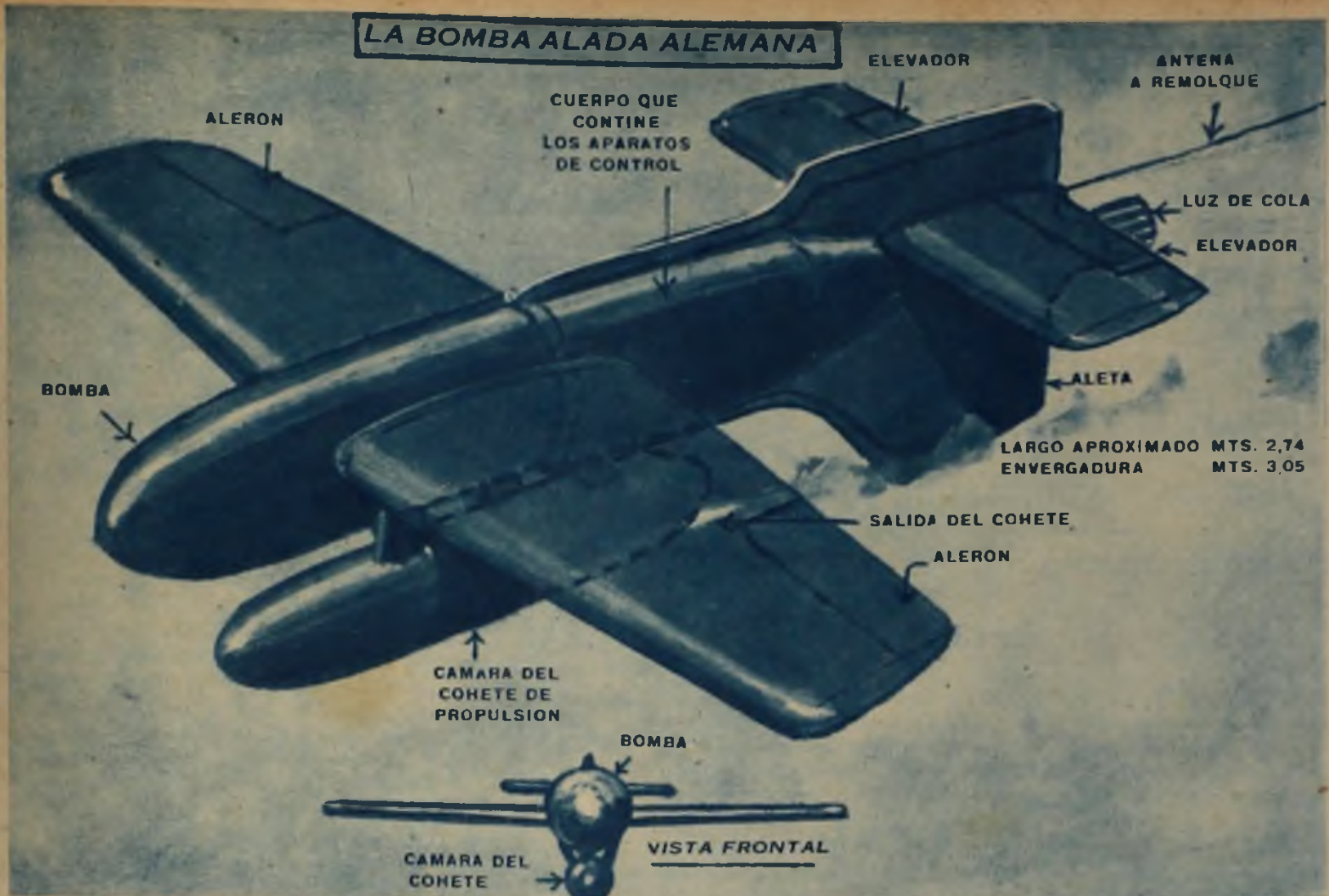
Este, por otra parte, y como decisiva consagración está ya calificado como uno de los pasos más importantes dados en el camino de la evolución de la industria aérea.



El capitán Frank Whittle, el inventor de 36 años, responsable del éxito del nuevo avión de expulsión que usan los aliados.



El teniente P. E. G. Sayer, ya fallecido, el piloto de ensayo que primero voló exitosamente en esta clase de aviones.



Un arma nazi: la bomba-cohete con alas, controlada por radio

Fue Winston Churchill quien primeramente anunció que los alemanes estaban usando una bomba controlada por radio contra los barcos británicos. Y en estos dibujos un artista ha querido representar algunos detalles de la nueva arma. La cabeza explosiva, como puede verse, está construida de acuerdo con la bomba alemana normal, pero la parte de atrás del cuerpo lleva un aparato receptor eléctrico y resortes que controlan su vuelo, y el timón. Las alas son de corta dimensión con una ancha cuerda y está provista de alerones. La bomba es usualmente llevada abajo del fuselaje en los resortes de control de los aviones, y después de dejarla caer es dirigida hacia el blanco por radio de una manera similar como los británicos ensayaban los aviones manejados por radio antes de la guerra. La bomba alada está provista de propulsión de cohetes, llevando al cohete separadamente en un espacio debajo de la bomba, lo que hace que la propulsión se realice de acuerdo con todas las exigencias científicas. Volando a una considerable distancia del barco que sirve de blanco, a

alturas que varían entre dos mil y cuatro mil pies, el avión-madre queda fuera del radio de tiro menor antiaéreo, mientras controla la bomba. Durante los ataques a los barcos estas bombas han sido dirigidas en cursos variados, tal como ilustran nuestros grabados. La sorpresa es el factor más importante para el éxito de esta arma de guerra, pero sus aplicaciones no son muy amplias y, por lo demás, los técnicos aliados han tomado rápidas contramedidas, lo que ha hecho que no se hable muy frecuentemente de los resultados que puedan haber alcanzado en sus acciones contra las flotas de las naciones unidas. Estas bombas dirigidas por radio se encuentran en realidad en el mismo caso que las minas magnéticas que causaron algunos daños hasta que se les encontró el antidoto, y lo mismo que las minas acústicas, que tampoco fueron muy lejos con sus efectos. De todos modos, lleguen o no lleguen a su fin en estos momentos, en el recorrido que lleva la guerra pronto las bombas por radio no tendrán quienes las arrojen. La victoria aliada va a terminar con las armas secretas de los nazis.



VERMOUTH

PERA GRAU



CHAMPAGNE

MONITOR



**EFICIENCIA
Y
SOLIDEZ**

Nuestra organización nos permite ofrecer al público en general, un servicio bancario insuperable en cualquiera de nuestras diversas secciones.

Todos los depósitos están garantizados por el activo total del Banco que excede de 1,000,000,000 Dólares Canadienses.

**THE
ROYAL BANK
OF CANADA**

FUNDADO EN 1869

CASA MATRIZ CERRITO esq. SOLIS
Montreal, Canada MONTEVIDEO

Hasta los 140 años se podrá alargar la Vida

El Dr. Voronoff asegura que el verdadero elixir de la larga vida que tan infructuosamente buscaron los alquimistas de la Edad Media, es hoy posible hallarlo en la secreción interna de ciertas glándulas humanas

LOS turistas que acuden a Lake Placid, en Estados Unidos, miran con mezcla de temor y respeto un edificio de dos pisos, semicondido tras frondosos árboles, directamente frente al lago. Esa mansión es el retiro del Dr. Serge Voronoff, el mago de los rejuvenecimientos.

En su reclusión de las montañas, el Dr. Voronoff está reuniendo todos los datos sobre sus experimentos en la lucha contra la vejez, que viene sosteniendo desde hace veinte años, y que le han hecho famoso.

El súbito estallido de la guerra fué un desastre para la exhibición de animales vivos que poseía el Dr. Voronoff. Los alemanes convirtieron su laboratorio de la Universidad de París en un establo. Su magnífica residencia en el Sur de Francia fué una de las primeras destruidas por los bombardeos. Los 110 monjes que se hallaban en el zoo científico del Dr. Voronoff, fueron hechos prisioneros de guerra por los italianos, y su destino es incierto.

Por primera vez en seis años, un cronista de "The American Weekly" pudo obtener el permiso necesario para entrevistar al Dr. Voronoff e interrogarlo acerca del trabajo de su vida y de sus geniales descubrimientos.

El famoso hombre de ciencia empezó asegurando que el vandalismo del Eje no había destruido, de ninguna manera, los frutos de sus esfuerzos: sus discípulos, por él entrenados, están dispersos por todo el mundo, y siguen practicando constantemente el método Voronoff.

Más de 2.000 seres humanos han demostrado triunfalmente la afirmación del

doctor Voronoff: ¡La vida puede ser prolongada!

El hombre se ha sentido disgustado siempre ante el hecho de que nace con una sentencia de muerte. Hasta hace poco, lo más que un ser humano podía esperar, era una duración de la vida de no más de setenta años. Si conseguía engañar a la tumba un poco más, todo lo que podía ganar era, como lo dijo Shakespeare, "una segunda infancia y el olvido".

¿No podría la ciencia estirar ese plazo de la vida útil? Hasta hace poco tiempo, lo único que podían hacer los hombres de ciencia era aconsejar a la gente que aceptara la vejez, sin ninguna esperanza, y sin rebelarse. Tal era la ley de la naturaleza, y las leyes de la naturaleza no pueden ser desafiadas. Pero no era una respuesta satisfactoria. La humanidad se había rebelado contra otras aparentes fatalidades, como la de no tener alas. No tenía alas y no podía volar, ni podía penetrar en las profundidades del mar por no estar provisto de aletas. Pero las rebeliones de la humanidad contra estas fatalidades han tenido éxito más de una vez.

El hombre vuela hoy, no porque desafíe las leyes de la gravedad, sino mediante invenciones que le permiten mantenerse dentro de la ley. Del mismo modo, los hombres han descendido hacia el inexplorado fondo del mar. Mediante la ciencia electrónica, han extendido a miles de kilómetros el alcance de los sonidos y de la voz.

¿No podría hacerse algo similar con la ley que nos obliga a retirarnos, justa-

mente cuando hemos alcanzado el máximo de nuestra vida útil?

La pregunta es justa, y la respuesta es que nuestra sumisión a las leyes naturales limitadoras de nuestra vida, se debe a nuestra profunda intransigencia de esas mismas leyes.

Recientemente, el velo de ignorancia ha sido levantado. Entre otras cosas, hemos visto que el límite de setenta años no es absoluto, así como no es inevitable que un auto cese de caminar después de recorrer 100.000 kilómetros. Se ha afirmado frecuentemente que una diferencia fundamental entre un auto y un ser viviente radica en que cuando una parte vital, como ser una llanta, se desgasta en un auto, puede ser reemplazada por una nueva, mientras que en el hombre, esto no es posible, a no ser algunas soluciones precarias, como los dientes y piernas postizas. Los órganos vitales no pueden ser reemplazados.

Pero esa comparación no es exacta, porque en realidad nosotros estamos constantemente renovando las piezas gastadas de nuestro organismo como ley biológica fundamental.

En ningún momento de nuestras vidas permanecen inmutables las células de nuestros cuerpos. Constantemente sufren un proceso de renovación. Nuevas generaciones están ocupando constantemente el lugar de las más viejas. Sin esta facultad, la continuación de la vida sería imposible.

Así como los protozoarios y otros seres primitivos, las células de nuestro cuerpo, luego de un corto período de existencia, se dividen en dos, dando lugar al nacimiento de dos células jóvenes que conti-

núan el ciclo de división y renovación durante toda nuestra vida.

Un ejemplo típico de esta renovación incesante, que todos podemos observar fácilmente, lo dan el cabello y las uñas, que siguen creciendo y renovándose desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte. El mismo fenómeno ocurre en el interior de nuestro cuerpo. ¿Y no hemos conocido todos, casos en los que un músculo atrofiado a causa de una enfermedad recobraba su volumen normal bajo la influencia del ejercicio, llegando a veces a sobrepasarlo?

Esta capacidad renovadora de las células no cesa al llegar a la vejez, sino que simplemente, disminuye.

¿Por qué no hemos de poder acelerar el ciclo de renovación y multiplicación, y por lo tanto, el ciclo del rejuvenecimiento?

Sólo será necesario mantener el poder de las células de dividirse y de renovarse, mediante la secreción interna de ciertas glándulas. Como esta secreción disminuye con la edad, la capacidad renovadora de las células disminuye en idéntica proporción, tanto en los órganos como en las glándulas que son tan indispensables para el funcionamiento normal del cuerpo. La decadencia de la actividad celular, sin embargo, es lenta.

Hasta la extrema ancianidad, las células que han conservado su vitalidad continúan su ciclo de evolución y multiplicación, pero su ritmo se amaina y cesa definitivamente con la muerte, debido a la falta del estimulante proporcionado por las glándulas.

Si esa fuente de estimulante pudiera ser reemplazada, antes de que se agotara, por glándulas jóvenes y vigorosas y en plena actividad, se daría fresca energía renovadora a las células, y se aumentaría su poder de reproducción y también su poder de renovación.

No podemos evitar la muerte, pero podemos eludirla hasta el extremo de lo posible. A fin de lograr esto, sin embargo, debemos suprimir la vejez, del mismo modo que curamos una enfermedad, o por lo menos, del mismo modo que acortamos su duración.

Mediante el injerto de glándulas genitales a las cuales pueden agregarse, de acuerdo con indicaciones individuales, la glándula tiroidea o la pituitaria, podemos salvarnos de los achaques de la vejez, y quizá, prolongar nuestra vida. Mi método es aún demasiado reciente para que yo pueda confirmar esta declaración presentando el ejemplo de un hombre que conserve la totalidad de su vigor hasta los 120 ó 140 años.

Sin embargo, me ha sido posible dar una prueba acabada de la veracidad de mi afirmación, con respecto a ciertos animales, cuya vida es bastante más corta que la nuestra, y en consecuencia, más fácil de estudiar.

De esta manera, pude mantener en mi laboratorio, gracias a una operación de injerto, a un carnero que estaba lleno de energía vital hasta la edad excepcional de veinte años! Eso sería equivalente, en comparación con la duración respectiva de las vidas del carnero y del hombre, a una edad de por lo menos ciento cuarenta años.

Como regla general, esos animales empiezan a envejecer a los nueve años, y mueren, completamente seniles, a los catorce años, cuando mucho. Su "vejez" por lo tanto, dura alrededor de cinco años, bajo circunstancias normales de su desenvolvimiento.

Este carnero, al que llamaré N.º 14, fué traído a mi laboratorio en el estado más

Los alemanes convirtieron su laboratorio de Francia en un establo; pero ahora, el Dr. Boronoff, a los setenta y siete años de edad, continúa en los Estados Unidos los experimentos que lo han hecho célebre. Aquí lo vemos en compañía de su joven y bella esposa, demostrando con su semblante la afirmación de que es posible mantener la energía juvenil cuando las glándulas de secreción interna siguen vertiendo sus hormonas en la circulación.



lamentable, como puede verse en la fotografía tomada un día antes de la operación. Tenía doce años de edad. Sus flacas patas apenas podían sostenerle temblorosamente, y daba la impresión de ser un animal completamente decrepito y agotado. Tenía poca lana, y en algunas partes el pobre animal estaba completamente pelado.

El 7 de Mayo de 1918, le injerté las glándulas genitales de un cordero de dos años.

Tres meses después de la operación, el animal estaba completamente transformado. Su cuerpo estaba cubierto por una lana mucho más espesa, el apetito había reaparecido y el animal había perdido su apariencia temblorosa, volviéndose nuevamente agresivo, helicoso y juvenil en todos sus movimientos. Este carnero fué aislado en un pequeño establo en compañía de una oveja, y esto no sólo nos permitió observar la reaparición de los instintos sexuales, que había perdido muchos años atrás, sino también su resultado más tangible: la oveja dió a luz en el mes de Septiembre de 1918 un vigoroso corderito.

El viejo carnero pasó de este modo a ser la prueba viviente de la eficacia de mi método de injerto, gracias al cual había recuperado su energía y su juventud. La prolongación de su vida no fué sino la consecuencia directa y lógica de la recuperación de su energía vital por medios científicos.

La vida es una lucha constante contra la naturaleza.

Los débiles deben morir, mientras que los fuertes están en condiciones de resistir.

La vejez, la debilidad general, y desórdenes en las diversas funciones vitales, privan al organismo de la capacidad de resistencia requerida para esta lucha dramática.

No hay nada de sorprendente en el hecho de que mi viejo carnero, rejuvenecido y estimulado por la hormona de la joven glándula que le injerté, haya resistido vigorosamente contra la muerte que lo amenazaba.

El animal ya no se hallaba en el estado esencial para la llegada de la muerte, es decir, la vejez.

Sólo seis días antes de su muerte, y no antes, el viejo carnero declinó súbitamente, perdió su apetito, se puso tembloroso e indiferente... y falleció. Su "vejez" duró seis días en lugar de cinco años; a pesar de que había rebasado en seis la vida máxima de cualquier ejemplar de su especie!

El caso de este carnero nos indicó el curso a seguir, el ideal a ser alcanzado: la prolongación de la duración de la vida y el acortamiento del período de vejez, gracias al injerto de glándulas de rejuvenecimiento.

El cronista no pudo resistir a la tentación de interrumpir al hombre de ciencia, para preguntarle hasta qué edad podría ser prolongada la vida humana. El doctor Voronoff, sin titubeos, le contestó lo siguiente:

—En la actualidad, estimo que podría ser prolongada por lo menos hasta los 140 años de edad. Conviene recordar, además, el caso de Thomas Parr, conocido como "Old Parr" ("Viejo Parr"), un agricultor inglés que fué enterrado en la Abadía de Westminster en 1635, por la sola razón de que había vivido aparentemente 152 años.

En el caso del "Viejo Parr" la fuerza que dirige el reemplazo de las células gastadas de nuestro cuerpo permaneció con energía durante tanto tiempo que

La juventud eterna ha sido la ambición de la humanidad a través de los siglos. Los alquimistas buscaron el "Elixir de Vida" que detendría el tiempo inexorable. El Dr. Fausto vendió su alma al Diablo en pago de eterna juventud. Pero el moderno hombre de ciencia utiliza animales experimentales y una vasta acumulación de información científica para atacar con firme éxito el problema de la prolongación de la vida por muchos años.





Voronoff, con uno de los monos utilizados en sus trascendentales experiencias, al cual ha logrado, mediante una operación, volverlo otra vez a la juventud.

aquel agricultor duplicó la duración común de la vida activa de un hombre. No hay ninguna pista para aclarar el misterio de esa vida tan larga. No conocemos la dieta ni los hábitos de aquel hombre, los que según parece, eran ligeramente peores que los usuales para su tiempo. Durante el último tercio de su vida, fue un gran bebedor y glotón famoso, no constituyendo, por cierto, un ejemplo recomendable para nadie que quiera vivir mucho tiempo.

Parr era un hombre de mentalidad perfectamente común, pero, de haber sido uno de los dirigentes de Inglaterra, esa duplicación de su duración podría haber alterado el curso de la historia.

De todos modos, el célebre viejo merece reposar al lado de los grandes hombres de Gran Bretaña, pues probó que no está contra las leyes de la naturaleza el vivir un siglo y medio.

Sabemos que no podemos escapar a la muerte, pero es indudable que podemos retardarla hasta un límite.

Cuando empiezan a aparecer los síntomas de la vejez, puede aumentarse la duración de la vida y recuperar la juventud mediante el injerto de glándulas nuevas, en reemplazo de las glándulas gastadas.

Conocemos las funciones de muchas glándulas, pero no de todas, y no tenemos pruebas definidas de que unas actúen sobre las otras. Pero consideremos aquellas que tienen que ver con la prolongación de nuestra vida activa. Estas son las glándulas de la reproducción, o glándulas sexuales, y en algunos casos, necesitan la cooperación de la tiroides y del cuerpo pituitario.

Se ha objetado que la naturaleza se propone que los individuos de todas las especies mueran para ser reemplazados por otros más jóvenes y que, por lo tanto, no deberíamos tratar de modificar la duración de la vida. Parece evidente que la naturaleza no planeó la inmortalidad para el hombre ni para ninguna otra criatura, pero la prolongación de la duración de la vida, es asunto muy distinto. El hecho evidente que se advierte en toda la naturaleza, es que a cada individuo se le asigna el periodo de vida que necesita para llevar a cabo su tarea de conservar la especie.

Esa duración varía extraordinariamente, desde la tortuga, que vive más que el hombre, hasta ciertas especies de insectos,

condenadas a morir a pocas horas de haber nacido. Y desde las más altas hasta las más bajas formas de vida, el macho vive, de acuerdo con lo común, mu ho menos que la hembra.

Esto se debe a que, en muchos casos, la contribución del macho a la perpetuación de la especie es apenas poco más que el acto de la unión. Después, es la hembra la que debe cuidar y proteger a los hijos, durante cierto tiempo. La vida del macho no interesa para nada ya a la naturaleza.

En general, cuanto mayor es el tiempo que lleva cuidar a los hijos, más larga es la vida de las especies, a fin de que los padres puedan cuidar por más tiempo de sus retoños. En esos casos, la duración de la vida del macho se aproxima más a la de su compañera. Pero aún en la raza humana, en la que el hombre mantiene a la mujer durante toda su vida, por lo común, la mujer siempre es la que vive más.

"La mujer es una favorecida por la ley", dice Blackstone refiriéndose a la legislación inglesa. Y la mujer es la favorita de las leyes de la naturaleza, las que son crueles para el hombre en muchos casos por ejemplo, en el de las abejas. En la época del vuelo nupcial, todos los machos o zánganos, compiten en la tentativa de unirse con la reina de las abejas, mientras vuelan en el aire. Sólo uno lo consigue, pero el triunfo es fatal para él, pues cae mutilado y moribundo a tierra.

El destino de sus rivales fracasados es igualmente trágico. Las hembras los matan pinchándolos con sus terribles aguijones.

Ahora bien, puesto que cada criatura tiene asignado un plazo de vida, ¿por qué ha de tratar el hombre de prolongar el suyo?

La razón es que los hábitos y el ambiente de los seres cambian, y que la duración de la vida debe adaptarse a las nuevas condiciones, en caso de que estas requieran más tiempo para dar origen a la nueva generación. El hombre ha modificado sus propias condiciones demasiado rápidamente para que la evolución pueda ponerse a la par.

El hijo del hombre de las cavernas probablemente podía aprender las pocas cosas que sabían sus padres, a la edad de 14 años, quedando, por lo tanto, en condiciones de ganarse la vida por su cuenta. Por lo tanto, la raza podía perpetuarse tranquilamente, aunque la madre muriera a los treinta años, y el padre desapareciera del mundo de los vivos a menor edad aún.

En la actualidad, un joven termina sus estudios alrededor de los 22 años, y si sigue alguna profesión liberal, más tarde aún, y por lo común llega a los 30 sin ganar lo suficiente para mantener una familia. Cada año hay más cosas que aprender y esta constante prolongación del periodo de aprendizaje requiere una vida más larga, a fin de hacer uso de los conocimientos adquiridos. A menos que el hombre consiga transformarse en un animal de vida más larga, pronto llegará al fin de la cantidad de conocimiento que puede absorber y utilizar, y por lo mismo, la humanidad habrá llegado en tan amargo proceso, al final mismo de su evolución.

Desde luego, prolongar la etapa de senilidad sería peor que dejar las cosas como están, sería una verdadera calamidad. Pero mi método no sólo prolonga la vida, sino que al mismo tiempo reduce la etapa de vejez a un periodo despreciable.

Las primeras actividades que el método prolonga, son el mejoramiento intelectual y la vida amorosa. Y aquí aparece un curioso y casi profético hecho. El hombre es la única criatura que ha convertido el ciego instinto de la unión, en lo que se llama "amor romántico", y cuyo ideal se expresa en las palabras rituales y características de todas las ceremonias nupciales: "Hasta que la muerte nos separe".

Se nos ha asegurado solemnemente que

debemos aprender a envejecer con gracia, y que contemplemos tranquilos el paso de la vida, pues cada edad tiene sus recompensas. Pero, ¡cuán pobres son esas prerrogativas! Nos ayudan a subir y bajar de los coches, personas jóvenes y respetuosas que cargan nuestras valijas. Pero su respeto es también compasión por nuestra debilidad, una especie de caridad por parte de quienes aún son ricos en los poderes de la vida, para con aquellos que ya son pobres en todas las maravillosas fuerzas.

Se nos dice que disfrutemos viendo cómo los jóvenes se divierten, y que el placer de inspirar respeto substituye al de inspirar amor. Poseemos la satisfacción de disponer de una mente tranquila, de contemplar el torbellino de la vida con serena filosofía — porque nuestras naciones han muerto, y porque ya no podemos adoptar otra actitud.

¿Es sincero esto, o es sólo la filosofía derrotista de una persona que trata de sacar el mejor partido posible de un triste destino, fingiendo ante sí mismo que se siente conforme? ¿Acaso prefiere alguien, honestamente, las "prerrogativas de la vejez" a la actividad plena de la juventud y a los gozos deliciosos de la primavera vital?

Tanto los jóvenes como los viejos conocen en sus corazones la respuesta. Sería muy difícil encontrar a un joven que, en la cúspide de su virilidad, estuviera dispuesto a cambiar de lugar con

un anciano. Es posible que el joven envidie la riqueza, la influencia y la fama del anciano, pero pocos las aceptarían al precio de quedar incapacitados para participar activamente en el amor, el trabajo y el placer.

La joven mecanógrafa o vendedora de tienda envidia los diamantes y las costosas pieles de la anciana gran dama. ¿Pero, los cambiaría por su cara y su cuerpo jóvenes?

Difícilmente, porque esas cosas son deseables por la sola razón de que significan poder, por — para atraer a los galanes, pero no si las lucen unas manos temblorosas o un cuerpo encorvado por la vejez. El abuelo, que era jugador de fútbol allá por 1900, se divierte viendo un partido desde su cómoda platea, pero eso es un pobre substituto del placer de patear la pelota y de correr por la cancha, como en la época de su lejana y ya perdida juventud.

Si la renovación de las glándulas demora el advenimiento de la senilidad, entonces es lógico suponer que su agotamiento prematuro ocasiona la senilidad prematura. Eso es precisamente lo que sucede con los eunucos. La inteligencia de un eunuco, así como su vigor y su ambición, son muy débiles. Estos infortunados raramente llegan a edad avanzada, y por el contrario, muestran síntomas de vejez en sus rostros en plena juventud... que nunca es tal.

Nunca he conocido a un eunuco que



Junto a la bella figura de esta joven de nuestros días, un ejemplar de muchacha, no del todo atractiva, de las que comparieron la vida del hombre en la pre-historia. Según cálculos científicos, la existencia de la segunda — apenas si duraba treinta años. La civilización ha permitido una considerable ventaja a favor del hombre actual, ventaja que Voronoff sostiene puede aumentarse con injertos glandulares.



El llamado "ejemplar N.º 14" era este carnero que estaba a punto de morir de viejo, pues había llegado a los doce años, lo que para el hombre representaría una edad de noventa. El Dr. Voroneff le injertó glándulas de un cordero joven.



Después de la operación, el viejo carnero recuperó su juventud al punto de que fue padre de un corderito perfecto, con el que aparece en la foto, cuando tenía diez y nueve años, los que significan ciento treinta y ocho en el ser humano.

viviera más de sesenta años. Efectos similares se observan en animales que han sido castrados.

La extirpación de las glándulas reproductivas no causa la muerte inmediata, debido a que no causa un suicidio inmediato entre las células, sino que provoca en ellas una declaración prematura. Los organismos tienen el poder de resistir por un tiempo, a pesar de daños serios que hayan sufrido.

La longevidad depende principalmente, pero no exclusivamente, de las glándulas reproductivas. Todas las otras glándulas de secreción interna que gobiernan a los diversos órganos, deben desempeñar su parte, también, pero desde que todas están compuestas de células, su eficiencia depende de las hormonas segregadas por aquellas glándulas directrices. El hecho de que la naturaleza las haya elegido como presidentes del directorio glandular de nuestro cuerpo, no es un accidente, como puede imaginarse.

A pesar de la arraigada rutina, a pesar de la dificultad de la mente humana para liberarse de los prejuicios e ideas establecidas, mi método terminará por imponerse. Nuestro futuro depende del método de injerto de glándulas a los que perdieron su energía.

Tenemos horror a la decrepitud, a los achaques de la vejez. Antes de llegar a ella, hemos gustado los placeres de la vida activa, de la energía desbordante y del intenso ardor que nuestros sentimientos nos han procurado en la época de la juventud.

Pero, desgraciadamente, envejecemos tan pronto!

Precisamente en la época en que la experiencia adquirida nos enseñaría a discernir nuestros errores, y a ver nuestras buenas acciones justificadas por el tiempo, viene la muerte a llamarnos con voz despiadada.

Cuando nuestras mentes están por fin, maduras para realizar grandes obras, nuestra capacidad de trabajo nos abandona.

La memoria se debilita, los pensamientos se vuelven inactivos, y cada esfuerzo nos representa un sacrificio. Morimos antes de haber realizado nuestra obra, y cuando mejor preparados podríamos estar.

El dar nueva energía a los hombres cuyo valer se ha acrecentado con la edad, y cuyas mentes se han enriquecido con conocimientos acumulados, es una obra de importancia social. Es contribuir al progreso de la humanidad en límites insospechados.

El ideal hacia el cual tienden todos mis esfuerzos, es la preservación de la vida en la plenitud de sus manifestaciones físicas e intelectuales, acortar la duración de la vejez, y postergar la muerte hasta que realmente no haya ningún poder humano que pueda alejarla del hombre!



CAMIONES QUE BARREN EL PELIGRO DE LOS CIELOS

El International Medio-Carril es un camión que lleva consigo su propio pavimento. Puede avanzar velozmente sobre pantanos, arena, barro y montañas... llevando tropas para conquistar y mantener una posición, o entrando en acción con un rápido fuego anti-aéreo para destruir aviones enemigos.

Estos International Medio-Carril, que se están consagrando en los frentes de batalla del mundo entero, poseen un enorme caudal de fuerza y resistencia. No piden cuartel ante los peligros y rigores de la guerra... ni necesitan pedirlo pues, bajo la coraza que ahora ostentan, son hermanos de los International que fueron los camiones para trabajo pesado que más se vendieron mientras todavía se construían camiones para uso civil.

Cuando se escriba la historia de esta guerra, los camiones contribuirán a formar uno de los capítulos más gloriosos. Ya sea su camión un International — o de cualquier otra marca — cuide de que reciba la debida atención mecánica y lubricación y de que las piezas gastadas sean reemplazadas sin demora. Y recuerde — el Comerciante International, gustosamente le asesorará en todo lo que concierne a la conservación y reparación de camiones.

**INTERNATIONAL HARVESTER
EXPORT COMPANY**

Paraguay 1866

Montevideo



INTERNATIONAL HARVESTER

Los Dioses Tienen los

El prestigioso escritor austriaco Franz Hoellering reproduce a través de cada uno de los capítulos que publica MUNDIAL, un cuadro impresionantemente fiel de la dominación nazi en Alemania, de tal manera que pueden ser leídos y comprendidos, independientemente, sobre todo en estos momentos críticos en que se pone a una verdadera prueba el imperio hitlerista.

Hans es un soldado nazi, tan soberbiamente nazi, que afirma que quien lo es, jamás puede dejar de serlo, coincidiendo, entonces, con la afirmación reiterada de Goebbels. Pero, a pesar de este nazismo tan puro, ha matado a uno de sus compañeros del frente para robarle su autorización de licencia.

Leni es su novia desde los primeros años de la vida, y, actualmente obrera de una fábrica de guerra. Comienza ella a temblar entre la pasión casi inconsciente por Hans y el horror de la realidad moral de su país, que va descubriendo en estos últimos episodios de la narración de Hoellering.

En nuestro número anterior, Hans y Leni regresaban a su casa porque el sacerdote cristiano que debía casarlos había sido asesinado ante los mismos ojos del soldado y de su novia por el hecho de que desde el campanario de la iglesia aldeana se habían lanzado algunos volantes contra la guerra.

La Gestapo continúa sus crueles pesquisas para conocer el origen de las hojas subversivas y los autores de aquel acto sorprendente dentro de Alemania, e inspeccionan la casa en la cual se hallan Hans y Leni, cuyos tíos están estimulando secretamente los trabajos clandestinos contra Hitler.

Entre tanto se revela un nuevo ejemplo de la oposición intensa y sorda que en otros planos sociales de Alemania se está pronunciando para minar definitivamente la tiranía del nazismo, como se constata en la declaración que la Condesa Beate, conquistada por la fuerza del capitán de los S.S., Meissner, hace al Consejero de Estado para lograr una venganza contra el régimen y huir de Alemania.

Y ahora, comienza un nuevo episodio que puede relacionarse fácilmente con los anteriores, siguiendo las grandes líneas de este prólogo.

PARADA en la puerta de la casa, Leni había observado cómo las luces de la motocicleta habían descendido bailando por la ladera de la montaña, transformándose en un pequeño punto luminoso que finalmente había desaparecido, y durante un rato se quedó silenciosa, escuchando el distante rugido del motor.

Todo había sucedido, tan rápidamente. Durante un instante había sentido que Hans la comprendía como nunca había logrado comprenderla antes, y el instante siguiente, ya se había ido. Pero no podía haber obrado de otra manera. Todo el que quería vivir debía obedecer a los S. S.

Alzando sus ojos desde la oscuridad de la tierra hasta el cielo, Leni comenzó a rezar. Y a medida que su corazón se animaba lentamente le pareció como si todo el firmamento, y hasta las más remotas luces del cielo, le estuvieran sonriendo tiernamente. De pronto, una de las estrellas cayó atravesando el vasto azul de la noche. Leni deseó rápidamente que Hans pudiera volver sano y salvo y sin haber sido humillado.

Fué poco después de haber vuelto a la cocina que Leni se detuvo bruscamente, escuchando en silencio.

Estuvo a punto de reprenderse a sí misma por atemorizarse sin ningún motivo, cuando oyó unos golpecitos suaves dados en la ventana de la cocina. Ese sonido inesperado, a pesar de ser muy suave, resonó en sus oídos con la fuerza de un trueno. Luego todo volvió a sumirse en el silencio. Al instante siguiente volvió a oírse claramente el sonido anterior —tap-tap—, los golpecitos dados por unos dedos contra la ventana de la cocina. Leni avanzó hacia ella, vaciló y luego se detuvo. Tap-tap. Tuvo que apelar a todo su valor para acercarse finalmente a la ventana y alzar levemente la cortina.

Vió un rostro apoyado contra el vidrio —dos ojos grandes, muy abiertos, que la miraban fijamente— un rostro que le pareció extraño y atemorizador hasta que finalmente logró reconocerlo. Estos eran los ojos que habían tenido esa expresión tan triste y tan amorosa... Este era el muchacho, el muchacho checo que había caminado, mano en mano, con la muchacha al final de la columna de prisioneros que habían sido conducidos a través de la montaña anterior, justamente en el momento en que Han había llegado. De modo que era este muchacho, y quizás la muchacha también, los que se habían escapado y a quienes se perseguía a balazos la noche anterior!

Leni abrió la puerta. El muchacho entró tambaleando, apelando al resto de fuerzas que le quedaban. Apoyando su mano izquierda en la mesa, logró mantenerse erguido y se enfrentó con Leni. Sus ropas estaban sucias y rotas, su mano derecha

había sido vendada descuidadamente con un pedazo de trapo empapado de sangre, y la sangre caía lentamente del trapo hasta el piso de la cocina.

—Socorro... Martitschka muere —socorro— balbuceó el muchacho, apelando a sus escasos conocimientos de alemán. Luego preguntó: ¿Dónde está la gente del circo? Dígales, Martitschka muere... Su voz se fué apagando lentamente.

La sangre que goteaba de una de sus manos le dio fuerzas suficientes a Leni para ponerse en acción. Llenó un vaso de agua y lo acercó a los labios del muchacho. Este lo tomó ávidamente. Leni corrió al dormitorio, volvió con un trozo de lienzo y le quitó el vendaje del brazo. Era una herida profunda: la mano había sido abierta desde la muñeca hasta el pulgar, dejando a la vista los huesos. Leni rasgó una cinta del lienzo. Hizo un torniquete alrededor de la parte superior del brazo, tal como había aprendido a hacerlo en la "Juventud de Hitler". El muchacho comenzó a inquietarse. Socorro Martitschka —rogó. Leni le vendó la mano con el trozo de lienzo y tiró el trapo sucio y lleno de sangre, entre las llamas del fuego.

—La ayudaremos —se oyó responder a sí misma, sorprendida. Dónde está?

El muchacho parecía no entenderla.

Leni se inclinó hacia él. Martitschka —dónde?

—Bosque... muchas rocas.

—Martitschka —¿baleada? — Señaló hacia el vendaje del muchacho. ¿Herida?

El muchacho asintió con la cabeza. Baleada... fiebre... muere.

—No morirá —volvió a decir Leni, como si tuviera la plena certeza de ello.

Se puso rápidamente el saco, y tomó en una mano el trozo de lienzo y una fraga. Sólo cuando ya habían salido de la casa, dejando atrás el cobertizo, y cuando el aire frío de la noche le obligó a abotonarse el saco, se dio Leni cuenta de lo que estaba haciendo.

—Hans no debe saber nada, — pensó Leni, y al mismo tiempo se sintió avergonzada de sí misma por suponerlo capaz de delatar a unos pobres fugitivos. Pero en

sus oídos resonaban aún las palabras que Hans había pronunciado aquella misma noche, hacía apenas dos horas: Aún soy lo que siempre he sido. Jamás cambiaré. Y la noche anterior, su tía había dicho, refiriéndose a él: El que ha sido una vez nazi, será siempre un nazi.

Ocultándose a la sombra de una roca que sobresalía en la ladera, a mitad de camino entre la casa y el bosque, se quedaron inmóviles a medida que se acercaba rápidamente el rugido del motor de un automóvil. Era un coche blindado. Sus luces se posaron por un instante en la casa, iluminándola en medio de la noche, y luego siguieron rápidamente hacia adelante. Apenas hubo desaparecido el auto en medio de la hondonada, el muchacho salió corriendo y Leni le siguió.

—Hans me preguntará dónde estuve, me preguntará con seguridad. Este pensamiento martilleaba sin cesar en su cerebro. Ella no debía decirle nada. Esa era la ley suprema — no decirle nunca nada a nadie acerca del trabajo clandestino. A nadie.

El muchacho le hizo señas para que le siguiera más rápidamente. Llegaron al bosque y el muchacho, sin detenerse, siguió corriendo en medio de la oscuridad, avanzando de un árbol a otro, hacia la cantera.

Luego se echó a tierra para mirar por encima del borde de las paredes casi verticales que relucían con blancura casi espectral en medio de la noche. El muchacho se quedó tan inmóvil que Leni comenzó a temer que se hubiera desmayado, pero de pronto éste comenzó a gritar algunas palabras en checo. Ella sólo logró entender el nombre de la muchacha: Martitschka... Martitschka! Era un nombre tan alegre y bonito! Luego el muchacho sacudió su mano vendada, se puso rápidamente de pie y siguió corriendo a tal velocidad que Leni le costó cierto trabajo poder seguirle.

En una grieta del borde, donde una minúscula corriente de agua proveniente del bosque goteaba lentamente hasta el fondo de la cantera, el muchacho se detuvo para esperar a Leni. Caminando cuidadosamente a lo largo del precipicio, llegaron a un pequeño nicho enclavado en las ro-

cas. Allí, protegida de cualquier mirada indiscreta, yacía la pobre muchacha.

El muchacho se echó a su lado, hablando rápidamente en su extraño idioma. De pronto se calló, luego volvió a hablar, levantando la cabeza de la muchacha con ambas manos, mientras besaba y acariciaba su rostro que relucía con una blancura similar a la de las paredes de la cantera.

La muchacha estaba muerta... Leni tuvo que apoyarse contra la roca. La voz del muchacho se hizo cada vez más queda, hasta apagarse por completo. Moviéndose con suma lentitud y precaución, volvió a depositar la cabeza de la muchacha en la tierra. Y luego se quedó arrodillado a su lado, completamente inmóvil.

Las primeras luces del amanecer comenzaron a iluminar el cielo. Leni quería volver a su casa, cruzando la ladera antes de que asomara el día, debía apresurarse. Pero tenía que ayudar a este muchacho y ocultarlo en algún lugar seguro. Se inclinó hacia él.

—Ahora tengo que volver — dijo Leni. Quédese aquí. Hablaré con la gente del circo. Le ayudaremos. Ocúltese aquí. Volvemos y le ayudaremos.

El muchacho levantó la mirada. Martitschka muerta. Y después de un corto silencio, añadió, sin levantar la voz: Vds. la mataron. Vds., alemanes. No quiero ayuda de Vds. Alemanes asesinos. Váyase.

La expresión dura e implacable que asomó en su rostro, reflejó una decisión fría e inquebrantable. Leni se dio vuelta y salió corriendo. Nunca supo cómo había salido de la cantera. Corrió tambaleando a través del bosque, tropezando con las rocas, rasgándose las ropas, hiriéndose los pies con las raíces de los árboles...

Cuando Hans la encontró, guiándose por la voz que resonaba como un eco de árbol en árbol, en medio de la niebla de la mañana, la vió de rodillas, rezando:

"Dios, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros..."



Rostros Velados

POR FRANZ HOELLERING

Leni no le oyó llamar ni le sintió aproximarse. Cuando Hans le tocó un brazo para alzarla del suelo húmedo, ella ni siquiera pareció notarlo.

Mientras Hans conducía a Leni hacia la casa, casi arrastrándola a través de la ladera, comenzó a caer una lluvia fina y persistente. Una vez en la casa, Hans la ayudó a meterse en la cama. Leni temblaba de pies a cabeza, y no respondía a sus repetidas preguntas acerca de lo que había sucedido. Rezaba sin cesar. Las palabras, Señor, ten piedad de nosotros, Cristo ten piedad de nosotros, fluían continuamente de sus labios pálidos, semejantes, en su monotonía, al ruido que hacía la lluvia al caer sobre el techo.

Con la esperanza de ayudarla a reco-

brarse del choque emocional que había sufrido, Hans le mostró los documentos que les permitían salir de la aldea y le dijo que se casarían ese mismo día — y que éste sería su día de bodas.

Hans salió del dormitorio, cerrando suavemente la puerta. Una vez en la cocina, se quedó contemplando las manchas de sangre en el piso, preguntándose qué podía significar todo esto. Siempre había odiado los enigmas, pues sólo lograban irritarlo. Pero la tía de Leni sabía darle la respuesta de todo ello. Después que encontraron a Leni en los bosques, la tía había seguido de largo, por el camino que le indicaban las huellas de sangre.

De pronto fué despertado por alguien que le sacudía de un brazo. Era la tía que

le despertaba de un sueño en el que había visto a Meissner ordenando su arresto. Cuando se irguió, sin darse aún plena cuenta del lugar en que se encontraba, Leni entró en la cocina, con el saco y el sombrero puestos, llevando en la mano su pequeña maleta de paja amarilla.

—Tienen que partir —cuanto antes, mejor— dijo la tía. Tomad vuestro desayuno y poneos en camino de inmediato.

Comieron en silencio. Hans decidió hacer algunas preguntas. Pero la tía pareció anticiparse a sus intenciones. Cuando él

levantó resueltamente la mirada de su plato, le dijo:

—No pregunte. No le responderé. Es mejor que se vayan cuanto antes, y es mejor también que Ud. sepa lo menos posible. Pero recuerde: Cuando Ud. volvió de la aldea ayer de noche, se dió cuenta de que Leni ya se había acostado. Yo no estaba en la casa. Ud. se acostó en el sofá y se echó a dormir. En la mañana, cuando Ud. se despertó, yo estaba aquí y le servi el desayuno — la sopa que está comiendo en este momento. Le dí la sopa y me mos-



—Ud. podrá destruir a las personas, pero me temo que no podrá destruir su espíritu. Esto dijo la Condesa y tomando el lápiz de los labios se pintó de un rojo vivo la boca. A Meissner le complacía el contraste de los labios rojos con el rostro pálido, pero replicó: —Un día dirás una palabra más de lo debido.

tré ansiosa de que ambos se fueran cuanto antes, cosa muy cierta. Eso es todo lo que Ud. sabe y es esto todo lo que Ud. dirá si la Gestapo llega a preguntarle algo.

La tía les aconsejó que se dirigieran a la pequeña ciudad situada al pie de las montañas, a mitad de camino entre la aldea y Dresden. Transmitíle mis saludos al sacerdote, él os casará sin hacerlos esperar — dijo, y se volvió para mirar durante unos instantes por la ventana. Muchas nubes bajas cruzaban velozmente sobre la cadena montañosa.

—Quizás logre reunirme con Uds. al cabo de pocos días — dijo la tía, después de un largo silencio.

—Mi licencia termina dentro de cuatro días — repuso Hans.

—Señor, ten piedad de nosotros — dijo Leni, en voz alta, y volvió a sonreír con su sonrisa enigmática.

Cuando Leni y Hans llegaron al camino de la montaña, vieron surgir de la aldea un cordón de soldados que avanzó directamente hacia el bosque del Diablo, subiendo por la ladera. En el flanco derecho de la línea, un civil vestido con un impermeable nuevo —el color amarillo de la tela del mismo se destacaba nítidamente entre las totalidades grisáceas de la lluvia y de la neblina— conducía dos enormes mastines, atados a sendas correas largas.

Un soldado que ascendía por el camino, detuvo a Hans y a Leni y los llevó ante el comandante de la numerosa patrulla, que seguía a sus hombres a cierta distancia, montado en una motocicleta. Era el mismo oficial que en el cuartel general de los S. S. había firmado los permisos de Hans y de Leni, mediante los cuales podían salir de la aldea. Les deseó felices nupcias y les permitió pasar. Siguieron caminando silenciosamente.

El muchacho checo, gracias a Dios, estaba a salvo. Siguiendo las huellas, después de haber dejado a Leni en manos

de Hans, se encontró con uno de los guerrilleros checos que se ocultaban por grupos, en los bosques y en las cuevas de las montañas, prefiriendo morir de hambre o ser cazados como ciervos y ejecutados, antes que seguir viviendo como esclavos bajo el yugo del Tercer Reich. El hombre había recibido la orden de salir para averiguar qué había sido de los dos niños acerca de cuya huida habían tenido noticias, pero que no habían llegado hasta el escondite.

Encontraron al muchacho en la cantera, sentado al lado de la niña muerta y hablándole como si ella aún pudiera escucharlo. Al principio no prestó la menor atención a su compatriota, sino que se tiró sobre el cuerpo de la muchacha, pronunciando incesantemente su nombre, "Martitschka, Martitschka", en tono implorante, como si quisiera volverla a la vida. Sólo se quedó en silencio y volvió a la realidad cuando el guerrillero le tomó por los hombros y lo sacudió violentamente. Echó hacia atrás los mechones de cabello que habían caído sobre su rostro, sus lágrimas dejaron de resbalar por sus mejillas y sus ojos se endurecieron. La tía no pudo comprender lo que luego se dieron el hombre y el muchacho, pero observó que el muchacho sacudía lentamente su puño en dirección a la aldea situada más abajo, cuyos campanarios y cuyos techos coronados de banderas svásticas, se distinguían vagamente en medio de la bruma del amanecer.

Después de hacer el signo de la cruz sobre el corazón de la niña, el muchacho partió con el guerrillero, y volvió la mirada una sola vez antes de abandonar la cantera. La tía cerró los ojos de la muchacha muerta y partió también, llevándose el tarro de leche, la frazada y el lienzo que Leni había llevado hasta la cantera. Se apresuró a volver a la casa y antes de despertar a Leni y a Hans, lavó las manchas de sangre del piso de la cocina y echó tierra sobre las manchas que se veían en el camino que conducía a la casa. Ahora quizás la lluvia se encargaba de bo-

rrarlas por completo. Pero no debía contar con esa posibilidad...

Apenas había dado unos pocos pasos cuando el silencio pesado y profundo quedó roto por unos ladridos feroces. Al volver se vio que los perros habían encontrado la pista y una motocicleta se dirigió a toda velocidad hacia el lugar en que se encontraban. Un oficial saltó a tierra, se inclinó hacia el suelo y los perros fueron puestos en libertad. El corazón de la tía se detuvo mientras observaba a los animales que corrían de un lado a otro, sin haberse decidido aún hacia qué lado debían seguir. Y entonces, de pronto, corrieron hacia la cantera, y no hacia la casa.

La tía siguió caminando rápidamente. Quizás la prueba suprema no estaba tan próxima como ella había temido en un momento de agotamiento. Existía al menos la posibilidad de que los S. S. no descubrieran la pista que conducía hacia la casa y hacia ella misma.

Pero esta esperanza se desvaneció rápidamente. Apenas llegó a la estancia, fue arrestada. La Gestapo había llegado a la conclusión de que ni la huida de los prisioneros checos ni la lluvia de volantes caídos desde el campanario de la iglesia podían haberse llevado a cabo sin la ayuda de la gente de la aldea.

Después del desayuno que Meissner tomaba con la Condesa, ordenó el arresto de los pocos hombres y escasas mujeres que habían quedado en la aldea cuando su población fue transferida a Dresden, para trabajar en las fábricas de guerra. Cuando recibió un informe en el que constaba que cinco prisioneros de guerra polacos que trabajaban en una granja situada del otro lado de los bosques orientales, habían desaparecido, extendió la orden de arresto, que incluyó así a todos los campesinos que vivían dentro de cierta distancia de la aldea. Le leyó el informe a la Condesa, informe redactado en base a las respuestas de una campesina aterrorizada. El campesino, después de recibir la noticia de que su tercero y último hijo había caído en el frente ruso, había puesto a los prisioneros en libertad, les había regalado trajes civiles y todo el dinero que poseía. Después que hubieron partido, prendió fuego a su granja, y se ahorcó en el granero.

—Así que ese es el espíritu que domina aquí — dijo Meissner. Lo destruiré.

—Podrá destruir a las personas, pero me temo que jamás podrá destruir su espíritu — respondió la Condesa, y siguió pintando sus labios. A Meissner le agradaba el fuerte contraste entre el rojo del lápiz y la blancura del rostro de la Condesa. Un día dirás una palabra más de lo debido — le dijo, sonriendo. Llamó a su ayudante y le ordenó que dispusiera lo necesario para que la Condesa pudiera volver en seguridad hasta su casa. El tenía la intención de quedarse y limpiar a fondo estas montañas, de una vez por todas.

Cuando los sirvientes de la estancia fueron conducidos al cuartel general de los S. S. situado en la aldea, la tía vio el impermeable amarillo, los perros y el grupo de hombres de la S. S. que se dirigían del borde del Bosque del Diablo hacia su casa. Después de todo, habían encontrado aquella parte de la pista que conducía hacia la casa.

La ciudad situada al pie de la cadena montañosa, hacia la que se dirigieron Leni y Hans siguiendo el consejo de la tía, era un pequeño balneario dotado de fuentes cuyas aguas, según se decía, curaban el reumatismo, provisto de hoteles atractivos, muchos pequeños restaurantes, dos cinematógrafos y un teatro de verano. En tiempos de paz, la gente de la clase media de Dresden, Leipzig y hasta Berlín, pasaba sus vacaciones en este lugar delicioso, al que podían llegar en poco tiempo.

Después que Hans hubo golpeado varias veces en la puerta de la casa del sacerdote, ésta fue abierta por un pequeño anciano. Estaba tan avejentado y tan lleno de arrugas que Leni y Hans no lo reconocieron, a pesar de que lo habían conocido desde niños, cuando había sido

sacristán de la iglesia de su aldea. Recordó a Hans apenas oyó su nombre.

"El hijo del maestro" — dijo el anciano, y Hans tuvo la desagradable impresión de que por la mente del anciano pasaban recuerdos de cosas sucedidas hacía mucho tiempo y ya casi olvidadas. Les dijo que Su Reverencia no estaba en casa. Cuando ellos le dijeron por qué habían venido, los dejó pasar y les dijo que tomaran asiento en un banco ubicado en el corredor. Durante un instante pareció vacilar, como si hubiera querido preguntarles algo — pero prefirió no hacerlo y desapareció.

Allí se quedaron sentados los dos, Leni teniendo en su mano la de Hans, con los ojos fijos en el crucifijo elevado encima de la puerta, él escuchando el tic-tac del viejo reloj, que le decía cuán rápidamente estaba pasando el poco tiempo que le quedaba. Cuatro días más y estaría nuevamente en camino hacia el frente ruso. A pesar de lo que había dicho el día anterior, tenía el presentimiento de que jamás volvería de allí. Cuatro días más de vida, y he lo aquí, perdiendo tiempo a la espera del sacerdote. Y para qué? Para casarse con una muchacha que no prometía mucho, a juzgar por el estado en que se hallaba.

—No te haré preguntas, Leni — le dijo. Pero tienes que dominarte. Dentro de cuatro días tendré que partir.

Ella le apretó la mano. Un día o un año... — comenzó, pero no siguió hablando. Sus ojos tenían nuevamente esa expresión vaga y lejana.

—Sí, Leni — repuso él con paciencia, sorprendido por su propia ternura.

—Es algo que no puede expresarse con palabras, Hans.

—Dilo, Leni — insistió él.

—Dí simplemente lo que estás pensando.

—Tengo la impresión de que no existen ni días ni años, como si el tiempo en general no existiera.

El conocía esa sensación. Muchas veces la había experimentado en el frente, cuando la monotonía interminable de la guerra borraba el pasado y el futuro y parecía detener la marcha del tiempo.

—Siempre hemos dicho que es mejor tener un gran instante que pasar por toda una vida larga y monótona — contestó.

—No, Hans, no. Murmuró ella, horrorizada. No es eso lo que quiero decir. Quiero decir que lo único que importa es hacer lo debido. Si nuestra conciencia está tranquila, entonces no importa si vivimos un día, un año, o...

Se calló cuando vio cómo se endurecía el rostro de Hans. Durante un instante su rostro se había semejado a una ventana abierta, pero ahora las persianas se habían cerrado nuevamente.

—No te enojas conmigo — le rogó ella.

El reloj del corredor dio la una. Casi simultáneamente se oyeron pasos que se aproximaban a la puerta y una llave que giraba en la cerradura. Los dos se pusieron de pie cuando el sacerdote entró al corredor.

Leni avanzó hacia el sacerdote y le transmitió los saludos de su tía. Cuando el sacerdote oyó el nombre de la tía, miró a Hans en forma aguda e inquisidora, luego observó a Leni y volvió a mirar a Hans, quien se apresuró a explicarle que ya se hubieran casado el día anterior, de no haber muerto repentinamente el sacerdote de la aldea.

—Sí, lo sé — dijo el sacerdote, interrumpiéndolo. Pongamos en seguida manos a la obra. La desgracia se presenta a menudo por partida doble.

El sacristán condujo a Hans y a Leni a un cuarto lleno de libros. Leni abrió su maleta y sacó de ella su traje de bodas, preguntando entre tanto al sacristán dónde podía cambiarse para la ceremonia. Antes de que el asombrado sacristán pudiera pronunciar una palabra, el sacerdote entró al cuarto y le dijo en tono firme:

—Ud. no puede cambiarse aquí. Y si no fuera por su tía, ni siquiera aceptaría casarlos en este momento. Estoy sumamente apurado.

—Pero mi madre siempre había querido... — balbuceó Leni, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo lamento.

1862-1944

BANCO DE LONDRES Y AMERICA DEL SUD LIMITADO

Capital y Reservas Libras 6,040,000

Toda clase de operaciones bancarias. Compraventa y custodia de valores. Créditos sobre el exterior para viajeros o para la importación de mercaderías

MONTEVIDEO

Calle Cerrito esq. Zabala

Av. Agraciada esq. Valparaiso

SALTO - PAYSANDU - MERCEDES

CASA MATRIZ: LONDRES

(Afiliado al Lloyds Bank Ltd.)

El sacerdote se paró frente a la imagen, abrió un pequeño volumen encuadernado en cuero negro y les indicó que se acercaran.

Leni miró a Hans, como pidiéndole auxilio con la mirada.

—Su Reverencia nos hace un gran favor — dijo Hans en tono frío, y la tomó de la mano. Ella le siguió, apretujando contra su corazón su vestido descolorido.

El sacerdote leyó una breve oración y luego le preguntó a cada uno la pregunta decisiva. Y nerviosos por la prisa del sacerdote, ambos contestaron rápidamente, "Sí". Después el sacerdote declaró que eran marido y mujer, y agregó sin detenerse siquiera un instante: Espero que viviréis como cristianos y que educareis a vuestros hijos en la fe cristiana. Luego firmó los certificados, salió rápidamente del cuarto y atravesando el corredor, abandonó la casa. El sacristán, pálido y tembloroso, les entregó los certificados, diciendo: Es mejor que Uds. se vayan también.

—Guarda tu traje. Estamos casados — ordenó Hans, en tono sarcástico. Pero al notar la expresión del rostro de Leni, la tomó entre sus brazos, la besó y el dijo nuevamente, en tono más suave: Estamos casados. Leni. Trata de ser feliz.

Ella trató de sonreír, pero las lágrimas brotaron de sus ojos y su pobre sonrisa quedó ahogada por su llanto.

Después de dos horas, Hans y Leni se dieron cuenta de que no había un solo cuarto disponible en toda la ciudad, que estaba abarrotada de los evacuados provenientes de Hamburgo. Sólo les quedaba por hacer una cosa: tratar de llegar a Dresden y encontrar allí algún alojamiento. Se dirigieron hacia la estación del ferrocarril. La lluvia seguía cayendo incesantemente, y ambos se sentían deprimidos por la falta de sueño.

La estación parecía ser el único lugar desocupado de la ciudad. Ello se debía a que el próximo tren debía llegar recién durante las primeras horas de la noche. Eso significaba que tendrían que aguardar muchas horas. Compraron sus pasajes y se sentaron en uno de los largos bancos de madera. Es mejor que tratemos de dormir — dijo Hans, y apenas había apoyado Leni su cabeza contra su hombro, cuando ya sus ojos comenzaron a cerrarse lentamente. Pero él se vio obligado a despertarla. Dónde está tu permiso para viajar? — le preguntó. Ella abrió su maleta de paja y extrajo el permiso de debajo de su traje de novia. Si llegara a venir una patrulla, tendré que mostrarles mi licencia — agregó Hans. No te sorprendas si notas alguna diferencia en mi nombre.

—No — contestó Leni.

—Si te preguntan algo, diles que nos conocimos en la ciudad.

—Que nos conocimos en la ciudad — murmuró Leni, apretujándose contra él, luego, volvió a dormir.

Cuando Hans se despertó había algunas personas más en la estación, y un marinero estaba sentado a su lado. Leni dormía tranquilamente y él no se atrevió a moverse por temor a despertarla, aunque trató de aproximarse un poco para aspirar el aroma del cigarrillo del marinero.

—Tome una pitada — dijo el marinero. Era un hombre fornido, aproximadamente de la misma edad que Hans, pero su mano tembló cuando extendió el cigarrillo hacia él.

—Gracias.

Cuando Hans le quiso devolver el cigarrillo, el marinero le dijo: —Quédese con él.

—Gracias, camarada.

—Vd. es un soldado del frente no uno de aquellos... El marinero dejó la frase sin terminar.

—Frente ruso — dijo Hans. Mi licencia termina dentro de cuatro días.

—La mía, mañana. Después de un silencio, el marinero agregó: Es linda su muchacha.

—Nos acabamos de conocer.

—La mía está muerta.

El marinero encendió otro cigarrillo, le dio una pitada y prosiguió:

—Fue muerta en Hamburgo. Fue para mí una sorpresa cuando llegué a casa. Ya no había más Hamburgo. No había casas, sólo ruinas y polvo. No había personas, sólo cadáveres. Se me dijo que mis padres habían sido evacuados a esta maldita ciudad. Primero tuve que luchar durante una semana para obtener un permiso para poder venir hasta aquí. Ahora los he estado buscando durante tres días y tres noches y no los he podido encontrar. La voz del marinero era temblorosa, como su mano, y ronca.

—Es posible que estén en otra parte.

—Es posible.

Después de otra pausa, el marinero preguntó, con brusca agresividad.

—Hasta cuándo seguirán retrocediendo en Rusia?

—Hasta que el frente se haya acortado bastante y las divisiones necesarias para derrotar a los ingleses y a los americanos pueden ser transferidas al Oeste.

El marinero rió con amargura. Si es que para entonces queda aún algo de Alemania — murmuró. —Ud. debería haber visto a Hamburgo.

—Cállese, dijo Hans. Tenía ganas de derribar al marinero de un golpe, pero recordó que no debía mezclarse en ninguna clase de peleas. —Escuche — le dijo. —Esta es una mala situación para todos, y no sólo para Ud. Mi madre tiene más de sesenta años y tiene que matarse trabajando en una fábrica de municiones. Pero las cosas son así. Más, la guerra aún no ha terminado. Si nos diéramos por vencidos ahora, seríamos destruidos Ud. y yo y todos. Y nada quedaría de Alemania tampoco. Si conservamos nuestro ánimo, lograremos conservar nuestras vidas y algo más. Los americanos hablarán en forma distinta cuando nosotros dominemos nuestra fortaleza y ellos no puedan hacer otra cosa que contar sus bajas. Ese será el momento oportuno para pensar en la paz, pero no antes.

—Ud. habla como si fuera un nazi — observó el marinero.

—Es que soy un nazi — repuso Hans.

No volvieron a pronunciar otra palabra. El marinero se quedó contemplando los horarios en los que se habían fijado los carteles de bordes rojos, que anunciaban la decapitación de tres hombres y dos mujeres, por haber estado escuchando transmisiones extranjeras, por difundir rumores derrotistas y por ayudar a los extranjeros. Hans trató de reprimir una voz interior que se burlaba de él por hablar en forma tan grandilocuente y afirmar cosas con respecto a las cuales ya no se sentía tan seguro como antes.

Cuando se anunció la llegada del tren, que corrían apresuradamente por la estación y luego observó con una expresión el marinero se levantó. Miró a las personas extraña y curiosa, a Hans, que estaba ocupado en despertar a Leni. De pronto, dijo:

—Me iré, los buscaré una vez más. Tengo que encontrarlos.

Cuando llegaron a la plataforma, Hans vio nuevamente al sacerdote. Dos hombres de los S.S. se apoderaron de él cuando trató de subir a un vagón y se lo llevaron. La gente trató de mirar a otra parte. Leni no había visto el incidente. Su mente estaba todavía nublada por sus sueños, había soñado con su tía, con los niños del circo, con los niños checos de la cantera. En sus oídos volvieron a resonar las palabras del muchacho checo: —Asesinos. Alemanes asesinos. —Y se sintió dominada por una terrible desesperación.

Trató de luchar contra ese estado de ánimo, con todas sus fuerzas, pensando: —Ahora estoy casada. Tengo que ser una buena esposa. Tendré que criar hijos y educarlos de acuerdo a la verdadera fe cristiana.

Hans se preguntaba por qué sonreía mientras eran empujados de un lado a otro, en medio del tren abarrotado de pasajeros. El no podía saber que Leni estaba deseando que su primer hijo fuera una niña, para que así ella pudiera denominarla "Martitschka".

Escucharon el ruido del motor de un automóvil. Y porque este ruido siempre denuncia algo grave, quedaron paralizados. Era un coche blindado





Nuestra Vida en el Futuro

Por DAVID O. WOODBURY

NO hagamos caso de los ilusos que aseguran que, una vez terminada la guerra, los inventos más prodigiosos estarán a la orden del día. La verdad es que sólo las pequeñas cosas vendrán rápidamente. Los cambios trascendentales, tanto en la ciencia como en la política, deberán llevarse a cabo gradualmente, y con infinito cuidado. Mejor que sigamos, pues, paso a paso.

Pescando con ondas sonoras

El "asdic", detector submarino de sonidos, será usado en la pesca submarina para ubicar grandes cardúmenes. Una vez hecha a la mar la flotilla de pesqueros, el barco delantero emitirá ondas sonoras, las que serán reflejadas por los peces, delatando así su presencia. La flotilla entera se dirigirá entonces hasta el cardumen, con el consiguiente ahorro de tiempo y combustible.

Las moléculas se analizan a sí mismas

Una "quinta libertad" —la más importante de todas por las cuales se lucha en esta guerra— dará derecho a todos los

seres humanos a ejercer sus talentos naturales en la forma más efectiva posible, emancipados de las rutinarias tareas que ocupan hoy la mayor parte de su tiempo. La ciencia perfecciona ya esta nueva libertad, inventando nuevas máquinas que harán, por sí mismas, arduos análisis, libertando así, a hombres y mujeres del futuro, que podrán emplear su imaginación en nuevos problemas.

El primer gran paso en estas máquinas libertadoras de la ciencia, es el "espectómetro de masa". Esta máquina, inventada por un químico de 32 años, para librarse de sí mismo y un millar de colegas de fatigosas tareas, analizará las moléculas sintéticas de caucho, gasolina y materias plásticas, fabricadas por el hombre, y utilizadas en las vastísimas industrias sintéticas.

Un modelo experimental ya en uso en una fábrica de butadieno, realiza en 15 minutos, el análisis que significaría penoso trabajo de laboratorio para un grupo de 10 químicos por lo menos, y ahorra serias pérdidas de tiempo en la fabricación de caucho sintético.

El espectómetro es pequeño y puede ser manejado por cualquiera con pocas instrucciones. Una pequeña cantidad del caucho "en construcción", es colocada, al

vacío, en un pequeño tubo curvo de ensayo, donde sus moléculas son obligadas a atravesar, a una velocidad de 300,000 mts. por segundo, poderosos electromagnetos que tratan de desviarlas. Las moléculas, alteradas en peso (y por consiguiente en composición química), que logran atravesar los electromagnetos, golpean contra escudos, donde son contadas, eléctricamente. El porcentaje de golpes sobre el número total de moléculas del original, dice inmediatamente si la dosificación química es la que corresponde. Otros "test" de diversa índole pueden realizarse en fases fundamentales de la industria, con sólo variar la potencia de los magnetos.

La fabricación de moléculas sintéticas en la vida del futuro, será como la de un muro de ladrillos: cada uno en el lugar que le corresponde. El espectómetro de masa, será como la plomada del albañil o el nivel de aire: deberá verificarse insistentemente para quedar a salvo de errores.

El Sol, fuente de nuevas energías

Según cálculos de la ciencia, la energía solar llega a la superficie de la Tierra, con una potencia equivalente a la de 100

trillones de caballos de vapor — más o menos a razón de cerca de un caballo de vapor por cada metro cuadrado de superficie asoleada. En épocas pretéritas, parte de este calor transformó los árboles en carbón y los restos animales en petróleo. Pero el total combustible almacenado por la naturaleza, es insignificante, comparado con el diluvio eterno de energía que cae sobre nosotros —y se desperdicia—. Si todo el petróleo de la Tierra fuera quemado en medio día, apenas alcanzaría a igualar el calor que nos envía el Sol en idéntico período de tiempo.

Atrapar este enorme flujo de energía solar, por medio de espejos, ha sido intentado durante años, sin resultado. La Naturaleza sólo puede capturar una parte ínfima de esa corriente gigantesca. El futuro, sin embargo, encierra una promesa mucho más espectacular. Billones de unidades caloríferas solares pueden ser almacenadas por medio de las plantas, especialmente el maíz. Los químicos proyectan ahora plantar enormes extensiones en los trópicos, con vegetales oleaginosos de rápido desarrollo, en respuesta a la amenaza de un rápido agotamiento del carbón y del aceite en existencia.

Se estima que con una explotación eficiente se almacenará calor solar a razón de unos siete caballos de fuerza por acre durante la época del crecimiento. El combustible recuperado, será primeramente alcohol; más tarde petróleo y nafta. Una vez que el sistema de plantación, refinado y distribuido haya surtido efecto, esas tierras poseerán poder latente en cantidad suficiente como para no pasar más penurias por escasez de combustible. Ni tampoco decrecerán las provisiones, hasta que el sol mismo se enfrie.

El aluminio para hacer telas

Unos pocos gramos de cierta aleación de aluminio, descubierta en una fábrica de productos de guerra, puede ser transformada en una sutilísima fibra de diez kilómetros de largo. Una vez terminada la guerra, esta nueva técnica surtirá a las mujeres con un nuevo y sensacional material para la confección de sus prendas de vestir. Hilado este material, ya sólo, ya combinado con otros, se convertirá en telas muy a propósito para trajes de todo estilo, sombreros, drapeados y géneros para todos los usos imaginables. Carteras, zapatos, telas metálicas para completar toilettes, son apenas unos pocos. La posibilidad más notable es la de mantelería de mesa, la que brillará en forma tan esplendorosa, que hará la competencia a la lujosa vajilla de plata y cristal que ha de posarse sobre ella.

Las telas tejidas con este material de aluminio, tendrán un lustre completamente peculiar. Aunque livianas como una pluma, serán tiesas y, al mismo tiempo, flexibles. No se echarán a perder con la transpiración ni con prolongadas exposiciones al aire libre. Podrán limpiarse perfectamente con un paño húmedo. Como serán muy lisas, el metal de que están constituidas no rayará. Cuando se las destine a prendas de vestir, podrán ser tejidas con fibras de lana o algodón, a fin de que no resulten demasiadas frías. Pero una de las mayores ventajas del nuevo textil, será su adaptabilidad a todos los colores, incluyendo imitaciones perfectas de oro y plata. Y, a pesar de tantas maravillas, su precio no será mayormente elevado.

**CALDERERIA
MECANICA
BRONCERIA**

Administración:
25 DE MAYO 706
Tel.: 8-07-43 (Interno 02)

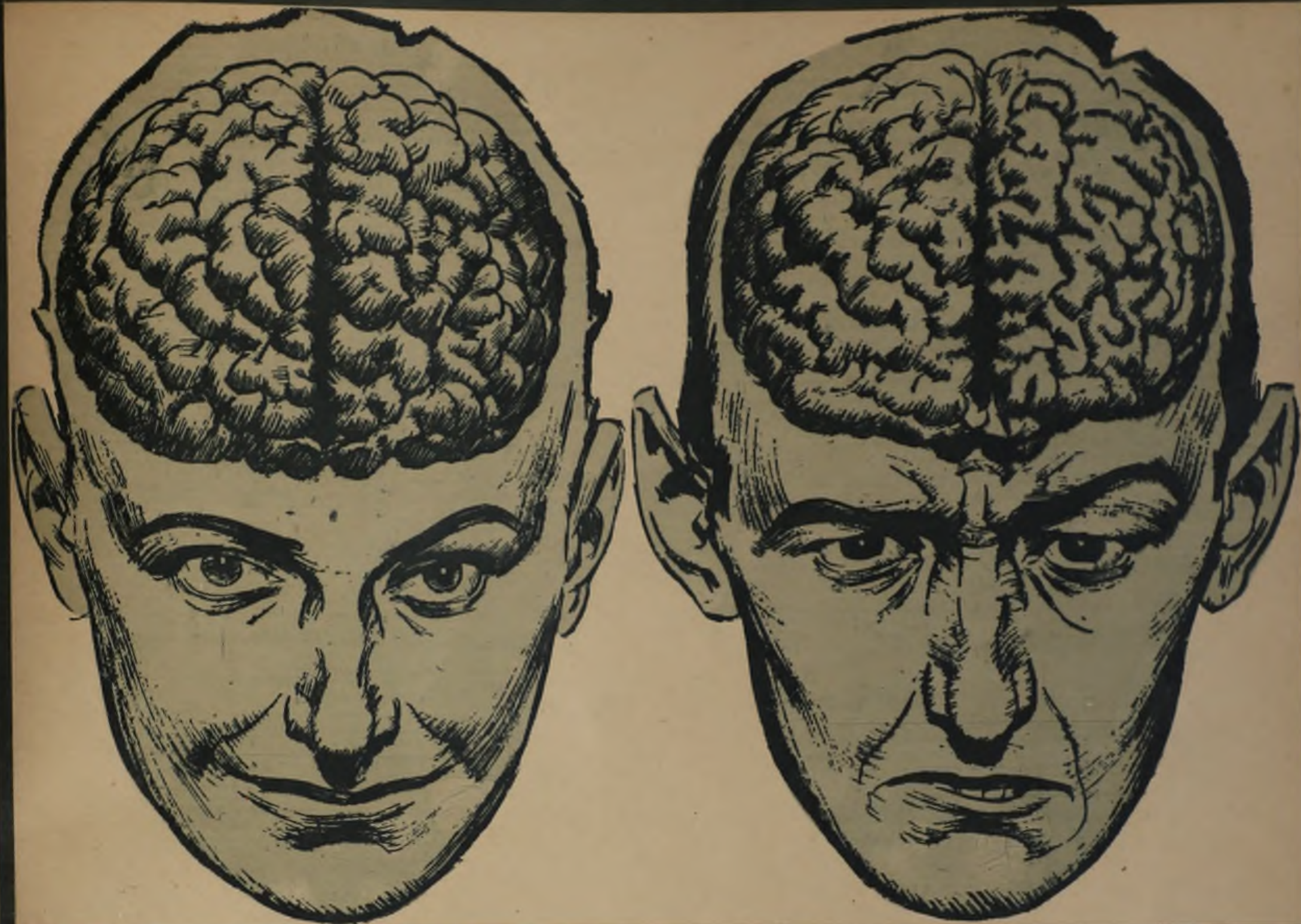
**TALLERES MECANICOS
"DIQUE MAUA"**

SOLICITENOS PRESUPUESTO

INSTALACIONES, MODIFICACIONES, REPARACIONES
DE MAQUINAS, CALDERAS, TANQUES, ETC. EQUIPADO
CON LA MAQUINARIA MAS MODERNA PARA EFECTUAR
TODA CLASE DE TRABAJOS DE

Agentes de las renombradas EM-
PAQUETADURAS de JAMES
WALKER y Co., INGLATERRA,
de los que tenemos un surtido
stock.

Talleres:
Rambla Gran Bretaña y Florida
Tel.: 8-07-43 (Interno 06, 09)



Estas son las dos imágenes contradictorias de nuestra vida mental: cuando los nervios responden al cerebro y cuando los nervios han muerto. El notable neurólogo de Chicago doctor Paul Weiss propone facilitar todas las operaciones de injerto nervioso para reanimar a los músculos enfermos y paralizados.

LEVANTÁTE Y ANDA...!

EL notable neurólogo de Chicago, Dr. Paul Weiss, ha propuesto últimamente la creación de bancos de nervios congelados, secos, un stock de piezas de repuesto de diversas clases y tamaños para las fibras nerviosas que han sido rotas o destrozadas dentro del cuerpo humano.

El Dr. Weiss, profesor de fisiología de la Universidad de Chicago, posee ya en su laboratorio bancos de nervios animales de largos y triunfantes experimentos, ha conseguido demostrar que los nervios pueden ser congelados, desecados y almacenados para ser utilizados en el futuro.

Cuando la técnica propuesta por el Dr. Weiss sea adaptada para uso humano, es posible que algún día se oiga a un cirujano pedir lo siguiente en una sala de operaciones:

Córteme por favor un trozo de nervio de grado 00, de media pulgada. Y además, una pulgada de arteria de un milímetro de diámetro.

El cirujano pedirá esto, que a primera vista puede parecer un poco extraño, para realizar, sencillamente, una operación de injerto de nervio, mediante la cual injerta un pequeño trozo del precioso tejido nervioso, con la misma calma con que los hombres arreglan las roturas que se han producido en los hilos telefónicos.

Los experimentos del Dr. Weiss adquieren aún mayor importancia debido a la guerra y al riesgo de que existan nervios seccionados en heridas profundas que, en general, sanan rápidamente. En efecto, sus

El Evangelio exalta el milagro realizado por Cristo en el paralítico. Veinte siglos después puede reproducirse en medio del trágico dolor del mundo. La ciencia humana ensaya hoy renovar nuestra vida sensible cambiando los agentes de la función nerviosa. Y, alcanzada esta conquista prodigiosa de la ciencia, se asegurará nuestra salud mental

Por ROBERT D. POTTER

investigaciones más recientes las está llevando a cabo mediante donaciones de fondos del comité médico de la Oficina de Investigación y Fomento Científico, cuya sigla es O.S.S.D.

La O.S.R.D. fué la que contribuyó a la creación del Radar y la que está ayudando continuamente a la realización de investigaciones científicas muy secretas y de alta importancia para contribuir al esfuerzo bélico.

En un reciente informe elevado junto con el Dr. Cecil Taylor a la Sociedad de Medicina y de Biología Experimental, el profesor Weiss demuestra que el almacenamiento de fibras nerviosas, en sus bancos de nervios, no perjudica el poder de re-

generación del tejido nervioso. El eminente neurólogo dice:

—La aptitud de los nervios desvitalizados para servir de material de injerto facilita enormemente la solución del problema del abastecimiento de injertos de nervios. Los bancos de nervios desecados de diversas clases y tamaños podrían fácilmente satisfacer la demanda aunque ésta fuera amplia.

Ni el profesor Weiss así como ninguno de los comités militares de investigaciones admitirán que sus experimentos están destinados a beneficiar a los soldados y a los marineros que vuelvan de la guerra. Se niegan, simplemente, a decir nada al respecto.

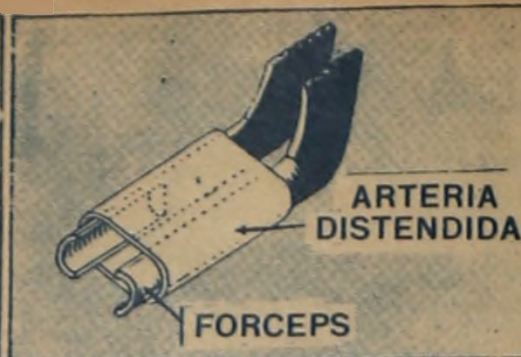
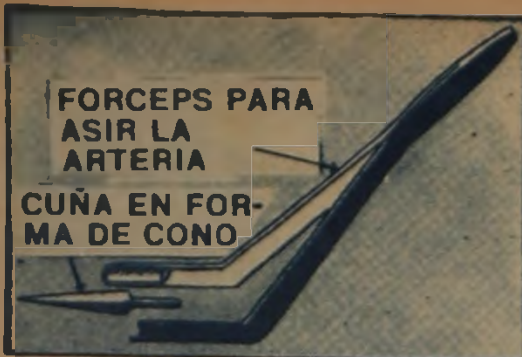
Pero podemos tener la certeza casi absoluta de que en las investigaciones científicas realizadas en América durante la guerra, el dinero no se gasta sencillamente para realizar experimentos que contribuyan únicamente a la curación de los conejos del laboratorio.

Si los experimentos tienen el éxito que les deseamos, entonces muchos de los veteranos heridos que retornen de la guerra podrán volver a utilizar normalmente sus brazos o sus piernas debido a los injertos de nervios. Y los que habrán allanado el camino hacia esa vuelta a la normalidad, habrán sido los conejillos del Dr. Weiss.

Los rusos se han mostrado más dispuestos a dar explicaciones en materia de injertos nerviosos. En los informes suministrados por Rusia se habla claramente acerca de la notable obra llevada a cabo por el profesor A. S. Vichnevsky, quien ha venido quitando nervios de cadáveres para reemplazar los nervios destrozados en el cuerpo de los soldados.

En un informe se menciona el caso de un comandante del Ejército Rojo, cuyo brazo derecho quedó destrozado por una explosión. La herida curó perfectamente, pero el nervio quedó roto. En consecuencia, los músculos de su brazo comenzaron a atrofiarse.

El profesor Vichnevsky realizó un nuevo injerto con un trozo de nervio de tres cuartos de pulgada de longitud, tomado del cuerpo de una víctima de un accidente de ferrocarril. Actualmente el co-



El cono se inserta en la pequeña arteria y las pinzas cilíndricas del forceps se van deslizando suavemente sobre el cono y termina esta primera operación

A medida que los forceps distienden la arteria, se va retirando la cuña y el tubo arterial ya está listo para recibir el muñón o trozo de nervio seccionado.

Las pinzas huecas del forceps se cierran alrededor del nervio, cuidadosamente. Y la vaina arterial se desliza delicadamente entonces sobre todo el tejido nervioso.

La arteria rodea cuidadosamente el nervio para cubrirlo y protegerlo durante el nuevo crecimiento regenerador que se va produciendo de una manera rápida.

mandante del ejército se encuentra nuevamente en el frente, combatiendo contra los alemanes.

El Profesor Vichnevsky no sólo recomienda el uso de los nervios de personas muertas, sino que apoya también decididamente la idea de la creación de los bancos de nervios.

Por consiguiente, esta idea, apoyada por el prestigio de dos eminencias médicas, no puede ser desechada como una simple fantasía.

No debemos olvidar que fueron también los rusos quienes crearon los bancos de sangre, que hace pocos años se consideraban algo sencillamente fantástico.

El injerto de un trozo de fibra nerviosa de tres cuartos de pulgada de longitud es una operación bastante dificultosa, pero con todo no hace el record en materia de injertos nerviosos.

Hace unos doce años, el corresponsal en París del periódico de la Asociación Médica Americana relató el notable caso de un injerto de 10 centímetros de tejido nervioso obtenido del cuerpo de un perro, en el antebrazo de un paciente humano. Diez centímetros equivalen a cuatro pulgadas, aproximadamente.

Durante seis meses, no se produjo ninguna mejoría notable. Pero al cabo de ese tiempo, el paciente comenzó a restablecerse. En tres años había recobrado el 50 % de movilidad de su antebrazo. Y al

Este famoso dibujo de Fornetti, autómatas humanizados que transforman una anciana en una joven, es una concepción fantástica; pero después, sugiere la idea de una reparación sensible del ser humano.

cabo de cinco años, el brazo ya había vuelto casi por completo a su movilidad normal.

El Profesor Weiss, —que propone la creación de los bancos de nervios humanos—, es probablemente más conocido como autor de métodos nuevos y originales para el empalme y el injerto de nervios. El método antiguo consistía en la sutura de los nervios, es decir, que se les unía mediante puntadas. Pero, muy a menudo,

las puntadas formaban una masa de tejido cicatrizado en la línea de unión de los dos nervios, y los nuevos nervios regeneradores demoraban cierto tiempo en trasponer y atravesar esta barrera.

El Profesor Weiss une los nervios cortados, cubriendo el espacio que queda entre los dos, mediante un trozo de tubo arterial que se ajusta perfectamente a los dos muñones minúsculos. El tubo arterial sirve como una especie de conducto para

el crecimiento de los nervios regeneradores.

Los tubos arteriales pueden ser conservados también, al igual que los nervios, mediante el frío.

En el interior de los extremos del tubo arterial, los pequeños muñones comienzan a emitir nuevas fibras nerviosas — semejantes a las delicadas raicillas de una planta que está empezando a brotar. El tubo hueco de la arteria los va guiando

Cuando se disponga de fibras nerviosas conservadas y clasificadas, esta operación será vulgar. Aquí podemos observar como se realiza el injerto de los nervios. Unos forceps especiales y una cuña en forma de cono facilitan a los médicos el uso de las vainas arteriales para aislar a los empalmes nerviosos. Así comienza después de veinte siglos un nuevo milagro.





Una de las operaciones más delicadas, sin duda, es distender el extremo opuesto del tubo arterial. Es necesario recurrir a una grampa extensora especial.

lentamente hasta que consiguen unirse.

Nadie sabe con precisión cuánto tardan los nervios para regenerarse en el cuerpo humano. Sin embargo, los experimentos realizados con conejos demuestran que las fibras nerviosas crecen aproximadamente unos dos milímetros en tres días.

De acuerdo a los informes más recientes del periódico médico inglés "La Lanceta", el crecimiento del muñón exterior —el ajeno al cuerpo— parece ser más rápido que el del trozo más próximo.

El empalme o ajuste de dos trozos de fibra nerviosa exige una delicada operación quirúrgica. Los extremos de los nervios no deben ser estirados ni extendidos para juntarlos más fácilmente. En efecto, la regeneración se produce más fácilmente si entre los dos extremos queda un pequeño hueco —de unos tres milímetros o un poco menos. Si ese hueco queda luego protegido por un trozo de tubo arterial, la regeneración se produce rápidamente.

La regeneración nerviosa rara vez forma una unión tan fuerte, desde el punto de vista físico, como la fibra nerviosa original, intacta. Pero el nuevo tejido nervioso desempeña muy bien su función de transmitir los mensajes que permiten que los músculos paralizados se pongan nuevamente en movimiento. En este sentido, los nervios regenerados se asemejan a los hilos telefónicos, que no tienen que ser muy fuertes desde el punto de vista físico, para transmitir los mensajes eléctricos.

El único motivo por el cual se utilizan alambres gruesos y pesados en algunos circuitos eléctricos en los que se transmiten corrientes eléctricas de alta potencia, es para evitar la producción de posibles corto-circuitos.

Aunque los impulsos nerviosos —es decir, los mensajes del cerebro que ordenan a los músculos que se pongan en movimiento— son también de naturaleza eléctrica no son nunca lo suficientemente potentes como para provocar corto-circuitos.

Los nervios, tanto en el caso de los animales como en el de los hombres, tratan desesperadamente de regenerarse en todos los casos en que ello sea posible. Aunque parezca extraño, los nervios tratan casi siempre de volver a unirse precisamente con aquel músculo que anteriormente había estado bajo su control.

En algunos de sus experimentos realizados con renacuajos, el Profesor Weiss transplantó pequeños trozos de tejido cerebral a la aleta posterior del renacuajo. Transplantó también cerca del tejido nervioso, una pequeña pata en crecimiento, de un renacuajo.

Comenzaron a brotar pequeñas fibras nerviosas del tejido cerebral, que siguieron creciendo hasta alcanzar la pequeña pata. Y en algunos casos, estos nervios regenerados consiguieron poner en movimiento la patita.

Los nervios crecían de acuerdo a la región a donde se había transplantado la pata.

Si la patita había sido colocada delante de la aleta posterior, los nervios crecían en ese sentido. Si la patita se encontraba detrás de la aleta posterior, los nervios se dirigían directamente hacia ella.

Parecía casi como si existiera una especie de "atracción" entre el nervio en crecimiento y el músculo que estaba destinado a controlar.

En efecto, los especialistas en materia de

La grampa es insertada entonces en el extremo de la arteria. Este se distiende lentamente y así deja paso al otro trozo de nervio. Y el milagro se acerca...

nervios, han venido discutiendo desde hace varios años si la regeneración y el crecimiento nerviosos son un proceso atractivo o si, en cambio, el crecimiento se realiza de acuerdo a las características de la superficie con la que están en contacto. Parecería que últimamente los médicos se inclinan a apoyar la tesis de que se trata de un crecimiento por contacto con la superficie. Y en realidad, el Profesor Weiss utiliza sus minúsculas arterias en calidad de canal que habrá de facilitar la reconstrucción nerviosa.

No es preciso ser un genio para darse cuenta de que las operaciones nerviosas son de una importancia extraordinaria para volver a los soldados a la vida normal, en los años siguientes a la guerra, pues las heridas no respetan ni las personas ni parte especial alguna del cuerpo. Los nervios seccionados son, con suma frecuencia, la secuela obligada de una simple herida profunda.

Pero aparte de su utilidad en tiempos de guerra, los injertos nerviosos tienen también importantes aplicaciones en los tiempos de paz.

Así por ejemplo, la parálisis infantil presenta un gran campo de actividad que no ha sido aún explorado por los expertos en materia de injertos nerviosos.

La parálisis por poliomielitis, es de dos tipos. Un tipo, por suerte el más común, se debe a espasmos musculares. Apenas pueda utilizarse un tratamiento similar o igual al de la Hermana Kenny, este tipo de parálisis puede ser curado.

Pero el segundo tipo de parálisis se produce como consecuencia de una destrucción nerviosa. En ese caso, de nada servirán todos los tratamientos por el calor ni todos los métodos de reeducación muscular.

Este tipo de parálisis sólo podrá ser curado mediante una operación nerviosa que injerte un nuevo trozo de fibra en el nervio que ha quedado destrozado. Por desgracia, hasta ahora este método ha sido utilizado con muy poca frecuencia en el caso de las víctimas de la poliomielitis.

El método más general, utilizado en la actualidad para esos casos, consiste en explicarle al paciente lo que le ha sucedido y recetarle bragueros para las piernas o los brazos paralizados. A veces, las operaciones quirúrgicas realizadas con los músculos, logran transplantarlos ligeramente y hacer que los músculos menos importantes desempeñen funciones más vitales. Estas operaciones son indudablemente muy valiosas, pero no representan, evidentemente, la verdadera solución del problema.

La solución ideal sería transplantar nuevos tejidos para los nervios que han sido destruidos.

Los nuevos trabajos con respecto a la regeneración nerviosa que se vienen realizando durante esta guerra, servirán para que una vez terminada ésta, los cirujanos tengan en su poder los resultados de los innumerables experimentos que se han llevado a cabo así como la historia completa de todos los casos tratados, que servirán de base para los tratamientos que habrán de aplicarse en un futuro no muy lejano.

Todos sabemos que la guerra es infernal, pero si de ella surgiera una nueva operación nerviosa destinada a curar a las víctimas de la poliomielitis, podríamos afirmar que la negra nube de Marte ha quedado iluminada por una tenue y delgada estria de plata.

La etapa final nos muestra a la vaina arterial manteniendo firmes a ambos trozos de fibra nerviosa, mientras el crecimiento del tejido llena el hueco que queda.

Los hancos de nervios se necesitarían, como lo propone el Dr. Weiss para recomponer esta estructura que según el dibujo del Dr. B. Weaver es nuestro organismo.



La ciencia tratará de lograr la perfecta vitalidad de nuestros nervios, según afirma el Dr. Weiss. Aquí se extrae un trozo de córnea del ojo de un cerdo para transplantarlo en un ojo humano. El cerebro ordenará ver y el hombre verá...

Si quiere beber lo mejor



TOME WHISKY CRABBIE



Una de las últimas fotos del ex premier de Francia, Eduardo Daladier. Se advierte el gesto grave y triste que tanto lo caracterizaba aun cuando era due-

ño del poder de su patria. En el momento de lograrse esta fotografía se encontraba convaleciendo de un acceso de gripe sufrido mientras se realizaba el fa-

moso proceso de Riom. Como fondo se destaca el muro de piedra del castillo de Bourrasol, a donde fue confinado después de estar preso en varias cárceles.

Daladier

Durante la infame farsa de Riom el ex-premier francés soportaba dignamente su dramático destino

CASI inmediatamente después de la caída de Francia, Vichy comenzó la infame comedia de encarcelar a los "responsables de la Guerra". El principal de entre ellos, era Eduardo Daladier, "premier" de Francia, desde Abril de 1938, a Marzo de 1940. Se le encarceló primero en Chazeron, pasándosele luego a Vals-les-Bains; de allí siguió a Portalet, para ser confinado, a fines de 1941, en el Castillo de Bourrasol, lejos de Vichy. Damos acá las primeras fotografías, y últimas hasta la fecha, que le han sido tomadas en Bourrasol, a fines de 1942, por su abogado. Allí se le mantuvo incomunicado por largo tiempo, no concediéndole ni siquiera ver a sus compañeros de prisión: Blum, Gamelin, LaChambre y Pierre Jacomet. Solamente se les permitía un paseo de media hora, dentro de un área limitada por

alambrados de púa, y guardando riguroso turno. Cuando se le tomaron estas fotos, ya había llegado Daladier al momento cumbre de su carrera: el ataque a sus jueces, en Riom, en el célebre juicio de deslinde de responsabilidades por "falta de preparación para la Guerra", que debió ser suspendido entre el sarcasmo del mundo entero, arrojando sobre los hombres de Vichy un nuevo baldón, ya que los acusados se convirtieron en acusadores. Estas palabras resumen su protesta: "Caballeros, el destino que me quepa en suerte, me es indiferente, bien lo sabéis... Sólo pienso en Francia, que ha sido eliminada de la lucha, mientras que esta hecatombe mundial continúa"! Pocos meses después de ser tomadas estas vistas, Daladier y sus amigos fueron trasladados a Alemania "por razones militares".

Esta vista, a través de la ventana de su celda, muestra las ruinosas construcciones del Castillo de Bourrasol. A pesar de que pasaba los 60 años, se le privó de toda comodidad, hasta que aquellas re puerilas por su delicado estado de salud.

Severo y digno, utiliza la autorización de dejar la celda y pasearse durante media hora extremadamente vigilado para que no pueda comunicarse con sus compañeros de prisión, con quienes comparte hoy su destino en la Alemania nazi.





PATRIA...

LIBERTAD...

*Próspera y feliz llega a ser siempre
la nación donde sus hijos acuerdan
a sus propias industrias el apoyo
franco a que ellas se hacen acreedo-
ras. Libertad, absoluta libertad obtie-
nen los pueblos que como el Uruguay
conquistan su independencia econó-
mica por la asociación del esfuerzo
constructivo del músculo bajo las rí-
gidas disciplinas del cerebro. Libertad
por la cual siempre ha pugnado*

24 $\frac{1}{2}$ $\frac{2}{4}$
22 $\frac{3}{4}$ $\frac{3}{4}$
23 $\frac{1}{2}$ $\frac{3}{6}$

69

1 $\frac{3}{4}$ $\frac{4}{4}$

[Handwritten signature]
= 1 $\frac{3}{4}$

Campomar & Soulas, S. A.

70 $\frac{3}{4}$

$\left(\frac{4}{4}\right) + \frac{3}{4}$

INDUSTRIA NACIONAL
INDEPENDENCIA ECONOMICA

Sobre el drama de los hombres al
Vesubio muestra su trágico furor

